

Temas de doctrina cristiana I

Primera parte

Autor: C. H. Mackintosh

Las doctrinas más interesantes, así como el conocimiento más profundo de las Escrituras, pueden dejar el corazón frío y estéril.

Es a Cristo a quien debemos buscar y hallar en la Palabra; y, cuando lo hallamos, debemos alimentarnos de él por la fe. Esto nos dará la frescura, la unción y el poder de vida que tanto necesitamos en estos días de frío formalismo. ¿Qué valor tiene una ortodoxia fría sin un Cristo vivo, conocido en todo su poder y en toda la excelencia de su Persona? La sana doctrina es, sin duda, de inmensa importancia; y todo fiel siervo de Cristo se sentirá imperiosamente llamado a retener “la forma de las sanas palabras” (2 Timoteo 1:13). Pero, después de todo, un Cristo vivo es el alma y la vida, la esencia y la sustancia de la sana doctrina.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	6
El perdón de los pecados - ¿Qué es?	7
La certeza del perdón de los pecados	7
¿Es presunción creer lo que Dios ha dicho?	7
Ejemplos bíblicos del perdón de los pecados	8
La Palabra de Dios nos da certeza	11
1. El fundamento del perdón divino	13
2. La extensión del perdón divino	15
3. La manera en que Dios perdona	18
El perdón que Dios ha otorgado	19
Buenas nuevas	21
Un Dios Salvador para un hombre perdido	21
Dios se ha revelado para que le conozcamos como nuestro Salvador	22
Se puede ser religioso, líder religioso o teólogo y no tener la vida	23
Conocer al Dios revelado en Cristo es la vida eterna	24
¿Dónde hallar al Dios Salvador?	24
El conocimiento de Dios es luz y vida	27
Dios amó al mundo y dio a su Hijo	27
¿Cómo puedo saber yo que este amor, y el don de este amor, son para mí? ...	31
La doctrina de la elección y el Evangelio	33
Males que resultan de una mala aplicación de la doctrina de la elección	37
Qué implica «perderse»	38
La realidad del infierno debe impulsarnos a hablar de Cristo diligentemente	43
Lo que implica tener vida eterna	44
Una nueva creación	44
¿Qué es «el viejo hombre»?	45
No es cuestión de entendimiento ni de sentimientos, sino de fe	46
Dios nos considera como considera a Cristo	47
La figura del diluvio y el arca	49
Lo que implica estar en Cristo	49
El cristianismo - ¿Qué es?	51
La posición del cristiano	52
El objeto del cristiano	54
La esperanza del cristiano	57
Las tres cruces	59

La cruz central	59
Las otras dos cruces.....	65
La segunda cruz	67
La tercera cruz.....	79
La conversión - ¿Qué es?.....	81
La absoluta necesidad de la conversión	81
Falsas ideas acerca de la conversión.....	84
La conversión no es cambiar de sistema religioso	87
La conversión, ¿qué es?.....	89
Definición de la palabra conversión	93
¿Qué nos otorga la conversión?	97
En el Dios vivo están todos los recursos	102
Convertidos para servir	107
Convertidos para esperar a Cristo.....	112
El nuevo nacimiento - ¿Qué es?.....	118
Introducción	118
1. ¿Qué es la regeneración?.....	118
2. ¿Cómo se produce el nuevo nacimiento?	122
3. ¿Cuáles son sus resultados?	127
Responsabilidad y capacidad	135
El tema de la responsabilidad e incapacidad del hombre genera turbación en muchas personas	135
Dos sistemas teológicos opuestos con proposiciones correctas pero con deducciones erróneas.....	135
La Biblia demuestra claramente la completa incapacidad del hombre de ir a Dios	135
El fracaso de todas las dispensaciones corrobora la incapacidad del hombre	136
El hombre solo puede ir a Dios si es forzado por el Espíritu Santo	136
La responsabilidad de arrepentirse y creer a Dios se enseña en toda la Biblia	137
No es posible conciliar responsabilidad e incapacidad ni incumbe al hombre hacerlo	138
A pesar de su incapacidad, el hombre es responsable de sus actos	138
Calvinismo y arminianismo	140
“Dios por nosotros”	144
Introducción	144
Pruebas de que Dios está por nosotros	144

1. El don de su Hijo.....	145
2. La muerte de su Hijo.....	148
3. La resurrección de su Hijo.....	152
4. El descenso del Espíritu Santo.....	154
5. La posesión de las Sagradas Escrituras.....	156

Introducción

Las doctrinas más interesantes, así como el conocimiento más profundo de las Escrituras, pueden dejar el corazón frío y estéril. Es a Cristo a quien debemos buscar y hallar en la Palabra; y, cuando lo hallamos, debemos alimentarnos de él por la fe. Esto nos dará la frescura, la unción y el poder de vida que tanto necesitamos en estos días de frío formalismo. ¿Qué valor tiene una ortodoxia fría sin un Cristo vivo, conocido en todo su poder y en toda la excelencia de su Persona? La sana doctrina es, sin duda, de inmensa importancia; y todo fiel siervo de Cristo se sentirá imperiosamente llamado a retener “la forma de las sanas palabras” (2 Timoteo 1:13). Pero, después de todo, un Cristo vivo es el alma y la vida, la esencia y la sustancia de la sana doctrina.

El perdón de los pecados - ¿Qué es?

La certeza del perdón de los pecados

¡Qué bendición poder leer en la Palabra de Dios:

“ Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado
(Salmo 32:1)!

Sin duda, esto es una gran bendición; y fuera de ello no existe ninguna. Tener la plena seguridad de que todos mis pecados han sido perdonados es el único fundamento de la verdadera felicidad. Ser feliz sin tener esta seguridad, es como serlo al borde de un precipicio en el cual, de un momento a otro, puedo ser echado para siempre. Es absolutamente imposible que una persona pueda gozar de una verdadera y sólida felicidad mientras no tenga la divina seguridad de que toda su culpa ha sido borrada por la sangre de la cruz. Cualquier incertidumbre a este respecto será seguramente una fecunda causa de angustia moral para todos aquellos que han sido conducidos a sentir el peso del pecado. Si dudo entre si todos mis pecados han sido llevados por Jesús o si ellos están aún sobre mi conciencia, solo puedo sentirme miserable.

¿Es presunción creer lo que Dios ha dicho?

Y, antes de desarrollar el tema del perdón, quisiera plantearle al lector una pregunta clara y categórica: «¿Cree usted, querido lector, que puede tener la clara y firme seguridad de que sus pecados han sido perdonados?». De entrada planteo esta cuestión porque hoy en día muchos de aquellos que profesan predicar el Evangelio de Cristo dicen sin reparos que nadie puede tener tal seguridad. Afirman que hay presunción, orgullo, en aquel que cree en el perdón de sus pecados, y consideran como una gran prueba de humildad la duda habitual sobre tan importante asunto. En otras palabras, según ellos, es presunción creer lo que Dios dice y es humildad dudar de ello. Sin embargo, esto es extraño en presencia de pasajes tales como estos: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre arrepentimiento y *el perdón de pecados* en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:46-47). “En quien *tenemos* redención por su sangre, *el perdón de pecados* según las riquezas de su gracia” (Efesios 1:7; Colosenses 1:14).

Aquí tenemos la remisión o perdón de pecados (la palabra es la misma en los tres pasajes), predicado en el nombre de Jesús y poseído por aquellos que creen esta predicación. Los efesios y los colosenses, incluidos entre los “gentiles”, recibieron un mensaje que les anunciaba el perdón de pecados en el nombre de Jesús. Creyeron este mensaje y entraron en posesión del perdón de sus pecados. ¿Era esto presunción, o consideraron que era piadoso y humilde dudar de ese perdón? En verdad habían sido grandes pecadores “muertos en sus delitos y pecados”, “hijos de ira”, “alejados y extranjeros”, “enemigos por sus malas obras”. Algunos de ellos, sin duda, habían doblado sus rodillas ante la diosa Diana. Habían practicado una grosera idolatría y tenido costumbres corrompidas. Pero luego el “perdón de pecados” les había sido anunciado en el nombre de Jesús. Esta predicación ¿fue veraz o no? ¿Era para ellos o no? ¿Era un sueño, una sombra, un mito? ¿No significaba nada? ¿Acaso no había en ella nada seguro, nada cierto, nada concreto?

Estas preguntas claras exigen respuestas claras de parte de aquellos que opinan que nadie puede saber con certeza si sus pecados han sido perdonados o no. Si nadie puede saberlo ahora, ¿cómo habría podido saberlo alguien en los tiempos apostólicos? Y si en el primer siglo se podía tener este conocimiento, ¿por qué no se podría tenerlo en la actualidad? “Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado” (Romanos 4:6-8). Ezequías podía decir:

Echaste tras tus espaldas todos mis pecados



(Isaías 38:17).

Y Jesús dijo al paralítico: “Ten ánimo, hijo; *tus pecados te son perdonados*” (Mateo 9:2).

Ejemplos bíblicos del perdón de los pecados

Así, en todas las épocas, el perdón de pecados fue conocido con toda la certidumbre que puede dar la Palabra de Dios. Uno solo de los casos mencionados anteriormente basta para refutar la enseñanza de aquellos que afirman que nadie puede saber si sus pecados son perdonados. Si encuentro en la Escritura una sola persona que haya conocido esta preciosa bendición, ello es suficiente para mí. Y cuando abro mi Biblia, hallo hombres que fueron culpables de toda clase de pecados y que conocieron lo que es el perdón; por consecuencia, concluyo que al más vil de los pecadores hoy día le es posible saber, con divina certeza, que sus pecados son perdonados. ¿Era presunción de parte de Abraham, de David, de Ezequías, del paralítico –y de tantos otros– creer en el perdón de pecados? ¿Habría sido señal de humildad y de verdadera piedad si ellos hubieran

dudado de ese poder? Tal vez se diga que todos esos casos eran extraordinarios y especiales; pero poco importa, en el asunto que examinamos, que esos casos fueran ordinarios o extraordinarios. Una cosa es clara: ellos desmienten por completo la afirmación de que nadie puede saber si sus pecados son perdonados. La Palabra de Dios me enseña que un gran número de hombres, sujetos a las mismas pasiones, a las mismas debilidades, a las mismas caídas y a los mismos pecados que quien esto escribe y que el lector, conocieron el perdón de sus pecados y se gozaron de ello; por consiguiente, aquellos que sostienen que no se puede tener ninguna certeza acerca de tan importante asunto, no cuentan con ningún fundamento bíblico para apoyar su opinión.

Pero, ¿es cierto que los casos mencionados en la Escritura son tan especiales, tan extraordinarios que no podamos extraer de ellos ninguna consecuencia legítima para nosotros? Por cierto que no. Si un caso pudiera ser considerado como extraordinario, sería ciertamente el de Abraham; y sin embargo leemos al respecto: “Su fe le fue contada por justicia. Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino *también con respecto a nosotros* a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:23-25). Y Abraham

creyó a Jehová, y le fue contado por justicia

“ (Génesis 15:6).

Y el Espíritu Santo declara que la justicia también nos será atribuida a nosotros, si creemos. “Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él (Jesús) se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree” (Hechos 13:38-39). “De este (Jesús) dan testimonio *todos los profetas*, que *todos los que en él creyeren*, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10:43).

Ahora bien, pregunto: Los apóstoles Pedro y Pablo, ¿qué quisieron decir cuando, sin restricción alguna, predicaron el perdón de pecados a aquellos que los estaban oyendo? ¿Realmente querían comunicar a sus oyentes la idea de que nadie puede estar seguro de poseer el perdón de sus pecados? Cuando Pablo decía a sus oyentes, en la sinagoga de Antioquía: “Os anunciamos *la buena nueva*” (Hechos 13:32, V. M.), ¿abrigaba el pensamiento de que nadie puede estar seguro del perdón de pecados? El Evangelio, ¿cómo podría ser llamado las «buenas nuevas» si solo tuviese por efecto dejar al alma en la duda y la ansiedad? Si fuese verdad que nadie puede gozar de la seguridad del perdón, entonces resulta que la predicación apostólica significa precisamente lo

opuesto de lo que ello expresa. ¿Acaso los apóstoles dijeron alguna vez: «Sabed, pues, esto, varones hermanos: nadie en esta vida puede saber si sus pecados son perdonados o no»? ¿Acaso hay algo parecido en la predicación y la enseñanza apostólica? Al contrario, ¿acaso los apóstoles no pregonaron por todas partes, de la manera más enfática e inequívoca, el perdón de pecados como resultado necesario de la fe en un Salvador crucificado y resucitado?

¿Acaso hay en su enseñanza la más remota alusión a tal pensamiento, en el cual algunos maestros modernos insisten tanto, a saber, que es una peligrosa presunción creer en el completo perdón de todos nuestros pecados y que toda alma humilde y piadosa debe vivir en una perpetua duda a este respecto? ¿No tenemos, pues, ninguna posibilidad de gozar en este mundo de la consoladora certeza de nuestra eterna seguridad en Cristo? ¿No podemos confiar en la Palabra de Dios o dar descanso a nuestras almas merced al sacrificio de Cristo? ¿Sería posible que el único efecto del Evangelio de Dios fuese dejar al alma en una perplejidad sin esperanza? Cristo quitó el pecado, pero... ¡yo no puedo saberlo! Dios habló, pero... ¡yo no puedo estar seguro! El Espíritu Santo descendió, pero... ¡no puedo confiar en su testimonio!

¿Es algo piadoso y humilde dudar de la Palabra de Dios, deshonorar el sacrificio expiatorio de Cristo y rehusarse a creer de corazón en el testimonio del Espíritu Santo? ¡Ayayay!, si eso es el Evangelio, entonces ¡adiós al gozo y a la paz que se obtienen al creer! Si eso es el cristianismo, entonces en vano nos visitó desde lo alto la Aurora

“ para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados (Lucas 1:77).

Si nadie puede tener este “conocimiento de salvación”, entonces ¿con qué fin fue dado? Ruego al lector que no pierda de vista el asunto que examinamos: no se trata en absoluto de saber si una persona puede engañarse a sí misma o a los demás. Esto sería inmediatamente reconocido. Sí, lamentablemente, miles se engañan a sí mismos y a los demás. Pero ¿es esta una razón para que yo no pueda tener la absoluta certidumbre de que lo que Dios dijo es cierto, y que la obra de Cristo ha quitado todos mis pecados? Los hombres se engañan a sí mismos, ¡y por ello temeré confiar en Cristo! Los hombres se engañan unos a otros y, por consiguiente, ¡temeré que la Palabra de Dios me engañe! Realmente a esto se reduce todo cuando sencillamente se llama a las cosas por su nombre. Y en nuestros días ¿no es bueno que las cosas sean puestas así, en un len-

guaje claro? ¿No es menester que ciertas proposiciones sean despojadas de los adornos con que las reviste una religiosidad legalista y carnal, a fin de que podamos ver lo que son realmente esas proposiciones?

Y cuando se presentan hombres como exponentes declarados y autorizados de un cristianismo sano e ilustrado, ¿no nos conviene examinar si lo que enseñan está de acuerdo con las Sagradas Escrituras, la única norma infalible? Sí, ello nos conviene; y si aquellos nos dicen que nunca podemos estar seguros de la salvación, que es presunción creerlo y que todo lo que podemos lograr en esta vida es una débil y vaga esperanza de que, por la misericordia de Dios, iremos al cielo cuando muramos, debemos rechazar de plano tal enseñanza como algo abiertamente opuesto a la Palabra de Dios.

La Palabra de Dios nos da certeza

La falsa Teología me dice que nunca puedo estar seguro de mi salvación; la Palabra de Dios, en cambio, me dice que sí. ¿A cuál de las dos debo creer? La primera me llena de tristes dudas y temores; la última me da una certidumbre divina. Aquella me remite a mis propios esfuerzos; esta, a una obra cumplida. ¿A cuál escucharé? La idea de que nadie puede estar seguro de su salvación ¿tiene algún fundamento en la Escritura? Afirmo sin ningún temor que, al contrario, por doquier la Biblia nos hace ver, de la manera más clara, el privilegio que tiene el creyente de gozar de la más perfecta seguridad de su perdón y su aceptación en Cristo.

Y pregunto: ¿No es legítimo que un alma, que confía en la fiel Palabra de Dios y en la obra cumplida por Cristo, goce de la más plena seguridad?

Es cierto que solo por la fe se puede tener tal seguridad, y que esta fe es producida en el corazón por el Espíritu Santo. Pero esto no afecta en absoluto la cuestión. Lo que deseo es que el lector termine la lectura de estas páginas con una clara y firme convicción de que es posible poseer *desde ahora* la certeza de una seguridad tal como la que Cristo mismo le puede dar. Si cualquier pecador ha podido gozar de esta seguridad, ¿por qué el lector no gozaría de ella actualmente? La obra de Cristo ¿no fue completa, acabada? La Palabra de Dios ¿no es veraz? Sí, por cierto. Entonces, si sencillamente me apoyo en ello, estoy perdonado, justificado y aceptado. Todos mis pecados fueron puestos sobre Jesús cuando fue clavado en la cruz. Dios los había colocado sobre él. Él los llevó sobre sí y los expió; y ahora Cristo está en lo alto, en los cielos, sin esos pecados. Eso es suficiente para mí. Si Aquel que cargó con todas mis culpas está ahora a la diestra de la Majestad en los cielos, entonces, evidentemente, no hay ningún cargo en mi contra. Todo lo que

la justicia divina tenía contra mí fue puesto sobre Aquel que llevó el pecado, quien sufrió la ira de un Dios que aborrece el pecado, a fin de que yo pueda estar gratuita y eternamente perdonado y aceptado en un Salvador resucitado y glorificado.

Esas son buenas nuevas; ¿las cree el lector? Dígame, querido lector, ¿cree de corazón en un Cristo muerto y resucitado? ¿Ha acudido a él como un pecador perdido y ha puesto toda su confianza en él? ¿Cree usted que

“ Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras (1 Corintios 15:3-4)?

Si lo cree, está usted salvado, justificado, aceptado y cumplido en Cristo. Es cierto que por naturaleza es usted una pobre y débil criatura, ya que posee una mala naturaleza contra la cual necesita luchar incesantemente; pero Cristo es su vida, su sabiduría, su justicia, su santificación, su redención, su todo. Él vive para siempre en los cielos por usted. Murió para purificarlo y vive para guardarlo en la pureza. Usted ha sido limpiado por cuanto la muerte de él puede limpiar, y usted es mantenido limpio por cuanto la vida de él puede conservarle así. Él se ha hecho responsable por usted. A los ojos de Dios, usted es lo que Cristo lo hizo ser. Dios lo ve a usted en Cristo y como Cristo. Por eso le ruego que no permanezca más en los helados y sombríos atrios del legalismo, de la religiosidad y de la falsa Teología, en los cuales, durante siglos, han resonado los suspiros y gemidos de pobres almas angustiadas acerca del pecado y mal enseñadas. Vea la perfección de su porción y posición en un Cristo resucitado y victorioso, gócese en él a todo lo largo de sus días y viva con la esperanza de estar con él siempre en las moradas de la gloria celestial.

Habiendo de esta manera procurado establecer el hecho de que podemos saber que nuestros pecados son perdonados y que este conocimiento se apoya en la autoridad divina, consideraremos ahora, dirigidos por la enseñanza del Espíritu Santo, el tema del perdón de los pecados tal como nos lo revela la Palabra de Dios. Lo presentaremos bajo los tres siguientes aspectos:

Primero: El *fundamento* sobre el cual Dios perdona los pecados

Segundo: La *extensión* del perdón que Dios da

Tercero: La *manera* en que Dios perdona

La consideración del tema desde estos tres puntos de vista, espero que sirva para darnos claridad, amplitud y precisión en la comprensión global del mismo. Cuanto más claramente comprendamos cuál es el fundamento del perdón divino, tanto mejor apreciaremos su extensión y admiraremos la manera en que Dios perdona. Quiera Dios el Espíritu Santo ser ahora nuestro guía mientras consideramos unos momentos el primer punto.

1. El fundamento del perdón divino

Es de la mayor importancia que un alma inquieta acerca del pecado comprenda bien este punto cardinal, pues es imposible que una conciencia divinamente despertada pueda hallar reposo si no ve claramente cuál es el fundamento del perdón. Se puede tener ciertos pensamientos vagos en cuanto a la misericordia y la bondad de Dios, en cuanto a su disposición a recibir a los pecadores y a perdonar sus pecados; se puede saber que él es tardo para la ira y rico en misericordia. Un alma convencida de pecado puede saber todo esto, pero, a menos que sea llevada a comprender cómo Dios puede ser justo y, sin embargo, justificar al pecador; cómo puede ser a la vez un Dios justo y Salvador; cómo él ha sido glorificado con respecto al pecado; cómo todos los atributos divinos han sido armonizados; a menos que –decía– un alma haya comprendido estas cosas, ella se ve obligada a permanecer ajena a la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Una conciencia, en la cual ha resplandecido la poderosa luz de la verdad divina para convencerla de pecado, siente y reconoce que el pecado jamás puede entrar en la presencia de Dios y que no puede enfrentarse más que con el justo juicio de un Dios que aborrece al pecado. Por eso ella solo puede sentir angustia hasta que conozca y crea la manera en que Dios ha obrado respecto del pecado. Así como el pecado es una realidad, la santidad de Dios es una realidad, la conciencia es una realidad, el juicio venidero es una realidad. Todas estas cosas merecen ser formalmente consideradas: la justicia debe ser satisfecha, la conciencia debe ser purificada y Satanás debe ser reducido a silencio. ¿Cómo puede ser hecho todo ello? ¡Únicamente por medio de la cruz de Jesús!

Aquí tenemos, pues, el verdadero *fundamento* del perdón divino. La preciosa expiación hecha por Cristo constituye la base del único terreno en el cual un Dios justo y un pecador justificado pueden establecer una dulce comunión. En la expiación veo el pecado condenado, la justicia satisfecha, la ley glorificada, el pecador salvado, el adversario confundido. La creación jamás produjo algo semejante. La creación exhibe el poder, la sabiduría y la bondad de Dios, pero aun lo más hermoso de ella no es comparable a la “gracia que reina por la justicia” (Romanos 5:21), no tiene parangón con la gloriosa alianza de la

justicia y la paz; la misericordia y la verdad



(Salmo 85:10).

Le estaba reservada al Calvario la manifestación de esta maravilla. En el Calvario, en la cruz, la tan importante y fundamental pregunta «¿Cómo Dios puede ser justo y, al mismo tiempo, justificar al pecador?» encuentra su gloriosa respuesta. La muerte de Cristo resuelve la cuestión. Un Dios justo tuvo que tratar la cuestión del pecado en la cruz a fin de que un Dios justificador pudiese tener trato con el pecador sobre el nuevo y eterno fundamento de la resurrección. Dios no podía tolerar el pecado o pasar por alto una simple jota o tilde de pecado, pero sí podía quitarlo. Condenó el pecado. Derramó su justa ira sobre el pecado, a fin de poder derramar todo su favor sobre el pecador creyente.

En la cruz de Jesús, este gran hecho está grabado:

Ha sido el pecado juzgado, y el pecador salvado.

¡Precioso testimonio! ¡Ojalá que todo pecador inquieto lo lea con los ojos de la fe! Es un testimonio que da al corazón una paz sólida. Dios fue satisfecho en cuanto al pecado. Eso es suficiente para mí. Aquí, mi turbada y culpable conciencia halla dulce descanso. Vi cómo mis pecados se alzaban ante mí como sombría montaña, amenazándome con la ira eterna; pero la sangre de Jesús los borró todos y Dios no los ve más; han sido quitados, quitados para siempre, cayeron como plomo en las profundas aguas del olvido divino, y fui librado de ellos por Aquel que fue clavado en la cruz por mis pecados, Aquel que ahora está sentado en el trono sin ellos.

Tal es, pues, el fundamento del perdón divino. ¡Qué sólido fundamento! ¿Quién podría afectarlo? ¿Qué podría conmoerlo? La justicia lo estableció, y la conciencia turbada puede descansar sobre este fundamento. Es preciso que Satanás lo reconozca. Dios se reveló a sí mismo como el Justificador, y la fe anda a la luz y el poder de esta revelación. Nada puede ser más simple, más claro ni más satisfactorio. Si Dios se revela a sí mismo como Justificador, entonces soy justificado por la fe en la revelación. Cuando las glorias morales de la cruz han iluminado al pecador, este ve y sabe, cree y reconoce que Aquel que juzgó sus pecados en la muerte le ha justificado en la resurrección.

Lector inquieto: empéñese, se lo suplico, en captar el verdadero fundamento en el que se apoya el perdón de los pecados. No habría ningún provecho para usted en considerar la *extensión* de ese perdón y la *manera* en que Dios lo da, mientras su conciencia turbada no haya sido conducida a descansar en ese *fundamento* inquebrantable. Razonemos juntos. ¿Qué es lo que le impide

a usted descansar, desde este mismo instante, en el fundamento de una redención cumplida? ¿Su conciencia tiene necesidad, para verse satisfecha, de algo más que lo que satisfizo la inflexible justicia de Dios? Dios se revela a sí mismo como Aquel que justifica con justicia al pecador que cree en su Hijo. Este fundamento ¿no es lo suficientemente fuerte para usted, de modo que no puede mantenerse firme en él como pecador justificado? ¿Qué dice usted? ¿Está satisfecho? ¿Cristo le basta? ¿Busca aún algo en usted mismo, en sus caminos, en sus obras, en sus pensamientos, en sus sentimientos? Si es así, abandone toda búsqueda semejante como algo absolutamente vano, pues nunca hallará nada, o si encontrara algo no sería más que un obstáculo, una pérdida, un estorbo. Cristo es suficiente para Dios, y ojalá que lo sea para usted también. Entonces, y solo entonces, será usted verdaderamente dichoso.

Quiera Dios que desde este instante usted descanse en el perfecto sacrificio de Cristo, único fundamento del perdón divino, y que con interés y claridad pueda comprender lo que vamos a decir sobre el segundo punto de nuestro tema.

2. La extensión del perdón divino

Muchos están perplejos acerca de este punto. No ven la plenitud de la expiación y no captan la aplicación de ella a *todos* sus pecados. No captan toda la fuerza de estas palabras que, quizás, entonan a menudo: «*Quien todas tus iniquidades, con gracia abundante perdona*». Parecen estar bajo la impresión de que Cristo llevó solamente *algunos* de sus pecados (los que precedieron a su conversión) y viven angustiados acerca de los pecados de cada día, como si esos pecados debieran ser quitados según otro principio que el aplicado a sus pecados de otrora. De modo que se sienten muy abatidos y seriamente preocupados. Y no puede ser de otra manera mientras no comprendan que, en la muerte de Cristo, tienen todo lo que les hace falta para obtener el completo perdón de *todos* sus pecados. Es cierto que si un hijo de Dios comete un pecado debe acercarse a su Padre y confesárselo. Pero ¿qué dice el apóstol acerca de aquellos que confiesan así sus pecados? Dios

“ es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).

¡Fiel y justo! ¿Por qué no dice más bien: “lleno de gracia y de bondad”? Porque el apóstol razona conforme a esta verdad: toda la cuestión del pecado fue tratada a fondo y completamente resuelta por la muerte de Cristo, quien actualmente está en el cielo como un Abogado justo. Bajo

ningún otro fundamento Dios podría ser “fiel y justo” en relación con el perdón de pecados. *Todos* los pecados del creyente fueron expiados en la cruz. Si uno solo de mis pecados no hubiese sido expiado, yo estaría eternamente perdido, pues es imposible que un solo pecado, por pequeño que parezca, pueda entrar en el santuario de Dios. Además, si todos los pecados del creyente no hubieran sido expiados por la muerte de Cristo, ni confesión, ni ruegos, ni ayunos, ni ningún otro medio valdría para obtener el perdón; pues la muerte de Cristo constituye el *único* fundamento sobre el cual Dios, con fidelidad y justicia, puede perdonar el pecado; y sabemos que él puede perdonar los pecados únicamente con fidelidad y justicia, de lo contrario, no puede hacerlo en absoluto, lo que es motivo de alabanza para él y del mayor de los goces para nosotros.

Pero el lector tal vez diga: «¡Cómo! ¿Quiere usted decir que mis pecados *futuros* también fueron expiados?». A lo que respondo que todos nuestros pecados eran futuros cuando Cristo los llevó en el madero maldito. Los pecados de todos los creyentes de los siglos transcurridos desde entonces eran futuros cuando Cristo murió por ellos. Entonces, si la idea de los pecados que podemos cometer en el porvenir –si todavía somos dejados aquí– es una dificultad y nos desconcierta, la de los pecados pasados es una dificultad no menos grande. Pero, en realidad, toda esta incertidumbre acerca de los pecados futuros proviene en gran parte de la costumbre que tenemos de considerar la cruz desde nuestro propio punto de vista en vez de hacerlo desde el punto de vista de Dios: contemplamos esa obra desde la tierra en vez de hacerlo desde el cielo. La Escritura nunca habla de pecados futuros. El pasado, el presente y el futuro solo son cosas humanas y terrenales; pero, para Dios, todo es un eterno presente. Todos mis pecados estaban ante la mirada de la infinita justicia en la cruz, y todos fueron puestos sobre la cabeza de Jesús, quien, mediante su muerte, colocó el eterno fundamento del perdón de pecados, a fin de que el creyente, en cualquier momento de su vida, en cualquier etapa de su carrera, desde el instante en que las preciosas buenas nuevas del Evangelio resonaron en sus oídos y él las creyó, hasta el día en que entre en la gloria, sea capaz de decir con claridad y decisión, sin reservas, sin temor y sin titubeos: “Echaste tras tus espaldas todos mis pecados” (Isaías 38:17). Y hablar así no es más que la respuesta de la fe a la propia declaración de Dios, quien dijo:

Nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.

“

Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros
(Hebreos 8:12; Isaías 53:6).

Tomemos como ejemplo el caso del malhechor en la cruz. Cuando, como pecador convencido, dirigió la mirada de la fe a Aquel que estaba crucificado a su lado, ¿no fue, desde ese mismo instante, hecho capaz de entrar en el paraíso de Dios? ¿No fue investido de un título divino para pasar de la cruz de un malhechor a la presencia de Dios? Indudablemente. Desde ese momento ¿tuvo que hacer por su cuenta algo adicional que le hiciese digno de entrar en el cielo? En absoluto. Pues bien, supongamos que, en vez de ir al cielo, se le hubiese permitido descender de la cruz. Supongamos que se le hubieran arrancado los clavos de sus manos y sus pies y se le hubiera dejado ir en libertad. Habría tenido el pecado en su naturaleza y, por consiguiente, habría estado expuesto a pecar, por pensamiento, por palabra y por obras. Pero ¿habría perdido por eso su título, lo que lo hacía apto para habitar en el cielo? ¡No, por cierto! pues su título era divino y eterno. Todos sus pecados habían sido llevados por Jesús. Lo que lo había calificado para entrar en el cielo desde el comienzo, había sido hecho de una vez y para siempre, de modo que si hubiera permanecido cincuenta años en la tierra, en todo momento habría estado calificado para entrar en el cielo.

Si el creyente vuelve a pecar, ¿qué pasa entonces?

Es cierto que, si el pecador perdonado comete pecado, su comunión con Dios es interrumpida y que ella solo puede ser restablecida por la sincera confesión de su pecado.

“ Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad (1 Juan 1:6).

Pero, si bien mi comunión puede ser interrumpida, mi título jamás puede ser anulado. Todo ha sido cumplido en la cruz. Todo pecado, toda culpa fue expiada por ese sacrificio precioso e incomparable, que hace pasar al creyente de una posición de pecado y condenación a una posición de justificación y de perfecto favor. Es transferido de una posición en la que no tenía la menor traza de justicia a una posición en la cual no tiene ni puede tener jamás la menor traza de culpa. Está establecido en la gracia, respira la atmósfera de la gracia. Tal es su única y constante posición a los ojos de Dios y ante Dios. Si comete pecado (y ¿quién no peca?), debe confesarlo. Y ¿qué resulta de ello? Perdón y purificación, sobre la base de la fidelidad y la justicia de Dios, las que han sido perfectamente satisfechas en la cruz de Cristo. *Todo está fundado en la cruz:* la fidelidad

y la justicia de Dios, el oficio de Cristo como abogado, nuestra confesión, nuestro completo perdón, nuestra perfecta purificación, la restauración de nuestra comunión, todo descansa sobre la sólida base de la preciosa sangre de Cristo.

El lector no debe perder de vista que en este momento consideramos un solo punto: la extensión del poder divino. Hay otros puntos de gran importancia en relación con nuestro tema, tales como la unidad del creyente con Cristo, su adopción en la familia de Dios, la morada del Espíritu Santo en él, todo lo cual implica necesariamente el completo perdón de pecados. Pero debemos limitarnos al asunto que tratamos, y, después de haber intentado exponer el fundamento y la extensión del perdón de pecados, concluiremos con algunas palabras sobre *la manera en que Dios perdona*.

3. La manera en que Dios perdona

Todos sabemos muy bien que, en todo acto que se realice, mucho depende el resultado de la manera en que se realiza. Ciertamente, a menudo hay más poder en la manera en que se realiza un acto, que en el acto mismo. Muchas veces hemos oído decir: «Reconozco que Fulano me hizo un favor, pero lo hizo de tal manera que le quitó todo mérito». Y el Señor tiene su manera de hacer las cosas; ¡bendito sea su Nombre! Él no solamente hace grandes cosas, sino que las hace de modo que nos convenzamos de que es su corazón el que actúa. Los actos que él realiza no solo son buenos en sí mismos, sino que la manera en que los cumple es de lo más deleitosa.

Tomemos uno o dos ejemplos. Notemos las significativas palabras del Señor dirigidas a Simón el fariseo en el capítulo 7 de Lucas: “No teniendo ellos con qué pagar, perdonó [de gracia] a ambos”. Ahora bien, en lo que al pago de la deuda se refiere, el resultado habría sido el mismo independientemente de la manera adoptada. Mas ¿qué corazón no percibirá la fuerza moral de la expresión? ¿Quién podría mantenerse ajeno a este detalle? ¿Quién admitirá ver la esencia del acto despojada de la manera en que se realiza? El acreedor podría haber perdonado la deuda murmurando por el monto de la misma, y tal murmuración, para el juicio de un corazón sensible, habría privado al acto de todos sus encantos. Por otro lado, la liberalidad en la manera de perdonar, acrecienta inconmensurablemente el valor del hecho.

Consideremos también unos instantes esa tan conocida, pero siempre provechosa, porción del inspirado Volumen: el capítulo 15 del evangelio de Lucas. Cada una de las parábolas que contiene nos muestra el poder y la belleza que hay en la manera en que el Señor hace las cosas. Cuando el hombre encuentra su oveja ¿qué hace? ¿Se queja de toda su fatiga y se pone a arrearla delante

de sí? ¡Oh, no, nunca haría tal cosa! ¿Qué hace, pues? “La pone sobre sus hombros”. ¿Y cómo lo hace? ¿Se lamenta de lo que pesa o del trabajo que se toma? No, sino que está “gozoso”. Demuestra que está contento de haber hallado su oveja y está “gozoso” de llevarla sobre sus hombros hasta el redil. ¡Qué admirable manera de hacer las cosas!

Veamos todavía el caso de la mujer que perdió la dracma. “Enciende la lámpara, y barre la casa, y busca *con diligencia*”. No se ve lentitud, ni pereza, ni indiferencia. Actúa “con diligencia”, como alguien que pone todo su corazón en su trabajo. Era visible que la mujer deseaba ardientemente encontrar su dracma. La manera en que lo hacía lo demostraba.

Finalmente, notemos la manera en que el padre recibe al hijo pródigo: “Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y *corrió*, y se echó sobre su cuello, y le besó”. No envió a un siervo para que le dijese al vagabundo que puede entrar a cualquier parte de la casa, como la cocina o su cuarto. ¡No! el *propio padre corre*. Pone de lado, por así decirlo, su dignidad de padre, a fin de dar expresión a su afecto paternal. No está satisfecho meramente de recibir al hijo pródigo, sino que necesita mostrar que todo su corazón está puesto en esta recepción; quiere que se sepa no solo *que* recibe al hijo extraviado sino también *cómo* lo recibe.

Hay muchos otros pasajes que ilustran la manera en que Dios perdona, pero creemos que los que ya acabamos de mencionar bastarán para probar que Dios, en su gracia, reconoce el poder que la *manera* tiene de actuar sobre el corazón humano, de modo que terminaré estas líneas suplicando al lector que no olvide que el fundamento sobre el cual Dios perdona es tan sólido como el propio trono de Dios; que la extensión de este perdón es infinita y que la manera en que él es otorgado es la apropiada para infundir seguridad al corazón más tímido.

El perdón que Dios ha otorgado

Dígame, pues, querido lector: ¿Está convencido acerca de este importante asunto del perdón de pecados? ¿Podría seguir dudando de la buena voluntad de Dios para perdonar, cuando él ha puesto ante usted, de una manera tal, el fundamento del perdón, la extensión del mismo y la manera en que perdona el pecado? ¿Podría todavía dudar cuando él hoy:

Te abre a ti su propio corazón

Sus pensamientos muestra, ¡cuán bellos son!?

El Señor le espera con los brazos abiertos para recibirle. Le señala la cruz, donde ha puesto el fundamento del perdón; le asegura que todo está cumplido; le ruega que descansa desde ahora y para siempre en lo que él ha hecho por usted. ¡Quiera Dios mostrarle estas cosas en toda su claridad y plenitud, a fin de que no solamente crea en el perdón de los pecados, sino que también crea que todos sus pecados son perdonados, y perdonados para siempre!

Buenas nuevas

“ Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna
(Juan 3:16).

Hay algunas porciones en las Sagradas Escrituras que, en una o dos líneas, parecen contener todo un volumen de las verdades más preciosas. El versículo que acabamos de copiar es una de ellas. Forma parte de la memorable conversación de nuestro Señor con Nicodemo, y contiene, en forma condensada, una afirmación muy completa de la verdad del Evangelio; una aserción que bien puede definirse como *Buenas Nuevas*.

Un Dios Salvador para un hombre perdido

Tanto los predicadores como los oyentes deben tener siempre en cuenta que el objetivo primordial del Evangelio es poner en contacto a Dios con el pecador, de una forma que pueda asegurarle al pecador la salvación eterna. Revela un *Dios Salvador* a un *hombre perdido*. En otras palabras, presenta a Dios ante el pecador como al único que puede satisfacer la necesidad del pecador. Un Salvador es precisamente lo que el perdido necesita, enteramente igual que uno que se ahoga necesita un salvavidas, un enfermo a un médico y un hambriento un trozo de pan. Lo uno encaja perfectamente con lo otro; y cuando se encuentran Dios como Salvador y el hombre como pecador perdido, todo el problema queda zanjado para siempre. El pecador es salvo porque Dios es Salvador. Es salvo conforme a la perfección que pertenece a Dios, cualquiera sea el carácter que revista o el oficio que desempeñe, y cualquiera sea la relación que asuma.

Poner en duda la salvación plena y eterna de un creyente equivale a negar que Dios es Salvador. Lo mismo ocurre respecto a la justificación. Dios se ha revelado a sí mismo como el que justifica; de ahí que el que cree es justificado conforme a la perfección que Dios posee como tal. Si pudiese detectarse la menor tacha en el título justificador del más débil creyente, sería una deshonra para Dios en cuanto que es el que justifica. Con tal que se admita que Dios es quien me justifica, afirmaré, frente a todo el que se oponga y me acuse, que estoy perfectamente justificado, y que no puede ser de otro modo.

Basándome en el mismo principio, si se admite que Dios se ha revelado a sí mismo como Salvador, afirmaré, con plena confianza y santo atrevimiento, que soy perfectamente salvo, y que no puede ser de otro modo. Esto no tiene ningún apoyo en mí mismo, sino sencilla y enteramente

en la revelación que Dios ha hecho de sí mismo. Sé que es perfecto en todo y, por consiguiente, que es perfecto como Salvador mío. Por tanto, estoy perfectamente salvo, por cuanto está implicada en mi salvación la gloria de Dios. “No hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de mí”. ¿Qué, pues?

“ Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más (Isaías 45:21-22).

Una sola *mirada* de fe de un pecador perdido a un Dios justo y Salvador asegura la salvación eterna. “*¡Mirad!*”. ¡Qué sencillo! No dice: «Obrad», «Haced», «Orad», «Sentid», no, simplemente: “Mirad”.

Y entonces, ¿qué? Salvación, vida eterna. Tiene que ser así, porque Dios es Salvador; y esa palabra pequeña, pero preciosa, «mirad» implica todo eso, por cuanto expresa el hecho de que la salvación que necesito se halla solamente en Aquel a quien miro. Ahí está toda ella, preparada para mí, y una sola mirada la asegura para siempre, me la asegura a *mí*. No es cosa de hoy o de mañana; es una realidad eterna. El baluarte de la salvación tras del cual se refugia el creyente ha sido erigido por Dios mismo, el Dios Salvador, sobre la base segura de la obra expiatoria de Cristo; y no hay poder en la tierra ni en el infierno que pueda sacudirlos. “Por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no será confundido” (Isaías 28:16; 1 Pedro 2:6).

Dios se ha revelado para que le conozcamos como nuestro Salvador

Pero volvamos a la porción que constituye el tema especial del presente artículo. De seguro que en ella escuchamos la voz de un Dios Salvador, la voz de Aquel que descendió del cielo para revelar a Dios de un modo en que jamás había sido revelado antes. Es una bendición maravillosa el hecho de que Dios se haya revelado plenamente en este mundo para que nosotros, el escritor de estas líneas y el lector, le conozcamos en toda la realidad de lo que él es; le conozcamos cada uno por sí mismo, con la mayor certeza posible, y tratemos con él en toda la intimidad bienaventurada de una comunión personal.

¡Piense usted en esto! Piense, le rogamos, en este admirable privilegio. Usted puede conocer por sí mismo a Dios como a *su* Salvador, *su* Padre, *su* Dios. Puede tratar con él; puede apoyarse en él, aferrarse a él, andar con él, vivir, moverse y existir en Su presencia adorable, a la luz esplendorosa de Su rostro amoroso, bajo la mirada directa de Sus ojos.

Se puede ser religioso, líder religioso o teólogo y no tener la vida

Esto es vida y paz. Es mucho más que mera teología sistemática. La teología tiene su valor, pero no se olvide que un hombre puede ser un teólogo profundo y capaz, y, con todo, vivir y morir sin Dios y condenarse eternamente. ¡Qué pensamiento tan solemne, tan tremendo, tan abrumador! Un hombre puede bajar al infierno, a la negrura y oscuridad de una noche eterna, sabiéndose al dedillo todos los dogmas de la teología. Puede sentarse en la cátedra del profesor, plantarse en el púlpito y en su escritorio; puede ser considerado como gran maestro y predicador elocuente: quizá sean centenares los que se sienten a sus pies para aprender; pueden ser millares los que están pendientes de sus labios y extasiados; y, después de todo, él mismo puede bajar al abismo y pasar una eternidad lúgubre y miserable en compañía de los seres más profanos e inmorales.

Pero no es eso lo que le sucede al que conoce a Dios según es revelado en la faz de Jesucristo. Este tal ha conseguido la vida eterna. Cristo dice,

“
está es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan 17:3).

No consiste la vida eterna en saber teología, pues alguien puede dedicarse a estudiar teología como podría estudiar leyes, medicina, astronomía o geología, sin que por eso sepa nada de Dios y, por consiguiente, hallándose sin vida divina y abocado a perderse eternamente.

Lo mismo ocurre con la mera religiosidad. Uno puede ser el mayor devoto que haya en el mundo. Puede desempeñar con diligencia todos sus oficios, asistir asiduamente a todas las ordenanzas de un sistema religioso, puede ayunar y orar, oír sermones y recitar plegarias, llevar una vida devota y ejemplar; y, con todo eso, no saber nada de Dios en Cristo; más aún, puede vivir y morir sin Dios y hundirse en el infierno para siempre.

Miremos a Nicodemo. ¿Dónde se puede hallar un ejemplo de religiosidad mejor que él? Fariseo, principal entre los judíos, maestro de Israel; un hombre, además, que parecía discernir en los milagros de nuestro Señor las pruebas claras de Su misión divina; con todo, el mensaje para él fue:

“
Os es necesario nacer de nuevo (Juan 3:7).

De seguro que no necesitamos ir más lejos para demostrar que un hombre puede ser, no solo religioso, sino un guía y maestro de otros; y, con todo, no tener en sí la vida divina.

Conocer al Dios revelado en Cristo es la vida eterna

No es ese el caso del que conoce a Dios en Cristo. Ese tal tiene vida y propósito. Tiene al mismo Dios como su porción de incalculable valor. Esto es algo divino, y en ello consiste el fundamento mismo del cristianismo personal y de la religión verdadera; está por encima, y más allá, de todo. No es, repetimos, mera teología o religiosidad; es Dios mismo, a quien se conoce, en quien se confía y de quien se disfruta. Es una realidad grandiosa e inequívoca. Es el alma y el cimiento de la teología, la vida de la verdadera religión. No hay en todo este mundo nada como esto. Es algo que hay que *experimentarlo* para poder conocerlo. Es conocimiento de Dios, confianza en él y disfrute de él.

Es posible que el lector pregunte: «¿Cómo puedo poseer este tesoro inestimable? ¿Cómo puedo conocer por mí mismo a Dios de ese modo vivo, salvífico, poderoso? Si es cierto que, sin este conocimiento personal de Dios, *he de* perecer eternamente, ¿cómo, pues, he de obtenerlo? ¿Qué debo hacer, cómo debo ser, para conocer a Dios?». La respuesta es: Dios se ha revelado a sí mismo. Si no lo hubiese hecho, podríamos afirmar decididamente que ninguna cosa que pudiésemos hacer o ser, nada en nosotros o de nosotros, sería suficiente para facilitarnos el conocimiento de Dios.

Si Dios no se hubiese manifestado, habríamos permanecido para siempre ignorándole y pereciendo después en nuestra ignorancia. Pero, viendo que él ha salido de la densa oscuridad y se ha manifestado, podemos conocerle conforme a la verdad de su revelación y hallar en ese conocimiento vida eterna y una fuente de bendiciones donde abreviar nuestras almas sedientas a través de los áureos siglos de la eternidad.

No sabemos de ninguna otra cosa que tan clara y convincentemente pruebe la total incapacidad del hombre para procurarse la vida, como el hecho de que la posesión de esa vida esté basada en el conocimiento de Dios; y este conocimiento de Dios se apoya necesariamente en la *revelación* de Dios. En una palabra, conocer a Dios es vida; ignorarle, muerte.

¿Dónde hallar al Dios Salvador?

El Dios Salvador no se reveló en la creación

Pero, ¿dónde hay que conocerle? Esta es, en realidad, una pregunta solemne. Más de uno ha tenido que gritar, como Job:

¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!



(Job 23:3).

¿Dónde se puede hallar a Dios? ¿Tendré que buscarle *en la creación*? Sin duda que se puede ver ahí Su mano; pero, ¡ah!, eso no me basta. Un Dios Creador no encaja con un pecador perdido. *La mano del poder* no le sirve a un pobre, culpable y miserable como yo. Yo necesito *un corazón de amor*.

El Dios Salvador no se reveló en la providencia

Sí, necesito un corazón que pueda amarme en toda mi culpa y miseria. ¿Dónde puedo hallarlo? ¿Me fijaré en el vasto imperio de *la providencia*, en esa esfera ampliamente extendida del gobierno de Dios? ¿Se ha revelado Dios de ese modo, para encontrarse conmigo, pobre y perdido? ¿Servirá de algo la providencia y el gobierno a quien se sabe pecador que merece el infierno? ¡Claro que no! Si me fijo en estas cosas, solo puedo ver lo que me pone perplejo y confuso. Soy miope e ignorante, y enteramente incapaz de explicar los pros y los contras, los factores y los efectos, el cómo y el por qué, de un solo suceso de mi vida o de la historia de este mundo.

¿Puedo yo explicar todo acerca del naufragio del barco de pasajeros inglés *London*? ¿Puedo dar alguna razón del hecho de que una vida de las más valiosas queda cortada prematuramente, mientras se prolonga otra vida claramente inútil? Ahí tenemos un marido y padre de una familia numerosa; parece completamente indispensable para su círculo familiar; sin embargo, su vida es cortada en un momento, y quedan en pesadumbre y desamparo sus familiares. Por otra parte, más allá yace inválida en su lecho una pobre criatura que ha sobrevivido a todos sus familiares y depende enteramente de la parroquia o de la benevolencia privada. Allí ha estado tendida durante varios años, siendo una carga para algunos y de ninguna utilidad para nadie. ¿Puedo dar alguna razón de eso? ¿Soy competente para interpretar la voz de la Providencia en este caso tan profundamente misterioso? ¡Por cierto que no! No tengo en mí ni en mi poder ninguna cosa con la que enhebrar el hilo que me guíe por los rincones del laberinto de lo que llamamos *providencia*. No puedo hallar ahí a un Dios Salvador.

El Dios Salvador no se reveló en la ley

Entonces, ¿me volveré a **la ley**, a la dispensación mosaica, al ceremonial levítico? ¿Hallaré allí lo que necesito? ¿Podrá servirme de algo un Legislador, sobre la cima de un monte ardiente, rodeado de oscuridad y densas tinieblas, lanzando truenos y relámpagos, o escondido tras de un velo?

¡Ay de mí! No puedo ir a su encuentro; no puedo satisfacer sus demandas ni cumplir las condiciones. Se me dice que tengo que amarle de todo corazón, con toda mi mente y con todas mis fuerzas; pero no le conozco. Estoy ciego y no puedo verle. Soy ajeno a la vida de Dios y enemigo suyo por mis obras malvadas. El pecado me ha cegado la mente, me ha embotado la conciencia y me ha endurecido el corazón. El diablo ha pervertido completamente mi ser moral y me ha conducido a un estado de franca rebelión contra Dios.

Necesito ser renovado en lo íntimo de mi ser, antes que pueda hacer lo que la ley exige. ¿Cómo podré ser renovado? Solamente por el conocimiento de Dios. Pero Dios no se revela a sí mismo en la ley. No, está oculto, escondido detrás de una nube impenetrable, de un velo tupido. Por eso no puedo verle ahí. Me veo forzado a retirarme de ese monte ardiente, de ese velo sin rasgar y de toda esa vieja dispensación de la cual estos son los rasgos distintivos, los objetos prominentes que todavía me hacen exclamar: “¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!” (Job 23:3).

En una palabra, pues: ni en la creación, ni en la providencia ni en la ley, es revelado Dios como “un Dios justo y Salvador”. Veo un Dios de poder en la creación; un Dios de sabiduría, en la providencia; un Dios de justicia, en la ley; un Dios de amor, *solamente* en la faz de Jesucristo.

Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo



(2 Corintios 5:19).

Queremos que el lector preste la más seria atención a este hecho estupendo, en el caso de que sea uno de los que no conocen a Dios todavía. Es de la mayor importancia que vea claro en este asunto. Sin esto, no puede haber nada a derechas. Conocer a Dios es el primer paso. No se trata meramente de saber algunas cosas acerca de Dios. No es el caso de que una naturaleza no regenerada se vuelva religiosa, trate de cumplir mejor o se esfuerce por observar la ley. No, no es ninguna de estas cosas. Es Dios, conocido en la faz de Jesucristo. “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestro corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6). Este es el secreto profundo y bendito de todo el asunto.

El conocimiento de Dios es luz y vida

En lo que concierne a su condición natural, el lector se halla en un estado de tinieblas. No posee ni siquiera un rayo de luz espiritual. En el plano espiritual y moral, está igual que estaba físicamente la creación antes que saliese de los labios del Creador Todopoderoso la frase sublime e imperiosa: “Sea la luz”. Todo es oscuridad y caos, porque

“ el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios (2 Corintios 4:4).

Aquí tenemos dos cosas: por una parte, el dios de este mundo cegando las mentes y tratando de impedir que brillen los preciosos y vivificantes rayos de la luz de la gloria de Dios; y, por otra parte, Dios en su maravillosa gracia, resplandeciendo en los corazones, para impartir la luz del conocimiento de Su gloria en la faz de Jesucristo. Todo, pues, gira en torno de esta realidad grandiosa del conocimiento de Dios. ¿Hay luz? Es porque Dios es conocido. ¿Hay tinieblas? Es porque Dios no es conocido.

No cabe duda de que hay varios niveles en la experiencia y en la manifestación de esta luz; pero si hay luz es porque hay conocimiento de Dios. Igualmente, puede haber varias formas de oscuridad; algunas más siniestras que otras; pero hay tinieblas porque Dios no es conocido. El conocimiento de Dios es luz y vida; la ignorancia de Dios es oscuridad y muerte. Un hombre puede enriquecerse con todos los tesoros de la ciencia y de la literatura; pero si no conoce a Dios, está en las tinieblas de la noche primitiva. Por otra parte, un hombre puede ignorar profundamente todos los conocimientos humanos, pero si conoce a Dios, camina en la luz del mediodía.

Dios amó al mundo y dio a su Hijo

En la porción de la Escritura que ocupa nuestra atención, Juan 3:16, tenemos una ilustración muy notable del carácter de todo el Evangelio de Juan, y especialmente de los primeros capítulos. Es imposible meditar en ella sin comprender este interesante hecho. En esa porción, somos conducidos al mismo Dios en ese aspecto admirable de su carácter y de su naturaleza que es su amor *al mundo* y darnos a su Hijo. También hallamos ahí, no solo el “mundo” en su conjunto, sino también al pecador individual en el vocablo más amplio posible y más satisfactorio: “todo aquel”.

De este modo, Dios y el pecador tienen su mutuo encuentro: Dios, *amando y dando*; el pecador, *creyendo y teniendo*. No es Dios juzgando y exigiendo, sino amando y dando. Lo primero era ley; lo segundo, gracia. Aquello era judaísmo; esto es cristianismo. En lo primero, vemos a Dios exigiendo obediencia para tener vida; en lo segundo, vemos a Dios dando vida como la única base de la obediencia. En lo primero, vemos al hombre bregando para conseguir vida, pero sin llegar jamás a obtenerla; en lo segundo, vemos al hombre recibiendo la vida como dádiva gratuita, mediante la fe en el Señor Jesucristo. Tal es el contraste entre los dos sistemas: un contraste que nunca puede ponderarse con demasiada profundidad.

“ La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo (Juan 1:17). ”

Pero tomemos nota de la forma en que esto queda explicado en nuestro texto. “De tal manera amó Dios al mundo”. Aquí tenemos el amplio aspecto del amor de Dios. No está limitado a una nación, tribu, casta o familia en particular. Abarca al mundo entero. Dios es amor y, por serlo, no se trata de la aptitud o de la valía del objeto de Su amor. Se trata de lo que él es. Él es amor y no puede negarse a sí mismo. El amor es la energía misma y la verdadera actividad de su naturaleza.

El corazón puede albergar muchas preguntas y examinarse mucho a sí mismo respecto a su estado y condición delante de Dios, y está muy puesto en razón que así sea. El Espíritu mismo puede producir esos ejercicios de conciencia y hacer surgir esas preguntas; pero, después de todo, la verdad grandiosa que brilla en todo su fulgor es que “Dios es amor”. No importa lo que nosotros seamos ni lo que el mundo sea; eso es lo que Dios es; y sabemos que la verdad acerca de lo que Dios es, constituye el hondo y rico fundamento que sostiene el sistema entero del cristianismo.

El alma puede pasar por conflictos graves y penosos al sentir su propia miseria; pueden surgir dudas y temores; pueden aparecer muchas nubes densas y oscuras. En lo interior de la conciencia, se pueden pasar semanas, meses o años bajo la ley; y eso, además, mucho tiempo después que el intelecto haya prestado su asentimiento a los principios y doctrinas de la fe evangélica. Pero, después de todo, tenemos que ser puestos en contacto personal directo con Dios mismo —con lo que él es— con su naturaleza y carácter, según se ha revelado a sí mismo en el Evangelio. Tenemos que familiarizarnos con él, y él es amor.

Obsérvese que no dice meramente que Dios es amoroso, sino que es *amor*. No es solo que el amor sea una perfección de su carácter, sino que es la actividad misma de su naturaleza. No leemos que Dios es justicia o santidad, aunque él es justo y santo. Pero decir que Dios es amoroso no expresaría la verdad plena y bendita. Él es mucho más, es el amor mismo. De ahí que, cuando el pecador –no importa quien sea– es conducido a ver su ruina total y absoluta, su miseria irremediable, su culpabilidad inexcusable, la completa vanidad e inutilidad de todo lo que hay dentro de él y en torno de él (y no hay nada en el mundo entero que pueda satisfacer su corazón, y nada en su corazón que pueda satisfacer a Dios e incluso a su propia conciencia), cuando todas estas cosas son descubiertas en alguna medida ante sus ojos, entonces es cuando le sale al encuentro esta verdad grandiosa y sustancial de que “Dios es amor”, y que “de tal manera amó al mundo que ha dado a Su Hijo Unigénito”.

Aquí hay vida y reposo para el alma. Aquí hay salvación, plena, libre y duradera para el perdido, pobre, necesitado y culpable –una salvación que no se apoya en nada que esté en el hombre o sea del hombre; en nada de lo que el hombre es o puede ser; en nada de lo que ha hecho o puede hacer, sino simplemente en lo que Dios es y ha hecho–. Dios *ama y da*; el pecador *cree y tiene*. Esto va mucho más allá de **la creación**, el gobierno de Dios o la ley. En la creación, Dios habló y fue hecho. Sacó a la existencia al mundo por medio de la palabra de Su boca. Pero, a lo largo de todo el informe de la creación, no oímos nada de un Dios que ama y da.

Lo mismo en cuanto al **gobierno** de Dios. Le vemos gobernando con sabiduría inescrutable, entre los ejércitos celestiales y entre los hijos de los hombres; pero no le podemos comprender. Respecto a este tema, solo podemos decir que:

*De maneras misteriosas suele Dios aún obrar,
Puede así sus maravillas por los suyos efectuar;
Él cabalga sobre nubes, vientos y la tempestad,
En abismos insondables con destreza y gran saber
Atesora sus designios, efectúa su querer.*

Finalmente, en cuanto a **la ley**, es, de punta a cabo, un sistema perfecto de mandamientos y prohibiciones –un sistema perfecto en su acción de poner a prueba al hombre y poner de manifiesto su total extrañamiento de Dios–. “La ley obra ira” (Romanos 4:15). Y de nuevo: “Por la ley el conocimiento del pecado” (Romanos 3:29). Pero, ¿qué podría hacer tal sistema en un mundo de pecadores? ¿Acaso podría dar vida? ¡Imposible! ¿Por qué? Porque el hombre no podría cumplir sus santas demandas.

“ Si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley (Gálatas 3:21).

Pero no; la ley era un ministerio de muerte y de condenación (véase 2 Corintios 3:7, 9). El único efecto de la ley, para cualquiera que esté bajo ella, es la presión que ejerce la muerte sobre el alma, y la que ejercen la culpa y la condenación sobre la conciencia. No puede ser de otra manera para toda alma honesta bajo la ley.

¿Qué, pues, se necesita? Simplemente, el conocimiento del amor de Dios y de la preciosa dádiva que ese amor ha impartido. Este es el fundamento eterno de todo: El amor y dádiva del amor. Porque téngase bien en cuenta y no se olvide jamás que el amor de Dios nunca habría podido llegar hasta nosotros, si no fuese por medio de esa dádiva. Dios es santo, y nosotros somos pecadores. ¿Cómo podríamos llegarnos hasta él? ¿Cómo podríamos morar en su santa presencia? ¿Cómo podrían habitar juntos el pecado y la santidad? ¡Imposible! La justicia exige la condenación del pecado; y si el amor ha de salvar al pecador, tiene que ser nada menos que a costa de darnos a su Hijo Unigénito.

Darío amaba a Daniel y se esforzó de recio por salvarle del foso de los leones; pero su amor fue impotente a causa de la ley irreversible de los medos y los persas. Pasó la noche apesadumbrado y en ayunas. Pudo llegar a llorar junto al foso de los leones; pero no pudo salvar a sus amigos. Su amor no era poderoso para salvar. Si se hubiese entregado a los leones en lugar de su amigo, habría sido moralmente glorioso; pero no lo hizo. Su amor se expresó en lágrimas y lamentos inútiles. La ley del reino persa fue más poderosa que el amor del rey persa. La ley, en su severa majestad, triunfó sobre un amor impotente, que solo tenía lágrimas inútiles que derramar sobre su objeto.

Pero el amor de Dios no es como ese —¡eterna y universal alabanza a su nombre!—. Su amor es poderoso para salvar. *Reina* por medio de la justicia (Romanos 5:21). ¿Cómo puede ser eso? Porque “de *tal manera* amó Dios al mundo que ha dado a Su Hijo Unigénito”. La ley había declarado en términos de tremenda solemnidad:

“ El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel 18:20).

¿Era esta ley menos severa, menos majestuosa, menos estricta, que la ley de los medos y los persas? De seguro que no. ¿Cómo, pues, podía ser derogada? Tenía que ser engrandecida, mantenida con honor, vindicada y confirmada. Ni una jota ni una tilde de la ley podían ser abrogadas. ¿Cómo, pues, podía resolverse la dificultad? Había que hacer tres cosas: La ley había de ser mantenida en alto; el pecado tenía que ser condenado; el pecador tenía que ser salvado. ¿Cómo podían alcanzarse estos grandiosos resultados? Tenemos la respuesta en dos líneas audaces y vívidas de uno de nuestros poetas:

*En la cruz de Jesús, este memorial está grabado:
Sea condenado el pecado, y el pecador salvado.*

¡Preciosa inscripción! ¡Ojalá la lean y la crean muchos pecadores angustiados! Tal fue el asombroso amor de Dios, que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Romanos 8:32). Su amor le costó nada menos que el Hijo de Su seno. Cuando fue el caso de crear el mundo, no le costó más que una palabra de Su boca; pero cuando fue el caso de amar al mundo pecador, le costó Su Hijo Unigénito. El amor de Dios es un amor santo, un amor justo, un amor que actúa en armonía con todos los atributos de Su naturaleza y con todas las demandas de Su trono.

“ La gracia reina por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo,
Señor nuestro
(Romanos 5:21). ”

El alma no puede jamás ser puesta en libertad hasta que no haya echado mano de esta verdad. Quizás abrigue ciertas vagas esperanzas en la misericordia de Dios y alguna medida de confianza en la obra expiatoria de Jesús, aun cuando esto es también cierto y verdadero; pero la verdadera libertad del corazón no se puede disfrutar mientras no se vea y se entienda que Dios se ha glorificado a sí mismo en la manera con que nos ha amado. La conciencia no podría ser sosegada, ni Satanás silenciado, si el pecado no hubiera sido perfectamente juzgado y removido. Pero “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito”. ¡Qué profundidad y qué poder en esa breve expresión “de tal manera”!

¿Cómo puedo saber yo que este amor, y el don de este amor, son para mí?

Al llegar a este punto, quizá sea menester dar satisfacción a una dificultad que se presenta con frecuencia a las almas angustiadas respecto a la cuestión de la aplicación personal. Son millares los que se han sentido molestos y perplejos por esta cuestión en una u otra de las etapas de su

vida espiritual; y es probable que muchos de los que lean estas páginas se alegren de oír algunas palabras sobre este tema. Quizá se sientan muchos inclinados a preguntar: «¿Cómo puedo saber yo que este amor, y el don de este amor, están destinados para *mí*? ¿Qué garantía tengo yo para creer que la “vida eterna” es para *mí*? Conozco el plan de la salvación; creo en la plena suficiencia de la expiación de Cristo para el perdón y la justificación de todos los que crean de verdad; estoy convencido de la verdad de todo lo que la Biblia declara. Creo que todos somos pecadores y, además, que no podemos hacer nada para salvarnos a nosotros mismos; que necesitamos ser lavados en la sangre de Jesús, y que tenemos que ser instruidos y guiados por el Espíritu Santo, antes de poder agradar a Dios en esta vida, y morar con él en la otra. Todo esto lo creo plenamente y, sin embargo, no estoy seguro de ser salvo, y necesito saber qué me autoriza a creer que están perdonados mis pecados y que tengo vida eterna».

Si es así como expresa el lector, de alguna manera, su dificultad, queríamos, en primer lugar, rogarle que fije su atención en dos palabras que se hallan en nuestro precioso texto (Juan 3:16): “*mundo*” y “*todo aquel*”. Es del todo imposible que alguien rehúse aplicarse esas dos palabras. Porque, ¿cuál es el significado de la palabra “*mundo*”? ¿Cuánto abarca? O, más bien, ¿qué es lo que no abarca? Cuando nuestro Señor declara que “de tal manera amó Dios al mundo”, ¿qué fundamento puede tener el lector para excluirse a sí mismo de la extensión, del objetivo y de la aplicación de este amor divino? Ninguno, en absoluto, a menos que pueda probar que solo él no pertenece al mundo, sino a cualquier otro lugar de vivientes. Si se declarase que “el mundo” está condenado sin remedio, ¿podría alguien que perteneciese a ese mundo evitar que se le aplicase a él la sentencia? ¿Podría excluirse a sí mismo de ella? ¡Imposible! ¿Cómo, entonces, y por qué razón ha de excluirse a sí mismo, cuando se trata del amor gratuito de Dios y de la salvación por medio de Jesucristo?

Pero, además, querríamos preguntar: ¿Cuál es el significado y la fuerza de la expresión “*todo aquel*”? De seguro que significa “*cualquiera*”; y si es cualquiera, ¿por qué no el lector? Es infinitamente mejor y seguro, y más satisfactorio, hallar en el Evangelio la expresión “*todo aquel*”, que hallar allí mi propio nombre, por cuanto podrían hallarse en el mundo miles de personas que tienen el mismo nombre que el mío; pero “*todo aquel*” se aplica a mí tan distintivamente como si yo fuese el único pecador sobre la faz de la tierra.

Así pues, las palabras mismas del mensaje del Evangelio –los vocablos mismos usados para expresar las buenas nuevas–, son tales que no dejan ningún fundamento posible para una dificultad respecto a su aplicación. Si escuchamos a nuestro Señor en los días de su carne, le oímos

decir palabras como las siguientes: “De tal manera amó Dios al *mundo*, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que *todo aquel* que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. De nuevo, si le escuchamos después de su resurrección, oímos lo siguiente: “Id por *todo el mundo* y predicad el evangelio a *toda criatura*” (Marcos 16:15). Finalmente, si escuchamos la voz del Espíritu Santo, enviado por el Señor resucitado, ascendido y glorificado, oímos palabras como estas:

“ El mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo (Romanos 10:12-13).

En todos estos textos encontramos dos palabras: una de alcance general –“todo aquel”– y la otra personal –“el que”– y ambas conjuntamente ofrecen el mensaje de salvación de modo tal que nadie puede rechazar su aplicación. Si el alcance del precioso Evangelio de Cristo es “el mundo” entero, y el objetivo es “toda criatura”, ¿cómo pues podría alguien excluirse? ¿Con qué justificación puede un pecador decir que las buenas nuevas de salvación no son para él? No hay ninguna. La salvación es tan gratuita como el aire que respiramos, como las refrescantes gotas de rocío, como el sol que brilla sobre nuestro camino; y si alguien pretende limitar su aplicación, no está en armonía con la mente de Cristo ni en consonancia con el corazón de Dios.

La doctrina de la elección y el Evangelio

Pero quizás haya entre nuestros lectores quienes, al llegar a este punto, se sientan inclinados a preguntar; “¿Y cómo se las arregla usted con el tema de la elección?”. A eso respondemos: «Muy sencillamente, dejándolo donde Dios lo ha colocado: como un lindero en la heredad del Israel espiritual, no como un tropezadero en la senda del buscador angustiado». Creemos que este es el verdadero modo de tratar la doctrina profundamente importante de la elección.

Cuanto más ponderamos este tema, más convencidos quedamos de que es una equivocación por parte del evangelista o del predicador del Evangelio restringir su mensaje, enmarañar su tema o dejar perplejos a sus oyentes, con la doctrina de la elección o de la predestinación. En el desempeño de su glorioso ministerio, su atención ha de estar puesta en los pecadores perdidos. Ha de salir al encuentro de ellos en el lugar donde se hallan, sobre el ancho terreno de nuestra común ruina, de nuestra común culpabilidad, de nuestra común condenación. Les sale al encuentro con un mensaje de salvación plena, gratuita, presente, personal y eterna –un mensaje que viene con frescor, fervor y ardor del seno mismo de Dios–. Su ministerio es, como le declara el Espíritu Santo en 2 Corintios 5, “ministerio de reconciliación”, cuyas gloriosas características son: “Dios en

Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”; y cuyo maravilloso fundamento es que Dios ha hecho que Jesús, que no conoció pecado, fuese hecho pecado por nosotros, a fin de que llegásemos a ser justicia de Dios en él.

¿Usurpa esto, en el menor grado, la bendición y la firmeza de la clara verdad de la elección? De ningún modo. La deja, en toda su integridad y en su pleno valor, como verdad grandiosa y fundamental de la Sagrada Escritura, exactamente donde Dios la ha colocado: no como una cuestión preliminar que hay que solucionar antes que el pecador venga a Jesús, sino como un consuelo y un aliento de los más preciosos para el pecador que ya se ha llegado a Jesús. En eso está toda la diferencia.

Si el pecador es exhortado a que solucione de antemano la cuestión de su elección, ¿cómo va a poder hacerlo? ¿A qué lado se va a volver en busca de una solución? ¿Dónde hallará una garantía divina para creer que es uno de los elegidos? ¿Puede hallar una sola línea de la Biblia donde basar su fe con respecto a su elección? No puede hallarla. Puede hallar docenas de pasajes donde se le declara que es un pecador perdido y muerto y se le asegura que es totalmente incapaz de hacer nada respecto a su salvación –cientos de pasajes que descubren el amor soberano de Dios, el valor y la eficacia de la expiación de Cristo, y aseguran al pecador una cordial bienvenida para que venga *tal como es* y haga suya la salvación que Dios le ofrece—. Pero si necesitase solucionar primero la cuestión de su predestinación y de su elección, sería entonces un caso perdido y, si persiste, caería en la desesperación.

Y ¿no es esto lo que les ocurre actualmente a millares de personas por la mala aplicación de la doctrina de la elección? Creemos que sí, y de ahí nuestra ansia de ayudar a nuestros lectores poniéndoles delante este tema en lo que juzgamos ser la verdadera luz. Creemos que es de la mayor importancia para el buscador angustiado saber que el punto de vista desde el que se le llama a contemplar la cruz de Cristo no es el de la elección, sino el de la conciencia de su ruina. La gracia de Dios le sale al encuentro como a un pecador culpable, perdido, muerto; no como a un elegido. Esta es una misericordia inefable, por cuanto él sabe que es un pecador, pero no puede saber que es un elegido hasta que le haya llegado el Evangelio con poder. “Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección”. ¿Cómo lo sabía él?

“ Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre (1 Tesalonicenses 1:4-5).

Pablo predicó a los tesalonicenses como a pecadores perdidos; y después que el Evangelio los agarró como a perdidos, pudo escribirles como a elegidos.

Esto coloca la elección en su debido lugar. Si el lector se fija por un momento en Hechos 17, verá cómo desempeñó Pablo su ministerio como evangelista entre los tesalonicenses: “Pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo”. Igualmente, en la porción con que se abre el capítulo 15 de 1 Corintios: “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (v. 1-4).

Por este pasaje, y muchos otros que podrían citarse, sabemos que el apóstol no predicaba meramente una doctrina, sino una persona. No predicaba la elección. La enseñaba a los creyentes, pero nunca la predicaba a los inconversos. Este debería ser el modelo para los evangelistas en todos los tiempos. Ni una sola vez hallamos a los apóstoles predicando la elección. Predicaban a Cristo; declaraban la bondad de Dios: Su gran misericordia, su amor perdonador, su disposición benévola a recibir a todos los que vengan a él en su cualidad y condición de pecadores perdidos. Tal era su modo de predicar o, más bien, tal era el modo como el Espíritu Santo hablaba por medio de ellos; y tal era también el modo del mismo adorable Maestro.

“ Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar
(Mateo 11:28).

“Al que a mí viene, *no le echo fuera*” (Juan 6:37).

Aquí no hay piedras de tropiezo en el camino de los buscadores angustiados, no hay cuestiones preliminares que solucionar, ni condiciones que cumplir ni dificultades teológicas que resolver. No, el pecador es acogido en su propio terreno –tal como es, aquí y ahora–. Hay descanso para el fatigado, bebida para el sediento, vida para el muerto, perdón para el culpable, salvación para el perdido. ¿Tocan estas generosas invitaciones la doctrina de la elección? De seguro que no. Y lo que es más, la doctrina de la elección no las toca a ellas.

En otras palabras, un evangelio completo y gratuito deja sin tocar en modo alguno la verdad tan grande e importante de la elección; y la verdad de la elección, en su debido lugar, deja el evangelio de la gracia de Dios en su base amplia y bendita, y en toda su divina largura, anchura y plenitud. El Evangelio nos sale al encuentro como a perdidos, y nos salva; y después, cuando sabemos que somos salvos, viene la preciosa doctrina de la elección para establecernos en el hecho de que jamás podemos perdersnos.

Nunca fue el propósito de Dios que las pobres almas angustiadas fuesen molestadas con cuestiones teológicas o puntos de doctrina. No; sea por siempre bendito Su nombre, es Su deseo benévolo que el bálsamo curativo de Su amor perdonador y la eficacia purificadora de la sangre expiatoria de Jesús se apliquen a las heridas espirituales de cada alma enferma por el pecado.

Y en cuanto a las doctrinas de la predestinación y de la elección, las ha revelado en su Palabra para consolar a sus santos, no para confundir a los pobres pecadores. Brillan como piedras preciosas en las páginas inspiradas, pero nunca fue la intención de Dios que fuesen piedras de tropiezo en la senda de los afanosos buscadores de la vida y de la paz.

Están depositadas en la mano del maestro para ser expuestas en el seno de la familia de Dios, pero no tienen su destino en la mano del evangelista, cuya gloriosa misión es salir a las encrucijadas y a los rincones de un mundo perdido. Son para nutrir y confortar a los hijos, no para turbar ni hacer tropezar a los inconversos.

Queremos decir con la mayor seriedad a todos los evangelistas: No enredéis vuestra predicación con cuestiones teológicas de ninguna clase. Predicad a Cristo. Declarad el amor profundo y eterno de un Dios Salvador. Procurad llevar a la presencia misma de un Dios perdonador al pecador culpable y convicto por su propia conciencia. Dirigíos, si queréis y así lo sentís, a la conciencia, alzad la voz contra el pecado, proclamad en voz alta las realidades tremendas del gran trono blanco, del lago de fuego y de sus eternos tormentos; pero procurad llevar la conciencia herida por la culpa, a que repose en las virtudes expiatorias de la sangre de Cristo.

Entonces podréis entregar los frutos de vuestro ministerio a los ya capacitados por Dios, para que sean instruidos en los misterios más hondos de la fe cristiana. Podéis estar seguros de que el desempeño fiel de vuestro ministerio como evangelistas, nunca os conducirá a violar las fronteras del dominio de una teología sana.

Y al buscador angustiado queremos decirle con la misma seriedad: Que no se interponga en vuestro camino ninguna cosa que os impida venir a Jesús en este mismo momento. Sea cual fuere la voz de la teología, usted tiene que escuchar la voz de Jesús, que dice: “*Venid a mí*”. Esté seguro de que ahí no hay ningún obstáculo, ninguna dificultad, ninguna cuestión ni condición. Usted es un pecador perdido, y Jesús es un Salvador completo. Ponga su confianza en él, y será salvo para siempre. Crea en él, y sabrá que su lugar está entre los “escogidos de Dios”, los que están

predestinados a ser hechos conformes a la imagen de Su Hijo



(Romanos 8:33, 29).

Traiga sus pecados a Jesús y él los perdonará, los borrará con su sangre y le vestirá a usted con la vestidura sin mancha de la justicia divina. ¡Que el Espíritu de Dios le guíe ahora mismo a echarse sencilla y enteramente en los brazos de ese Salvador precioso y plenamente suficiente!

Males que resultan de una mala aplicación de la doctrina de la elección

Ahora descubriremos, en breves momentos, tres distintos males que resultan de una mala aplicación de la doctrina de la elección:

1. El desaliento de almas realmente sinceras, a las que se debe prestar ayuda por todos los medios posibles. Si tales personas se echan para atrás por la cuestión de la elección, el resultado ha de ser desastroso en extremo. Si se les dice que las buenas nuevas de la salvación son solo para los elegidos —que Cristo murió solamente por ellos y, por tanto, solamente ellos pueden ser salvos—; que, a no ser que sean de los elegidos, no tienen derecho a aplicarse a sí mismos los beneficios de la muerte de Cristo; si, en una palabra, se les retira de Cristo y se les envía a la teología: del corazón de un Dios amoroso y perdonador, a los dogmas fríos y marchitos de la teología sistemática, es imposible predecir a dónde irán a parar; quizá se refugien, por una parte, en la superstición o, por otra parte, en la incredulidad. Quizá vayan a parar a una iglesia alta, a una iglesia ancha, o a ninguna en absoluto. Lo que realmente necesitan es a Cristo; al viviente, precioso y plenamente suficiente Cristo de Dios. Él es el alimento verdadero para las almas angustiadas.

2. Pero, en segundo lugar, las almas negligentes se vuelven todavía más negligentes con una falsa aplicación de la doctrina de la elección. Cuando a tales personas se les hace ver su estado y lo que les espera, se cruzan de brazos y dicen: «Usted sabe que no puedo creer si Dios no me da el poder para ello. Si soy de los elegidos, de seguro que seré salvo; si no lo soy, no puedo hacer nada, sino esperar a que llegue la hora de Dios». Todos estos razonamientos falsos y fútiles deben ser

sacados a la luz y destruidos; no pueden tenerse en pie ni por un momento a la luz del tribunal de Cristo. Allí aprenderá cada uno que la elección no suministraba ninguna excusa, por cuanto nunca fue destinada por Dios a ser una barrera en el camino de la salvación del pecador. La Palabra dice: “El que quiera, tome del agua de la vida *gratuitamente*”. La misma forma de expresión y el mismo estilo de lenguaje que retiran la piedra de tropiezo de los pies del buscador angustiado, arrancan la excusa de los labios del rechazador negligente. A nadie se le cierra la puerta; todos quedan invitados. Ni hay barrera por un lado, ni queda excusa por el otro. Todos son bienvenidos, y todos son responsables. De ahí que, si alguien tiene la presunción de excusarse por rehusar la salvación de Dios, la cual es tan clara como la luz del sol, basándose en los decretos de Dios, los cuales están enteramente ocultos, verá que se halla fatalmente equivocado.

3. Y ahora, en tercero y último lugar, hemos visto a menudo con gran pesadumbre de corazón al evangelista sincero, amoroso y de ancho corazón, entibiado y tullido por una falsa aplicación de la doctrina de la elección. Esto debe ser evitado con la mayor diligencia. Sostenemos que no es tarea del evangelista predicar la elección. Si le han instruido debidamente, la *afirmará*; pero si le han dirigido correctamente, no la *predicará*.

En una palabra, pues: la preciosa doctrina de la elección no ha de ser un tropezadero para el angustiado, ni una excusa para el negligente ni un entibiador del evangelista fervoroso. ¡Que el Espíritu de Dios nos conceda sentir el poder equilibrador de la verdad!

Después de haber tratado de resolver cualquier dificultad que surja de un mal uso de la preciosa doctrina de la elección, y de mostrar al lector, “quienquiera” que sea, que no hay absolutamente nada que le impida aceptar plenamente y de todo corazón la dádiva generosa de Dios, el don inefable de su Hijo Unigénito, solo nos resta considerar el resultado, en cada caso, de esta aceptación, conforme lo expresan las palabras de nuestro Señor Jesucristo: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Qué implica «perderse»

Aquí tenemos, pues, el resultado en el caso de todo aquel que cree en Jesús. Jamás perecerá, sino que posee vida eterna. Pero, ¿quién puede intentar descubrir todo lo que se incluye en esa palabra «perderse»? ¿Qué lengua mortal podrá expresar los horrores del lago que arde con fuego y azufre (Apocalipsis 21:8),

donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga



(Marcos 9:44, 48)?

Creemos de seguro que nadie puede hacerlo, excepto Aquel que usó ese vocablo en su conversación con Nicodemo; pero nos sentimos llamados a dar nuestro testimonio firme e inequívoco respecto a lo que él ha enseñado sobre la verdad solemne del castigo eterno. Ya nos hemos referido incidentalmente a esto, pero creemos que exige mayor atención; y puesto que el verbo «*perderse*» aparece en la porción que ha estado ocupando nuestros pensamientos, no podemos hacer cosa mejor que llamar la atención del lector para que se fije en él.

Es un hecho serio y lamentable que el enemigo de las almas y de la verdad de Dios está conduciendo a millares, tanto en Europa como en los Estados Unidos, a poner en duda la realidad importantísima del castigo eterno de los impíos. Lo hace apoyándose en diversas bases y por medio de varios argumentos, adaptados a la mentalidad, la condición moral y el punto de vista intelectual de los individuos. A algunos les trata de convencer de que Dios es demasiado bueno como para enviar a nadie a un lugar de tormentos; que es contrario a su mente benévola y a su naturaleza benéfica hacer padecer a ninguna de sus criaturas.

Ahora bien, a todos cuantos se apoyen, o parezcan apoyarse, en esta base para su argumentación, querríamos hacerles la siguiente pregunta: «¿Qué hay que hacer con los pecados de los que mueren sin arrepentirse y sin creer?».

Cualquiera que sea el sentido de la noción de que Dios es demasiado bondadoso para enviar pecadores al infierno, de cierto que es demasiado santo para permitir que el pecado entre en el cielo, pues Dios es

muy limpio de ojos para ver el mal



(Habacuc 1:13).

Dios y la maldad no pueden habitar juntamente. Esto está claro. ¿Qué solución, pues, tiene el caso? Si Dios no puede permitir que el pecado entre en el cielo, ¿qué hay que hacer con el pecador que muere en sus pecados? ¡Tiene que perderse! ¿Y qué significa eso? ¿Significa la aniquilación—es decir, la extinción total de su existencia misma en cuerpo y alma—? No, eso no puede ser. No hay duda de que a muchos les gustaría eso.

Lo de “comamos y bebamos, que mañana moriremos” les vendría bien, ¡ay!, a muchos millares de los hijos e hijas del placer, que solo piensan en el momento presente y que se tragan los pecados como exquisitos bocados. Hay millones sobre la faz de la tierra que están trocando su felicidad eterna por unas pocas horas de placer pecaminoso, y el astuto enemigo de la humanidad trata de persuadirles de que no hay tal lugar como el infierno, que no hay tal cosa como el lago que arde con fuego y azufre; y, para alcanzar pie donde asentar tan fatal sugerencia, la basa en la formidable y plausible noción de la bondad de Dios.

No crean ustedes al archiengañador. Recuerden que Dios es santo y no puede admitir el pecado en Su presencia. Si usted muere en sus pecados, deberá perderse, y este vocablo «*perderse*» implica, según el testimonio claro de la Sagrada Escritura, miseria y tormentos eternos en el infierno. Oigan lo que dice nuestro Señor Jesucristo, en su descripción solemne del juicio de las naciones: “Entonces dirá también el Rey a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego *eterno*, preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Y mientras prestan atención a estos acentos terriblemente solemnes, recuerden que el vocablo «eterno» ocurre setenta veces en el Nuevo Testamento, y se halla conectado de los modos siguientes: «fuego eterno», «vida eterna», «castigo eterno», «condenación eterna», «moradas eternas», «el Dios eterno», «eterno peso de gloria», «destrucción eterna», «consolación eterna», «gloria eterna», «salvación eterna», «juicio eterno», «redención eterna», «el Espíritu eterno», «herencia eterna», «reino eterno», «fuego eterno».

Preguntamos ahora a cualquier persona sincera y juiciosa: ¿En qué se puede basar uno para decir que un vocablo significa *eterno* cuando se aplica al Espíritu Santo o a Dios, y *temporal* cuando se aplica al fuego del infierno o al castigo de los impíos? Si significa eterno en un caso, ¿por qué no también en el otro? Acabamos de echar un vistazo a una concordancia griega, y queremos preguntar: ¿Estaría bien señalar media docena de porciones en los que ocurre el vocablo «eterno», y escribir al lado: Aquí «eterno» significa «por algún tiempo»? Solo el pensarlo es una monstruosidad. Constituiría un insulto atrevido y blasfemo al inspirado Volumen. No, no. Esté usted seguro de que no puede alterar el sentido del vocablo «eterno» en un caso, sin alterarlo igualmente en todos los setenta casos en que aparece.

Es cosa peligrosa retorcer la Palabra del Dios viviente. Es infinitamente mejor inclinarse ante su sagrada autoridad; y es peor que inútil el intentar esquivar el significado claro y la fuerza solemne de ese verbo «perderse», aplicado al alma inmortal del hombre. Implica, fuera de toda duda, la realidad inefablemente terrible de arder para siempre en las llamas del infierno. Esto es lo que quiere decir la Biblia con el verbo «perderse».

El partidario del placer, o el amante del dinero, quizá trate de olvidarlo. Puede intentar ahogar tal pensamiento en el vaso o en el mercado de divisas. El sentimentalista puede desvariar acerca de la benevolencia divina; el escéptico puede objetar contra la posibilidad del fuego eterno. Pero tenemos un intenso afán de que el lector se levante de leer este tratado con la convicción firme y profunda y con la creencia de corazón de que el castigo de todos los que mueren en sus pecados será eterno en el infierno, tan de seguro como que la felicidad de todos los que mueren en la fe de Cristo será eterna en los cielos. Si no fuese así, el Espíritu Santo habría usado, con la mayor certeza, al hablar de lo primero, un vocablo diferente del que usa al hablar de lo segundo. Creemos que esto está fuera de toda duda.

Pero hay otra objeción que suele hacerse contra la doctrina del castigo eterno. Se dice a menudo: «¿Cómo podemos suponer que Dios vaya a infligir un castigo eterno por unos breves años de pecado?». Respondemos: Argüir de ese modo es comenzar por un extremo equivocado. No es una cuestión de tiempo, considerado desde el punto de vista del hombre, sino de la gravedad del pecado mismo, considerada desde el punto de vista de Dios. ¿Y cómo hay que solucionar esta cuestión? Solamente, mirando a la cruz.

Si quiere usted saber lo que es el pecado a los ojos de Dios, tiene que fijarse en lo que le costó a él quitarlo de en medio. Para obtener la justa medida del pecado, tiene usted que medirlo con la vara de medir del sacrificio infinito de Cristo, y con ella sola. Los hombres pueden comparar sus pocos años con la eternidad de Dios; pueden comparar ese breve palmo de vida con aquella ilimitada eternidad que se prolonga indefinidamente; pueden tratar de poner unos pocos años de pecado en un platillo de la balanza, y una eternidad de ayes y tormentos en el otro, intentando así llegar a una conclusión justa; pero de nada servirá argüir de esta manera. La cuestión es: ¿Se necesitó una expiación infinita para poder quitar de en medio el pecado? Si es así, el castigo del pecado tiene que ser eterno. Si fue necesario nada menos que un sacrificio infinito para librar de las consecuencias del pecado, esas consecuencias tienen que ser eternas.

En una palabra, pues, tenemos que considerar el pecado desde el punto de vista de Dios y medirlo con la medida de Dios; de lo contrario, jamás tendremos una noción justa de lo que es y de lo que se merece. El colmo de la locura es que los hombres intenten establecer una regla en cuanto a la cantidad o a la duración del castigo que el pecado se merece. Solo Dios puede hacerlo. Y, después de todo, ¿cuál fue la causa de toda la miseria, de la enfermedad, la tristeza, la muerte y la desolación, de casi seis mil años? Justamente un solo acto de desobediencia –comer del fruto prohibido–. ¿Puede algún hombre explicar esto? ¿Puede la razón humana explicar cómo es que un solo acto produjo una cantidad tan abrumadora de miseria? No puede. Pues entonces, si no puede hacerlo, ¿cómo se le puede dar crédito cuando intenta decidir la cuestión respecto a lo que el pecado se merece? ¡Ay de todos aquellos que se dejan guiar por la razón en este punto de la mayor importancia!

Usted tiene que ver que solo Dios puede valorar el pecado y lo que el pecado se merece justamente, y solo Dios puede revelarnos todo ello. ¿Y acaso no lo ha hecho? Sí que lo ha hecho. Ha dado la medida del pecado en la cruz de su Hijo; y allí también, ha expresado del modo más impresionante lo que el pecado se merece. ¿Cuál le parece a usted que debió ser la causa de aquel amargo grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46)? Si Dios desamparó a su Hijo unigénito cuando fue hecho pecado, ¿no habrá de desamparar también a todos los que son hallados en sus pecados? Pero, ¿cómo pueden ellos deshacerse de sus pecados? Creemos que la conclusión es inevitable: La naturaleza infinita de la expiación demuestra incontestablemente la doctrina del castigo eterno.

Aquel sacrificio precioso y sin par es, al mismo tiempo, el fundamento de nuestra vida eterna y de nuestra liberación de la muerte eterna. Nos libra de la ira eterna y nos introduce en la gloria eterna. Nos salva de la miseria sin fin del infierno y nos procura la felicidad sin fin del cielo. De esta manera, desde cualquier lado que contemplemos la cruz, vemos estampada en ella la marca de la eternidad, ya sea que la miremos desde las lúgubres honduras del infierno o desde las soleadas alturas del cielo, vemos en ella la misma realidad infinita, eterna, divina. Con la cruz hemos de medir, tanto la bendición del cielo como la miseria del infierno. Quienes ponen su confianza en el adorable Salvador que murió en la cruz, obtienen vida y felicidad eternas. Los que le rechazan, tienen que hundirse en una perdición sin fin.

No es nuestra intención, en modo alguno, tratar esta cuestión en forma teológica, ni aducir todos los argumentos que podrían presentarse en defensa de la doctrina del castigo eterno; pero debemos proponer al lector una consideración más, a fin de que llegue a una conclusión sana: es la de la inmortalidad del alma.

“ Dios sopló en la nariz del hombre aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente (Génesis 2:7).

La caída del hombre no afectó en modo alguno a la cuestión de la inmortalidad del alma.

Por consiguiente, si el alma es inmortal, es imposible la aniquilación. El alma tiene que vivir para siempre. ¡Pensamiento abrumador! ¡Por siempre! ¡Por siempre! ¡Por siempre! El ser moral entero se hunde bajo la terrible magnitud de ese pensamiento. Sobrepasa a todo concepto y confunde todos los cálculos mentales. La aritmética humana tiene que ver solamente con lo limitado; carece de cifras para representar una eternidad sin fin. Pero el que esto escribe y el que lo lee tienen que vivir por toda la eternidad, ya sea en el mundo resplandeciente y bienaventurado de arriba o en ese terrible lugar donde jamás puede penetrar la esperanza.

La realidad del infierno debe impulsarnos a hablar de Cristo diligentemente

¡Que el Espíritu de Dios imprima más y más en nuestros corazones la solemnidad de la eternidad y de las almas inmortales que descienden al infierno! Es deplorable nuestra falta de sentimientos respecto a estas tremendas realidades. Estamos diariamente en contacto con mucha gente; compramos, vendemos y nos relacionamos de diversas maneras con personas que han de vivir para siempre; y, con todo, ¡cuán raramente aprovechamos la oportunidad de hacerles ver lo terrible de la eternidad y la condición espantosa de todos los que mueren sin interés personal en la sangre de Cristo!

Roguemos a Dios que nos haga más diligentes, más serios, más fieles y más celosos en exhortar y amonestar a otros a que huyan de la ira venidera. Necesitamos vivir más a la luz de la eternidad, y entonces estaremos mejor equipados para tratar con otros.

Lo que implica tener vida eterna

Solo nos queda ahora por ponderar la última cláusula de la fructífera porción de la Escritura que ha sido objeto de nuestra consideración (Juan 3:16). Expresa el resultado positivo, en cada caso, de la fe sencilla en el Hijo de Dios. Declara, del modo más sencillo y claro, que todo el que cree en el Señor Jesucristo es poseedor de vida eterna. No es meramente que hayan sido borrados sus pecados, aunque esta es una verdad dichosa. Ni es meramente que está librado de las consecuencias de su culpa, lo cual es igualmente verdadero. Es algo más. El que cree en Jesús, tiene una nueva vida, y esa vida está en el Hijo de Dios. Está en un terreno completamente nuevo. Ya no es considerado en la antigua condición de Adán, sino en un Cristo resucitado.

Esta es una verdad inmensa y de la mayor importancia. Rogamos con insistencia al lector que preste atención con calma y oración, mientras procuramos, en la medida de nuestra debilidad, presentarle lo que creemos que está implicado en la última cláusula de Juan 3:16.

Hay en la mente de muchos un sentido muy imperfecto de lo que obtenemos por la fe en Cristo. Parece que algunos consideran la obra expiatoria de Cristo meramente como una medida para remediar los pecados de nuestra vieja naturaleza, como el pago de las deudas contraídas en nuestra condición anterior. Es cierto que es todo eso, y bendito sea Dios por esa preciosa verdad. Pero es mucho más. No es meramente que los pecados son expiados, sino que la naturaleza que los cometió es condenada y dejada a un lado por la cruz de Cristo, y ha de ser «*considerada*» por el creyente como muerta. No es solo que estén canceladas las deudas contraídas en la condición anterior, sino que la condición anterior misma es completamente olvidada por Dios, y como tal debe ser considerada por el creyente.

Una nueva creación

Esta gran verdad es enseñada en 2 Corintios 5:17, donde leemos:

“ Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

El apóstol no dice: «Si alguno está en Cristo, está perdonado, sus pecados están perdonados, sus deudas pagadas». Todo eso es verdad, pero la aserción que acabamos de citar va mucho más lejos, pues declara que quien está en Cristo, es enteramente una nueva criatura. No es que la vieja

naturaleza esté perdonada, sino que está totalmente puesta a un lado, con todo lo que le pertenece, y es introducida una nueva creación en la que no queda ni pizca de la antigua. “Todas las cosas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios”.

Esto da un alivio inmenso al corazón. En realidad, ponemos en duda que alguna alma pueda entrar en la plena libertad del evangelio de Cristo, sin que se haya percatado antes, en alguna medida, de la verdad de la “nueva creación”. Puede haber un ir a Cristo en busca de perdón, una vaga esperanza de llegar un día al cielo, alguna dependencia de la bondad y misericordia de Dios –puede haber todo esto y, sin embargo, carecer del sentido justo de lo que significa una “vida eterna”, y de ser consciente dichosamente de ser “una nueva creación”–, sin entender el hecho importante de que la vieja naturaleza adámica está completamente puesta a un lado y de que la condición en que nos hallábamos anteriormente ha caducado a los ojos de Dios.

¿Qué es «el viejo hombre»?

Pero es más que probable que algunos de nuestros lectores no acierten a entender qué significan términos como «la vieja naturaleza adámica», «la condición anterior», «la carne», «el viejo hombre», y otros por el estilo. Estas expresiones pueden parecer extrañas a los oídos de aquellos para quienes escribimos en especial; y queremos evitar que nuestros tiros no den en el blanco.

Dios nos es testigo de que lo único que deseamos ardientemente y el único objetivo que tenemos siempre presente en nuestra mente, es la instrucción y edificación de nuestros lectores; y, por consiguiente, preferimos correr el riesgo de parecer pesados, más bien que usar frases que no lleven a las mentes ideas claras e inteligibles. Términos como «el viejo hombre», «la carne» y otros parecidos, se usan en muchos lugares de la Escritura.

Por ejemplo, en Romanos 6:6 leemos: “Nuestro *viejo hombre* fue crucificado juntamente con él [Cristo], para que el *cuerpo del pecado* sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado”.

¿Qué quiere decir el apóstol con lo de «viejo hombre»? Creemos que se refiere al hombre según se halla en la naturaleza heredada de Adán, esto es, de nuestros primeros padres. Y ¿qué quiere decir con lo de «el cuerpo del pecado»? Creemos que significa todo el sistema o condición en que nos hallábamos en nuestro estado no regenerado, no renovado, inconverso. Se declara, pues, que el viejo Adán está crucificado –que la anterior condición del pecado está destruida (anulada)– por la muerte de Cristo. Por eso, todo el que cree en el Señor Jesucristo tiene el privilegio de saber que su «yo» pecaminoso y culpable es considerado por Dios como muerto y dejado completamente de lado. Como tal, ya no existe a los ojos de Dios. Está muerto y sepultado.

Obsérvese que ya no es meramente que nuestros pecados están perdonados, nuestras deudas pagadas y nuestra culpa expiada; sino que el hombre en la naturaleza que cometió los pecados, contrajo las deudas e incurrió en la culpa, es puesto para siempre fuera de la vista de Dios. No es conforme al modo de obrar de Dios perdonarnos los pecados y dejarnos en la misma condición en que estábamos cuando los cometimos. No; en su gracia maravillosa y en su vasto plan, ha condenado y abolido para siempre, para el creyente, la vieja relación adámica con todo lo que le pertenecía, de forma que él ya no la reconoce por más tiempo. Se nos declara, por la voz de la Sagrada Escritura, que estamos «crucificados», «muertos», «sepultados», «resucitados» con Cristo. Dios nos dice que así estamos, y hemos de «considerarnos» (Romanos 6:11) como tales. No es cosa del sentimiento, sino de fe.

No es cuestión de entendimiento ni de sentimientos, sino de fe

Si me considero a mí mismo desde *mi* punto de vista o me juzgo por mis sentimientos, jamás podré entender esta verdad. ¿Por qué? Porque tengo el sentimiento de ser exactamente la misma criatura pecaminosa de siempre. Siento en mí la presencia del pecado; que en mi carne no habita el bien; que mi vieja naturaleza no ha cambiado ni mejorado en modo alguno; que alberga las mismas tendencias malvadas de siempre y que, si no se la mortifica y somete mediante la energía llena de gracia del Espíritu Santo, irrumpirá al exterior mostrándose tal cual es.

Y no nos cabe duda de que es aquí donde tantas almas sinceras se hallan perplejas y turbadas. Están mirándose a sí mismas y *razonando* sobre lo que ven y sienten, en lugar de reposar en la verdad de Dios y *considerarse* a sí mismas a la luz de lo que Dios les dice que son. Se les hace difícil, si no imposible, hacer compatible lo que sienten en sí mismas con lo que leen en la Palabra de Dios –armonizar con la revelación de Dios lo que la conciencia les dice interiormente–.

Pero hemos de recordar que la fe toma a Dios por Su Palabra y piensa siempre como piensa Dios en todos los puntos. Cree lo que Dios dice porque lo dice él. De aquí que, si Dios me dice que mi viejo hombre está crucificado y que él ya no me ve más como estando en la condición del viejo Adán, sino en un Cristo resucitado, tengo que creer, como un niño, lo que me dice y caminar en la fe de ello de día en día. Si busco en mí mismo evidencias de la verdad de lo que Dios dice, eso no es fe en absoluto. Abraham

“

no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios (Romanos 4:19-20).

Este es el gran principio que sostiene todo el sistema cristiano. “Abraham creyó a Dios”, no algo acerca de Dios, sino a Dios mismo. Esto es fe. Es hacer nuestros los pensamientos de Dios, en lugar de apoyarnos en nuestros propios pensamientos. En una palabra, es permitir a Dios que piense por nosotros.

Cuando aplicamos esto al tema que nos ocupa, le da una sencillez suma. El que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna. Nótese que no es el que cree algo acerca del Hijo de Dios. No, es el que cree en él. Es cosa de fe sencilla en la persona de Cristo; y todo el que tiene esta fe es el poseedor actual de la vida eterna. Esta es la afirmación directa y positiva de nuestro Señor en los Evangelios. Se repite una y otra vez.

Y no es esto todo. No solo posee el creyente vida eterna de este modo sino que, por la luz adicional que las Epístolas proyectan sobre este tema tan importante, puede ver que su viejo «yo» —lo que él era por naturaleza, lo que el apóstol designa como «el viejo hombre»— es considerado por Dios como muerto y sepultado. Quizás esto parezca difícil de entender; pero el lector ha de recordar que debe creerlo, no por entenderlo, sino porque está escrito en la Palabra de Dios. No leemos: «Abraham entendió a Dios», sino “Abraham creyó a Dios”. Solo cuando el corazón cree, es cuando se derrama la luz sobre el entendimiento. Si espero a entender para poder creer, estoy apoyándome en mi propio entendimiento en vez de entregarme, con la fe de un niño, a la Palabra de Dios.

Dios nos considera como considera a Cristo

Pondere el lector esto. Quizá diga que no acaba de entender cómo puede su «yo» pecaminoso ser considerado como muerto y sepultado, cuando está sintiendo continuamente su obra, su pesadez, sus impulsos y sus tendencias en su interior. Respondemos o, mejor dicho, la Palabra eterna de Dios declara, que si su corazón cree en Jesús, entonces todo eso es verdad para usted; es decir, que usted *tiene* vida eterna; que *está* justificado de todas las cosas; que *es* una nueva criatura;

que las cosas viejas *pasaron*; que todas *son* hechas nuevas; que *todo* esto *proviene* de Dios. En una palabra, que usted está “*en Cristo*”, y que “*como él es, así somos nosotros* en este mundo” (1 Juan 4:17).

¿No es esto muchísimo más que un mero perdón de sus pecados, que la cancelación de sus deudas o la salvación de su alma del infierno? De seguro que lo es. Y supongamos que yo le preguntase qué es lo que le autoriza a creer en el perdón de sus pecados. ¿Es porque lo siente, se da cuenta de ello, o lo entiende? No; sino porque está escrito: “De este dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10:43).

La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado

“ (1 Juan 1:7).

Entonces, eso mismo es precisamente lo que le autoriza a usted a creer que su viejo hombre está crucificado, que usted no está en la carne, ni en la vieja creación ni en la antigua relación adámica; sino que, por el contrario, Dios lo ve a usted como estando ya en un Cristo resucitado y glorificado, Dios lo considera como considera a Cristo.

Es cierto –¡ay, cuán cierto!– que la carne está en usted y que usted está todavía aquí, en cuanto al hecho de su condición, en este viejo mundo, el cual está bajo juicio. Pero luego, escuche lo que dice su Señor, cuando se refiere a usted al dirigirse a su Padre: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”. Y de nuevo:

Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo

“ (Juan 17:16, 18).

Por consiguiente, si el lector quiere inclinarse ante la Palabra de Dios y no razonar sobre lo que ve en sí mismo, siente en sí mismo y piensa de sí mismo, sino *creer* sencillamente lo que Dios dice, entrará en la paz dichosa y en la santa libertad que fluyen del hecho de que usted no está en la carne, sino en el Espíritu; no en la vieja creación, sino en la nueva; no bajo la ley, sino bajo la gracia; no siendo del mundo, sino de Dios. Ha salido completamente del viejo terreno que ocupaba como hijo de la naturaleza y miembro del primer Adán, para ocupar su lugar en un terreno totalmente nuevo, como hijo de Dios y miembro de Cristo.

La figura del diluvio y el arca

Todo esto está prefigurado vívidamente por el diluvio y el arca, en los días de Noé: “Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha llegado delante de mí; porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos, y he aquí que voy a destruirlos juntamente con la tierra” (Génesis 6:12-13, V. M.). Aquí, pues, tenemos en figura el fin de la vieja creación. Todo debía pasar bajo las aguas del juicio. ¿Y qué sucedió luego? “Hazte un arca de madera de gofer” (v. 14). Aquí se presenta una figura de lo nuevo. El arca, que flotaba apaciblemente sobre el oscuro abismo de las aguas, era un tipo de Cristo, y del creyente en él. El viejo mundo, junto con el hombre, fue sepultado bajo las olas del juicio, y el único objeto que subsistió fue el arca —el vaso de misericordia y salvación— que cabalgaba segura y victoriosa sobre las olas. Así es ahora, en realidad y verdad. Ante los ojos de Dios no hay nada sino un Cristo resucitado, victorioso y glorificado, y su pueblo unido a él. El fin de *toda* carne ha llegado delante de Dios. No se trata del fin de algunas de las formas más groseras de la “carne” o de la naturaleza, o simplemente de lo “vil y despreciable” (1 Samuel 15:9). No, era “el *fin* de toda *carne*”. Tal era el veredicto solemne y devastador. ¿Y qué hay después de esto? Un Cristo resucitado. Nada más. Todos son vistos por Dios en él como Dios lo ve a él. Todos los que están fuera de él, están bajo juicio. Todo depende de esta sola pregunta: «¿Estoy en Cristo o fuera de Cristo?» ¡Qué pregunta!

Lo que implica estar en Cristo

¿Está usted en Cristo? ¿Cree en su Nombre? ¿Ha depositado toda su confianza en él? Si es así, tiene “vida eterna”, es una “nueva criatura”, “las cosas viejas pasaron”. Dios no ve el menor rastro de lo viejo en nosotros. “*Todo* se ha hecho nuevo. Y todas las cosas son de Dios” (2 Corintios 5:17-18, V. M.). Usted puede decir que no *siente* que todas las cosas viejas hayan pasado. A ello respondemos que Dios dice que sí, y que usted tiene el privilegio de creer lo que él dice, y de *considerarse* lo que él declara que usted es. Dios habla conforme a lo que es verdad de usted en Cristo. No lo ve a usted en la carne, sino en Cristo. No hay absolutamente nada ante los ojos de Dios excepto Cristo; y el creyente más débil es visto como parte de Cristo, así como su mano es parte de su cuerpo. Fuera de Cristo usted no existe para Dios, no tiene vida, justicia, santidad, sabiduría ni poder. Aparte de él, usted no tiene nada ni puede ser nada. En él tiene usted todo y lo es todo, dice él mismo; usted está completamente identificado con Cristo. ¡Hecho maravilloso! ¡Profundo misterio! ¡Gloriosísima verdad! No es cuestión de logro ni de progreso. Es la posición fija y absoluta del miembro más débil de la Iglesia de Dios.

Es verdad que hay distintos niveles de inteligencia, experiencia y devoción; pero hay solamente una vida, una situación y una posición delante de Dios; y todo eso, en Cristo. No hay tal cosa como una vida cristiana más alta o más baja. Cristo es la vida del creyente, y no podemos hablar de un Cristo más alto o más bajo. Podemos entender las etapas más altas de la vida cristiana; pero no hay inteligencia espiritual en hablar de una «vida cristiana más alta». Esta es una verdad grandiosa, y oramos fervientemente para que Dios el Espíritu Santo se digne presentarla plenamente a la mente del lector. Estamos seguros de que un entendimiento más claro de ella haría desvanecerse miles de neblinas, respondería a miles de preguntas y solucionaría miles de dificultades. No solo tendría el efecto de dar al alma una paz inmovible, sino también de determinar la posición del creyente del modo más distintivo. Si Cristo es mi vida –si estoy en él e identificado con él–, entonces no solo comparto la aceptación que tiene con Dios, sino también el rechazo que le presenta el mundo presente. Las dos cosas van de la mano, formando los dos lados de la única cuestión importante. Si estoy en Cristo y como está Cristo delante de Dios, entonces estoy en Cristo y como Cristo está delante del mundo; y de nada servirá aceptar el resultado de esta unión a los ojos de Dios, y negarse a aceptar su resultado respecto al mundo. Si tenemos lo uno, hemos de tener igualmente lo otro.

Todo esto está ampliamente descrito en Juan 17. Allí leemos por un lado: “La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que *los has amado a ellos como también a mí me has amado*” (v. 22-23). Y, por otro lado, leemos: “Yo les he dado tu palabra; y *el mundo los aborreció*, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (v. 14). Nada puede ser más claro y positivo que esto. Y recuérdese que, en esta maravillosa porción, nuestro Señor no está hablando meramente de los apóstoles, sino, como él dice, también de “los que han de creer en mí por la palabra de ellos”, esto es, de todos los creyentes. De aquí se sigue que todos los que creen en Jesús son uno con él según él es aceptado arriba, y uno con él según él es rechazado abajo. Las dos cosas son inseparables. La Cabeza y los miembros comparten la común aceptación en los cielos, y el común rechazo en la tierra.

¡Ojalá penetren más y más en la verdad y la realidad de esto todos los que pertenecen al pueblo de Dios! ¡Ojalá conozcamos todos nosotros un poco más del significado de la comunión con el Cristo aceptado en los cielos y rechazado en la tierra!

El cristianismo - ¿Qué es?

En otra ocasión sostuvimos que la Biblia –y no un sistema particular de teología deducido de ella– era la guía suprema y plenamente suficiente de la Iglesia, en todas las épocas, en todas las latitudes y bajo todas las circunstancias. Ahora nos proponemos presentar a nuestros lectores, no una forma particular de religiosidad humana, sino el cristianismo en su excelencia moral y belleza divina, tal como está ilustrado en este conocido pasaje de la epístola a los Filipenses. No osamos tomar la defensa de los hombres ni de sus sistemas. Los hombres yerran en su teología y en su moral, pero la Biblia y el cristianismo permanecen inalterables e inquebrantables. ¡Qué gracia indecible! ¿Quién podría apreciarla debidamente? Poseer una regla perfecta de teología y de moral, es un privilegio por el que jamás podríamos estar suficientemente agradecidos. Poseemos esta norma –bendito sea Dios– en la Biblia y en el cristianismo que ella expone. Los hombres pueden errar en sus creencias y faltar en su conducta, pero la Biblia no deja de ser la Biblia, y el cristianismo no deja de ser el cristianismo.

Ahora bien, creemos que el tercer capítulo de la epístola a los Filipenses nos presenta el modelo de un verdadero cristiano, un modelo según el cual todo cristiano debería ser formado. El hombre que se nos muestra aquí, podía decir por el Espíritu Santo: “Hermanos, sed imitadores de mí” (Filipenses 3:17). Él no habla así en su carácter de apóstol, ni como hombre dotado de dones extraordinarios, ni como alguien que tuvo el privilegio de haber visto inefables visiones. En este versículo 17 de nuestro capítulo, no oímos a Pablo el apóstol ni a Pablo el vaso dotado, sino a Pablo el cristiano. Nosotros no podríamos seguirlo en su brillante carrera como apóstol. No podríamos seguirlo en su arrebatamiento al tercer cielo; pero sí podemos seguirlo en su marcha cristiana a través de este mundo; y nos parece que en este capítulo tenemos una vista completa de esta marcha, y no solamente de la marcha en sí, sino también del punto de partida y de la meta. Vamos, pues, a considerar:

Primero: La *posición* del cristiano

Segundo: El *objeto* del cristiano

Tercero: La *esperanza* del cristiano

¡Que el Espíritu Santo sea nuestro instructor, mientras nos detenemos un poco en estos puntos tan importantes y tan llenos de interés! Y ahora, abordemos el primer punto:

La posición del cristiano

Este punto, en nuestro capítulo, se halla desarrollado de manera doble. No solo se nos dice lo que es la posición del cristiano, sino también lo que no es. Si alguna vez ha existido un hombre que pudiera jactarse de tener su propia justicia con la cual estar delante de Dios, ese ha sido Pablo. “Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable” (Filipenses 3:4-6).

He aquí una muy notable lista que presenta todo lo que se podría desear para constituir una buena posición en la carne. Nadie podía aventajar a Saulo de Tarso. Él era un judío de pura cepa, de una conducta irreprochable, con un celo ferviente y una devoción inquebrantable. En sus principios, era un perseguidor de la Iglesia. Como judío, era imposible que no viese que los fundamentos mismos del judaísmo eran sacudidos por la nueva economía de la Iglesia de Dios. Era absolutamente imposible que el judaísmo y el cristianismo pudiesen subsistir sobre la misma base, o que pudiesen reinar juntos en la misma mente. Un rasgo especial del antiguo sistema era la estricta separación de judíos y de gentiles; un rasgo especial del último es la íntima unión de ambos en un solo y mismo cuerpo. El judaísmo erigía y mantenía la pared intermedia de separación; mientras que el cristianismo la derribó para siempre.

Por tal motivo, Saulo de Tarso, como celoso judío, no podía ser sino un ardiente perseguidor de la Iglesia de Dios. Ello era parte de su religión, en la cual él “aventajaba a muchos de sus contemporáneos en su nación”, siendo “mucho más celoso” (Gálatas 1:14). Saulo tenía todo lo que se podía tener bajo forma de religión; cualquiera fuese la altura que el hombre podría alcanzar, él la alcanzaba. No se le escapaba nada que pudiese contribuir a construir el edificio de su propia justicia, de la justicia en la carne, de la justicia en la vieja creación. Le fue permitido apropiarse de todas las atracciones de una justicia legal, a fin de que pudiese arrojarlas lejos de él en medio de las glorias más brillantes de la justicia divina. “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Filipenses 3:7-9).

Debemos notar aquí que el pensamiento más sobresaliente en este pasaje no es el de un pecador culpable que acude a la sangre de Jesús para obtener el perdón, sino más bien el de un legalista que echa de lado, como escoria, su propia justicia, por haber encontrado una mejor. Ni precisamos mencionar que Pablo era un pecador por naturaleza, “el primero de los pecadores”, y que, como tal, tuvo que apropiarse de la sangre preciosa de Cristo, y hallar allí el perdón, la paz y la aceptación para con Dios. Muchos pasajes del Nuevo Testamento nos enseñan esto; pero no es este el pensamiento principal del capítulo que estamos considerando. Pablo no está hablando de sus *pecados* sino de sus *ganancias*. No está ocupado con sus necesidades como pecador, sino de sus ventajas como hombre, como hombre en la carne, como hombre en la vieja creación, como judío, como legalista.

Es cierto, benditamente cierto, que Pablo trajo todos sus pecados a la cruz y que ellos fueron lavados en la sangre expiatoria de la divina ofrenda por el pecado. Pero vemos otra cosa en este importante pasaje. Vemos a un hombre legalista arrojando lejos de sí su propia justicia y estimándola como una cosa repugnante y sin valor en comparación con un Cristo resucitado y glorificado, quien es la justicia del cristiano, la justicia que pertenece a la nueva creación. Pablo tenía pecados que lamentar, pero tenía una justicia en la cual podía gloriarse. Tenía culpa en la conciencia, y laureles en la frente. Tenía abundantes cosas de que avergonzarse, y abundantes cosas de que gloriarse. Pero el punto principal que se presenta en Filipenses 3:4-8 no es el de un pecador cuyos pecados han sido perdonados, su culpa borrada y su vergüenza cubierta, sino el de un legalista que deja atrás su propia justicia, el de un erudito que se despoja de todos sus laureles, el de un hombre que abandona su vanagloria por la sencilla razón de que ha hallado la verdadera gloria, el galardón inmarcesible y una eterna justicia en la Persona de un Cristo victorioso y exaltado. No se trataba solamente de que Pablo, el pecador, *tuviese necesidad* de una justicia, porque, en realidad, él no tenía ninguna; sino de que Pablo, el fariseo, *prefería* la justicia que le fue revelada en Cristo, porque ella era infinitamente mejor y más gloriosa que toda otra.

Sin duda, Pablo, como pecador, tenía necesidad de una justicia, en la cual pudiese estar de pie ante Dios, como todo otro pecador; pero no es eso lo que él nos presenta en este capítulo. Deseamos que nuestros lectores comprendan con claridad este punto, a saber, que no es solo cuestión de que mis pecados me *muevan* hacia Cristo, sino de que Sus excelencias me *atraen* a él. Es cierto que tengo pecados y que, por lo tanto, necesito a Cristo; pero aunque tuviese una justicia, la arrojaría lejos de mí y sería dichoso de refugiarme “en Él”. Sería una positiva “pérdida” para mí el tener una justicia propia, ya que Dios me ha provisto en su gracia de tan gloriosa justicia en

Cristo. Es como Adán en el huerto de Edén; estaba desnudo y, en consecuencia, se hizo un delantal; pero habría sido una “pérdida” para él el hecho de conservar el delantal después que Jehová Dios le hiciera una túnica. Seguramente era muchísimo mejor tener una túnica hecha por la mano de Dios, que un delantal hecho por la mano del hombre. Así pensó Adán, así pensaba Pablo, y así pensaban todos los santos de Dios cuyos nombres hallamos grabados en las páginas sagradas. Es mejor estar en la justicia de Dios, que es por la fe, que estar en la justicia del hombre, que es por las obras de la ley. No es solamente una gracia ser librados de nuestros pecados mediante el remedio que Dios proveyó, sino que es también una gracia ser librados de nuestra justicia y aceptar, en lugar de ella, la justicia que Dios reveló.

Así pues, vemos que la posición de un cristiano está *en Cristo*. “Hallado en él” (Filipenses 3:9). Esta es la posición cristiana. Nada más ni nada menos que esta. No es que una parte esté en Cristo y la otra en la ley, una parte en Cristo y otra en las ordenanzas. No; se halla toda “en él”. Esta es la posición que el cristianismo provee. Si se la tocase en lo más mínimo, no sería más el cristianismo. Puede que se trate de algún «ismo» antiguo, de un «ismo» medieval o de algún «ismo» nuevo; pero si fuese otra cosa que no sea solamente “hallado en él”, seguramente no sería el cristianismo del Nuevo Testamento. Vemos, pues, la importancia, en el tiempo en que vivimos, de actuar en las conciencias de nuestros lectores. Les suplicamos que consideren bien este primer punto, como lo ha expresado un himno: «En Cristo está nuestra posición». Él es nuestra justicia; él mismo, el Cristo crucificado, resucitado, exaltado y glorificado. Sí, él es nuestra justicia. “Ser hallado en él”, he aquí la propia posición cristiana. No es el judaísmo, el catolicismo, ni ningún otro «ismo». No es ser miembro de esta iglesia o de tal otra, sino que es estar *en Cristo*. Este es el gran fundamento del verdadero cristianismo práctico. Esta es, en una palabra, la posición del cristiano.

El objeto del cristiano

Aquí nuevamente vemos que el cristianismo nos coloca delante de Cristo solo. El hecho “de *conocerle*” (Filipenses 3:10) constituye la aspiración del verdadero cristiano. Si la posición del cristiano es “ser hallado en él”, “conocerle” constituye su único objeto, su única meta. La filosofía de los antiguos tenía un adagio que era constantemente presentado a la atención de sus discípulos: «Conócete a ti mismo». El cristianismo, al contrario, tiene otra palabra, que tiende a un objeto más noble y elevado. Nos insta a conocer a Cristo, a hacer de él el objeto de nuestro corazón, a fijar nuestra mirada en él.

Esto y solo esto constituye el objeto del cristiano. Tener cualquier otro objeto no constituye en absoluto el cristianismo, y lamentablemente los cristianos tienen otros objetos en que ocuparse. Por eso decíamos al principio de nuestro artículo, que lo que deseábamos presentar a nuestros lectores es el cristianismo y no la marcha de los cristianos. Poco importa cuál sea el objeto que nos ocupa; desde el momento que no es Cristo, no es el cristianismo. El anhelo del verdadero cristiano tenderá siempre hacia lo que se dice en estas palabras:

“ A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte (v. 10).

La *meta del cristiano* no es prosperar en el mundo, ir en busca del dinero, procurar alcanzar una posición social elevada, buscar engrandecer su familia, hacerse de un nombre y buscar fama. Él no aspira a ser considerado un gran hombre, un hombre rico, un hombre popular. No, ninguna de estas cosas es un objeto cristiano. Ellas pueden constituir la aspiración de aquellos que no han hallado mejores bienes; pero el cristiano ha hallado a Cristo. En esto reside toda la diferencia. Puede parecer natural para un hombre que no conoce a Cristo como su justicia, hacer lo mejor que pueda para forjar su propia justicia; pero para aquel cuya posición está en un Cristo resucitado, la más perfecta justicia que pudieran producir los esfuerzos humanos, no sería más que una pérdida. Es exactamente lo mismo cuando se trata de un objeto. La cuestión no es decir: «¿Qué hay de malo en tal o cual cosa?», sino: «¿Es esto de Cristo?».

Es útil considerar esto, pues estamos seguros de que una de las grandes causas de la baja condición espiritual que prevalece entre los cristianos, se debe justamente al hecho de que la mirada es quitada de Cristo, y fijada en tal o cual objeto inferior. El objeto puede tener en sí mismo cierto valor moral para un hombre del mundo, para un hombre que no ve nada más allá de su lugar en la naturaleza, en la vieja creación. Pero, para el cristiano, no es así. Él no es de este mundo. Está en el mundo, pero no es del mundo. Ellos “no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”, dice nuestro amado Señor (Juan 17:14).

“ Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses 3:20),

y nunca debiéramos estar satisfechos con un objeto inferior a Cristo. No importa en lo más mínimo la posición social en la cual estemos. Un hombre puede ser un recolector de residuos o un príncipe, o puede ocupar uno de los numerosos grados entre estos dos extremos sociales; es todo lo mismo si Cristo constituye su único y verdadero objeto. No es la condición social de un hombre, sino el objeto que persigue, lo que le confiere su carácter.

El apóstol Pablo no tenía sino un solo objeto: Cristo. Ya sea que se quedase en un lugar o que estuviese de viaje, que predicase el Evangelio o que juntase ramas secas para las estacas (Hechos 18), que estableciese iglesias o que hiciera tiendas, su objeto era Cristo. Tanto de noche como de día, en casa o fuera de ella, por mar o por tierra, solo o con otros, en público o en privado, Pablo podía decir: “Una cosa hago” (v. 13); y esto, notémoslo bien, no se trata solamente de Pablo el diligente apóstol, Pablo el santo arrebatado al tercer cielo, sino de Pablo el cristiano vivo, activo y caminante; de aquel que podía decirnos: “Hermanos, sed imitadores de mí” (v. 17). Y no deberíamos contentarnos con nada menos. Nuestras faltas –es triste decirlo, pero es cierto–, son numerosas; pero mantengamos siempre ante nuestros ojos el verdadero objeto. El escolar, que escribe unas líneas, solo puede esperar que la página que redacta quede prolija si mantiene sus ojos fijos en la primera línea del encabezamiento que subrayó con una regla. Ahora bien, si luego aparta su mirada de la línea modelo, y se empieza a fijar en la última línea que acaba de trazar –lo cual es una tendencia muy común–, entonces cada línea subsiguiente se irá desviando cada vez más de la precedente. Lo mismo ocurre con nosotros: Apartamos la mirada de nuestro divino y perfecto modelo, y comenzamos a considerarnos a nosotros mismos, a fijarnos en nuestros propios esfuerzos, en lo que somos nosotros, en nuestros propios intereses, en nuestra reputación. Comenzamos a pensar en lo que estaría de acuerdo con nuestros principios, con la profesión que hacemos, con nuestra posición en el mundo, en lugar de pensar en el único objeto que el cristianismo pone ante nosotros, esto es, Cristo.

Pero –dirá alguno– ¿dónde se halla esto? En efecto, si lo buscamos en las filas de los cristianos de nuestros días, ello será ciertamente difícil. Pero es lo que nos dice el tercer capítulo de la epístola a los Filipenses, y esto ha de bastarnos. Hallamos allí un modelo del verdadero cristianismo, que debemos tener única y continuamente ante los ojos. Si nuestro corazón quisiera ir en pos de otras cosas, entonces juzguémoslo. Comparemos las líneas que trazamos con la línea modelo, y busquemos seriamente reproducir una copia fiel a partir de ella. Sin duda habremos de llorar por nuestras frecuentes caídas, pero estaremos ocupados con nuestro verdadero objeto, y tendremos así formado nuestro carácter cristiano; porque, no lo olvidemos, este es el móvil que

nos hace actuar, que forma nuestro carácter; cada objeto anhelado, forma nuestro carácter. Si mi meta es el dinero, seré avaro; si busco el poder, seré ambicioso; si amo las letras, seré un literato; si mi objeto es Cristo, seré cristiano. No se trata aquí de una cuestión de vida o de salvación, sino de cristianismo práctico. Si alguien nos pidiera que definamos en pocas palabras qué es un cristiano, en seguida responderíamos que es un hombre cuyo objeto es Cristo. Esto es muy simple. ¡Ojalá que podamos experimentar el poder de esta verdad, de manera de manifestar un carácter de discípulos más sano y vigoroso, en estos días en que tantos cristianos, lamentablemente, tienen sus pensamientos en las cosas terrenales!

Concluiremos este breve e imperfecto esbozo de un tema tan amplio e importante, con algunas palabras sobre la esperanza del cristiano.

La esperanza del cristiano

Este tercer y último punto se presenta en nuestro capítulo de una manera tan característica como los otros dos. La *posición* del cristiano es ser hallado en Cristo; el *objeto* del cristiano es conocer a Cristo, y su *esperanza* es ser semejante a Cristo. ¡Cuán admirablemente perfecto es el lazo que existe entre estas tres cosas! Desde el momento que me hallo en Cristo como mi justicia, anhelo conocerle como mi objeto, y cuanto más le conozco, tanto más ardientemente deseo ser semejante a él, esperanza que solo puede concretarse cuando le vea tal como él es. Al poseer una justicia perfecta y un objeto perfecto, solo anhelo una cosa más, a saber: acabar con todo lo que me impida gozar plenamente de este objeto. “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:20-21).

Y ahora, al reunir estos pensamientos, tenemos un cuadro completo del cristianismo. No hemos procurado desarrollar aquí ninguno de estos tres puntos mencionados; porque, bien podemos decir, cada uno de ellos requeriría un volumen. El lector haría bien en continuar por sí solo con este admirable estudio. Que para ello se eleve por encima de las imperfecciones e inconsecuencias de los cristianos, para contemplar la grandeza moral del cristianismo, tal como este capítulo nos lo muestra en la vida y el carácter de Pablo; y que el lenguaje de su corazón sea: «Que otros hagan como quieran; en cuanto a mí, nada menos que este precioso modelo podrá satisfacer mi

corazón; además, quiero quitar mi mirada de los hombres, para fijarla solamente en Cristo, y hallar todo mi gozo en él como mi justicia, mi objeto y mi esperanza». ¡Que así sea para el escritor y para el lector, por amor a Jesús!

Las tres cruces

Vamos a meditar unos momentos sobre las tres cruces del Calvario y su significación. En esta porción tan breve, pero de tan vasto alcance, hallamos un amplio campo de verdades que se abre ante nosotros.

La cruz central

1. Primero contemplemos la cruz central, o más bien a Aquel que fue clavado en ella, Jesús de Nazaret, este Salvador bendito que pasó toda su vida haciendo obras de amor, curando a los enfermos, limpiando a los leprosos (Lucas 17:12-19), abriendo los ojos a los ciegos, resucitando a los muertos, alimentando a los hambrientos (Marcos 6:36-44), enjugando las lágrimas de la viuda (Lucas 7:12-15), remediando toda clase de necesidad humana, siempre dispuesto a derramar una lágrima de compasión sobre todo hijo del dolor y el sufrimiento; cuya comida y bebida era hacer la voluntad de Dios, y hacer bien a los hombres; un Hombre santo, sin mancha, lleno de gracia, la única gavilla pura y sin mancha de fruto humano jamás vista en este mundo; “varón aprobado por Dios” (Hechos 2:22), que glorificó completamente a Dios en esta tierra y lo manifestó perfectamente en todos Sus caminos.

Así era el que estaba en la cruz central. Y si preguntamos qué fue lo que lo llevó a la cruz, aprendemos una triple lección, o, en otras palabras, tres profundas verdades se revelan a nuestros corazones.

El corazón humano

En primer lugar, aprendemos aquí, como en ninguna otra parte, la disposición del corazón humano hacia Dios. Nada ha hecho esto tan patente, ni podría hacerlo, como la cruz. Si queremos tener la pauta perfecta para medir el mundo, el corazón humano y el pecado, debemos mirar a la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Si quiero saber lo que es el mundo, no podemos pasar por alto la cruz, ni ir más allá de ella, puesto que allí el mundo se pronunció plenamente; allí la humanidad caída quedó totalmente al descubierto. Cuando la gente clamó: “¡Crucifícale, crucifícale!”, era la voz del corazón humano, que declaraba, como ninguna otra cosa podría hacerlo, su verdadera condición a los ojos de Dios. Cuando el hombre clavó al Hijo de Dios en la cruz, llegó a la cima de su culpabilidad y depravación moral. Cuando prefirió a un ladrón y asesino y rechazó a Cristo, demostró que ama más el robo y el asesinato que la luz y el amor. La cruz reveló este terrible hecho de manera tan clara que no hay lugar para la duda.

Es muy importante captar este punto, que ciertamente no se ve con suficiente claridad. Somos muy propensos a juzgar el mundo según la manera en que nos trata. Decimos de él que es vacío, desleal, vil, engañoso, y cosas similares; pero nos sentimos demasiado inclinados a hacer del *yo* la medida en todo esto, y por eso nuestro juicio está lejos de ser objetivo. Para llegar a conclusiones correctas, necesitamos una norma perfecta, y esta solo se encuentra en la cruz. La cruz es la única medida perfecta del hombre, del mundo y del pecado. Si realmente queremos saber lo que es el mundo, debemos recordar que este prefirió a un ladrón antes que a Cristo, y crucificó al único Hombre perfecto que jamás haya vivido, entre dos malhechores.

Este es el carácter y la condición moral del mundo en el que vivimos. El mundo mostró su verdadero carácter en ese acto deliberadamente planeado y determinadamente ejecutado. Por lo tanto, nada de lo que oímos o vemos de la maldad del mundo actual nos debe asombrar, ya que la crucifixión del Señor de gloria constituye la más clara y poderosa prueba de maldad y culpabilidad. Algunos alegarán que el mundo ha cambiado, y que no es lo que era en los días de Herodes y de Poncio Pilato. Que el mundo actual es muy diferente del mundo del primer siglo. Que ha avanzado en todo sentido. Que la civilización ha arrojado su manto de justicia sobre la escena, y que, sobre una gran parte del globo, el cristianismo ha esparcido su influencia purificante e iluminadora sobre las masas; que el cambio es tan grande, que sería *muy* injustificable medir el mundo actual según aquel acto terrible del mundo del primer siglo.

Pero, ¿crees realmente, querido lector, que el mundo ha cambiado? ¿Que ha mejorado realmente en lo más íntimo de su ser? ¿Que se ha producido un cambio en su esencia? Con gusto admitimos todo lo que aquí y en otras partes se ha logrado con un Evangelio libre y una Biblia abierta por la rica misericordia de Dios. Pensamos, con corazones agradecidos y un espíritu de adoración, en los centenares de millares de almas preciosas convertidas a Dios; y bendecimos al Señor de todo corazón por las multitudes que vivieron y murieron en la fe de Cristo, y por tantos otros que, en este preciso momento, están dando pruebas convincentes de su sincero compromiso con el nombre, la persona y la causa de Cristo. Pero, dejando el mayor margen posible a estos resultados gloriosos, insisto de nuevo en mi convicción de que este mundo es todavía el mismo mundo, y afirmo que, si tuviese la oportunidad, cometería hoy, en la cristiandad, el mismo crimen que perpetró en el año 33 en Jerusalén.

Esto puede parecer duro y arrollador; pero ¿no es la verdad? ¿Es el Nombre de Jesús más agradable hoy para el mundo, que cuando los grandes líderes religiosos gritaban: “No a este, sino a Barrabás” (Juan 18:40)? Compruébelo usted mismo. Vaya y pronuncie ese Nombre precioso en

medio de los brillantes círculos de la sociedad: en los lugares de la cortesía, la moda, la riqueza y la nobleza de nuestros días. Hable de Jesús dondequiera que fuere, en el bar, en el tren o en cualquier lugar público, y verá que en seguida le dicen que ese tema está fuera de lugar. Cualquier otro nombre, cualquier otro tema, será tolerado. Usted puede decir todas las tonterías y necedades que quiera a oídos del mundo, y nunca le dirán que está fuera de lugar; pero hable de Jesús y pronto le dirán que se calle. Cuántas veces hemos visto interrumpido el tráfico en nuestras calles principales por multitudes de personas que se detienen para ver una función de títeres o para oír músicos y cantores ambulantes, y nunca un policía los molestó ni los echó. Pero si un predicador se pone a anunciar el Evangelio en nuestras calles, será citado para comparecer ante las autoridades. El diablo tiene su lugar en nuestras calles públicas, pero no Jesucristo. “No a este, sino a Barrabás”.

¿Puede alguno negar estas cosas? ¿Acaso no se han presenciado una y otra vez? ¿Y qué es lo que prueban? Prueban que la noción de que el mundo ha mejorado, es una falacia; que el mundo de este siglo es el mismo que el del primero. El mundo puede haber cambiado su vestido, pero no su *animosidad* interior. Se ha quitado la vestidura del paganismo, y se ha revestido del manto del cristianismo, pero debajo de este manto, pueden verse aún los mismos caracteres horribles del espíritu del paganismo. Comparemos Romanos 1:29-31 con 2 Timoteo 3 y encontraremos las mismas características de la naturaleza caída: el paganismo más oscuro en relación con la “aparición de piedad”; las formas más groseras de depravación moral, cubiertas con el manto de la profesión cristiana .

No, es un error fatal creer que el mundo de ahora es mejor. El mundo está manchado con el asesinato del Hijo de Dios; y demuestra su consentimiento con este acto en cada etapa de su historia, en cada fase de su condición. El mundo está bajo juicio. Su sentencia ya ha sido pronunciada, y el terrible día de su ejecución se acerca rápidamente. El mundo es simplemente un río profundo y sombrío, que se precipita rápidamente hacia el lago de fuego y azufre. Solo la espada del juicio puede zanjar la terrible cuestión que separa al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, de este mundo que ha dado muerte a su Hijo.

Esto es lo que claramente señala la Escritura, si nos hemos de guiar por ella. El juicio está muy cerca; a las puertas. Hace dos mil años, el inspirado apóstol escribió la solemne sentencia: Dios “está *preparado* para juzgar” (1 Pedro 4:5). Si estaba listo entonces, seguramente está listo ahora. ¿Por qué entonces se demora?

“ Es paciente para con nosotros, no queriendo que *ninguno* perezca, sino que *todos* procedan al arrepentimiento (2 Pedro 3:9).

¡Preciosas palabras! Palabras de exquisita ternura e incomparable gracia, que dejan ver el gran corazón de amor y gracia de nuestro Dios, y su intenso deseo de salvar a los hombres.

Pero el juicio se acerca. El terrible día de la venganza está cerca; y mientras tanto, la voz de Jesús, por boca de sus embajadores, urge a las almas en todo lugar a huir del terrible abismo –del que se habla en los capítulos 17 y 18 del Apocalipsis– y a buscar refugio en la fortaleza de la salvación de Dios.

El corazón de Dios

2. En segundo lugar, esto nos lleva a considerar a la cruz como la expresión del corazón de Dios para con los hombres. Si en la cruz de nuestro adorable Señor y Salvador Jesucristo leemos, con tanto relieve y con trazos tan profundos y amplios, el verdadero estado del corazón humano para con Dios, también podemos leer en ella, con no menos claridad, el estado del corazón de Dios para con los hombres. La cruz es la medida divina perfecta de ambos.

Sangre que salva manó de su costado

Al ser con la lanza traspasado.

Contemplamos en la cruz el encuentro maravilloso de la enemistad y el amor, del pecado y la gracia. En el Calvario, el hombre mostró el colmo de su enemistad contra Dios. Dios, bendito sea para siempre Su nombre, mostró la altura infinita de su amor. El odio y el amor se encontraron allí; pero el amor triunfó sobre aquel. Dios y el pecado se encontraron; Dios triunfó, el pecado fue quitado de en medio, y ahora, viendo la cruz desde el lado de la resurrección, el Espíritu eterno anuncia las buenas nuevas de que la gracia reina “por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Romanos 5:21). En la cruz se libró la batalla, y se obtuvo la victoria; y ahora la mano generosa de la gracia soberana reparte el botín de la victoria por todas partes.

¿Desea usted realmente saber qué hay en el corazón de Dios para los hombres? Si es así, vaya y mire aquella cruz central en la cual Jesucristo fue clavado

“ por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios (Hechos 2:23).

Es verdad que, como dice el texto, “por manos de inicuos”, el Señor fue crucificado y muerto; este es el lado oscuro de esta cuestión. Pero hay también un lado brillante, porque Dios es visto allí. Naturalmente, en la cruz el hombre reveló quién era; pero Dios estaba por encima de él. Sí, por encima de él y de todos los poderes de la tierra y del infierno que estaban reunidos allí en un terrible orden de batalla.

Lo mismo sucedió con José y sus hermanos; ellos mostraron la enemistad de su corazón cuando lo echaron en el pozo y lo vendieron a los ismaelitas. Aquí estaba el lado oscuro. Pero si notamos estas palabras de José, vemos también el lado brillante: “Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros” (Génesis 45:5). Pero ¿a quién fueron dirigidas estas maravillosas palabras de gracia? A corazones quebrantados, espíritus contritos y conciencias convencidas. A hombres que habían aprendido a decir: “Verdaderamente somos culpables” (Génesis 42:21, LBLA). Solo estos pueden penetrar en el significado de la verdad que estamos ahora considerando. Solo los que han tomado su verdadero lugar, que han aceptado el juicio de Dios contra ellos y que verdaderamente reconocen que la cruz es la medida de su culpabilidad, pueden apreciar la cruz como la expresión del corazón de amor de Dios para con ellos; estos son los que pueden entrar en posesión de esta verdad gloriosa: que la misma cruz que demuestra el odio del hombre contra Dios, ha manifestado también el amor de Dios hacia el hombre. Estas dos cosas van siempre juntas. Cuando vemos y reconocemos nuestra culpa –probada en la cruz–, aprendemos el poder purificador de esta sangre preciosa que ha hecho la paz y nos limpia de todo pecado.

En efecto, querido lector, solo un corazón quebrantado y un espíritu contrito puede realmente ver el maravilloso amor de Dios manifestado en la cruz de Cristo. José nunca habría podido decir: “No os aflijáis, ni os enojéis contra vosotros mismos” (Génesis 45:5, V. M.), si no hubiera visto a sus hermanos quebrantados en su presencia. ¿Y podría alguien con un corazón endurecido, una conciencia insensible, un alma no arrepentida, tener el sentido del valor de la sangre expiatoria de Cristo, o gustar la dulzura del amor de Dios? Sería absolutamente imposible. José habló primero a sus hermanos “ásperamente” (Génesis 42:7), pero desde el momento que estas palabras emanan de sus corazones quebrantados: “Verdaderamente somos culpables” (Génesis 42:21, LBLA), estaban en condiciones de entender y valorar las palabras: “No os aflijáis, ni os enojéis contra vosotros mismos” (Génesis 45:5, V. M.). Solo cuando estamos completamente abatidos y humillados en presencia de la cruz, y la vemos como la medida perfecta de nuestra profunda culpabilidad personal, estamos preparados para verla como la manifestación gloriosa

del amor de Dios hacia nosotros. En ese momento escapamos de un mundo culpable; somos rescatados completamente de ese río sombrío e impetuoso del cual hemos hablado, e introducidos dentro del círculo santo y pacífico de la salvación de Dios, donde podemos andar libremente en la luz de la faz de un Padre de amor y respirar el aire puro de la nueva creación.

¡Gracias a Dios por su don inefable!

“ (2 Corintios 9:15).

El corazón de Cristo

3. En tercer lugar, antes de concluir esta sección de nuestro tema, diremos unas palabras sobre la cruz como la manifestación del corazón de Cristo para con Dios. No podemos más que tratar brevemente este punto, y dejar que el lector experimente su sugestivo poder, bajo el ministerio directo del Espíritu Santo.

Es un inmenso consuelo para el corazón saber que, en medio de un mundo como este, Dios ha sido plenamente glorificado al menos por una persona. Hubo una sola persona en esta tierra cuya comida y bebida era hacer la voluntad de Dios, glorificarlo y acabar Su obra (véase Juan 4:34; 17:4). En su vida y en su muerte, Jesús glorificó perfectamente a Dios. Desde el pesebre hasta la cruz, su corazón estaba enteramente consagrado a un solo fin: cumplir la voluntad de Dios, sea cual fuese esa voluntad.

“ He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí (Hebreos 10:7; Salmo 40:8).

En el rollo del libro de los consejos eternos de Dios, estaba escrito del Hijo que, a su debido tiempo, debía venir a este mundo y cumplir la voluntad de la Deidad. A esto él se dedicó con todas las energías de su ser perfecto. De este objetivo, no se desvió jamás ni el grueso de un cabello, desde el principio hasta el fin; y cuando contemplamos aquella cruz central que ahora ocupa nuestra atención, vemos la consumación perfecta de lo que había llenado el corazón de Jesús desde el principio: cumplir la voluntad de Dios.

Todo esto se encuentra desarrollado, de una bendita manera, en el encantador pasaje de Filipenses 2:5-8: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

¡Qué maravilloso es todo esto! ¡Qué insondable profundidad hay en el misterio de la cruz! ¡Qué verdades convergen en ella! ¡Qué rayos de luz emanaron de aquella cruz! ¡Qué revelación de corazones! ¡El corazón del hombre para con Dios, el corazón de Dios para con el hombre y el corazón de Cristo para con Dios! Todo esto lo encontramos en la cruz. Podemos contemplar a Aquel que estuvo colgado allí entre dos malhechores, un espectáculo para el cielo, la tierra y el infierno, y ver la medida perfecta de cada uno y de todo en el universo entero de Dios. ¿Queremos conocer la medida del corazón de Dios, de su amor por nosotros y de su odio por el pecado? Debemos mirar a la cruz. ¿Queremos conocer la medida del corazón del hombre, de su verdadera condición, de su odio por todo lo que es divinamente bueno y de su amor innato por todo lo que es enteramente malo? Debemos mirar a la cruz.

¿Queremos conocer lo que es el mundo, el pecado y Satanás? Debemos mirar a la cruz. Sin duda, nada es comparable con ella. Consideremos más profundamente esta cruz. Este será nuestro tema a través de los siglos eternos. ¡Que este tema llene más y más nuestros corazones ahora! ¡Que el Espíritu Santo conduzca nuestras almas a las profundidades vivas de la cruz, para estar abortos con Aquel que fue clavado en ella, y ser así liberados del mundo que lo colgó allí! ¡Que la verdadera expresión de nuestros corazones sea siempre:

“ Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo (Gálatas 6:14)!

¡Que Dios lo otorgue por Jesucristo!

Las otras dos cruces

Dos malhechores

Habiendo meditado por unos momentos sobre la maravillosa cruz central donde el Señor de gloria fue clavado para nuestra redención, dirigiremos ahora nuestra atención a las otras dos cruces, y procuraremos aprender, de las páginas inspiradas, algunas lecciones solemnes e impor-

tantes en cuanto a los hombres que colgaban de ellas. En estos dos hombres vemos representadas las dos grandes clases de personas en que se divide la familia humana, desde el principio hasta el final de los tiempos:

- los que reciben, y
- los que rechazan al Cristo de Dios.

Los que creen en Jesús, y los que no creen en él. En primer lugar, es sumamente importante ver que no había ninguna diferencia esencial entre estos dos hombres. En su naturaleza, historia y circunstancias, ellos eran iguales. Algunos se esforzaron por establecer una distinción entre ellos; pero con qué objetivo, es difícil de decir, a menos que sea para oscurecer el lustre de la gracia que brilla en el relato del ladrón arrepentido. Se alega que debe haber habido algún acontecimiento en su historia anterior que dé cuenta de su maravilloso final –algún rasgo positivo que rescatar–, alguna circunstancia esperanzadora a causa de la cual su oración fue oída al final.

Pero la Escritura guarda absoluto silencio en cuanto a esto. Y no solo guarda silencio en cuanto a cualquier circunstancia condicionante o factor que rescatar, sino que en realidad nos da el testimonio de dos testigos inspirados que demuestran que, hasta el momento mismo en que Lucas presenta al ladrón arrepentido, tanto este como el otro que estaba a su lado, estaban blasfemando y burlándose del Hijo de Dios. En Mateo 27:44, leemos: “Lo mismo le injuriaban también *los ladrones* que estaban crucificados con él”. Y en Marcos 15:32: “También *los que* estaban crucificados con él, le ultrajaban” (V. M.).

Esto, sin duda, es una prueba divinamente concluyente de que no había ninguna diferencia entre los dos malhechores. Los dos eran malhechores condenados; y más aún lo fueron cuando, en los confines mismos de la eternidad, cometieron el terrible pecado de insultar al bendito Hijo de Dios.

Es, pues, un esfuerzo totalmente inútil pretender establecer una distinción entre estos dos hombres, ya que ambos eran iguales en su naturaleza, en su culpa, en su criminalidad y en su profana maldad. No había ninguna diferencia hasta el momento en que la flecha de la convicción atravesó el alma de aquel que conocemos como *el ladrón arrepentido*. Cuanto más claramente veamos esto, más la gracia soberana de Dios relucirá en todo su bendito esplendor. “No hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. “Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan” (Romanos 3:22-23; 10:12).

La única norma por la cual han de ser medidos los hombres, es “la gloria de Dios”; y puesto que todos –tanto el mejor como el peor de los hombres– están destituidos de ella, no hay diferencia. Si fuese simplemente una cuestión de conciencia, o de justicia humana, podría haber alguna diferencia. Si las pautas de medida fuesen simplemente humanas, entonces podrían establecerse fácilmente algunos grados de diferencia. Pero no es así. Todos han de ser medidos por la gloria de Dios; y entonces, queda en evidencia que ninguno está a esa medida. “No hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”.

Pero, gracias a Dios, hay otro lado de esta gran cuestión.

“ El mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan
(Romanos 10:12).

Tan abundantes son las riquezas de la gracia de Dios, que pueden descender hasta lo más profundo de la ruina, la culpa y la miseria humanas. Si la luz de la gloria divina revela –como ninguna otra cosa podría revelar– la completa ruina del hombre, las riquezas de la gracia divina, desplegadas en la persona y obra de Cristo, han provisto un remedio perfecto para toda esa ruina, y para satisfacer las exigencias de la gloria divina.

Pero veamos cómo el admirable y hermoso relato del ladrón arrepentido ilustra todo esto.

La segunda cruz

Es muy evidente que el Espíritu de Dios, en el evangelista Lucas, empieza su narración tocante al ladrón arrepentido en el momento justo en que un trabajo divino había comenzado realmente en su corazón. Mateo y Marcos lo presentan como un malhechor que blasfema. Difícilmente podemos concebir un nivel más bajo de depravación moral que el que se describe en estos dos evangelios. No vemos ni un solo pensamiento consolador. Todo parecía tan oscuro como la medianoche –oscuro casi como el infierno–; pero no tan oscuro como para no ser alcanzado por la luz celestial que brillaba a través del Mediador en aquella cruz central.

Es bueno tener un sentido profundo de nuestro verdadero estado natural. Posiblemente no podamos profundizar demasiado en esta dirección. La ruina de la naturaleza, en todas sus formas, es completa. Si bien no todos han ido tan lejos como el ladrón en la cruz; si bien no todos han producido el mismo fruto; si bien no todos se revisten de forma igualmente horrible, no es porque tengan una naturaleza distinta. El corazón humano es un semillero donde se encuentra el

germen de todos los crímenes que una vez mancharon las páginas de la historia humana. Si la semilla no ha germinado ni fructificado, no es debido a una diferencia en el alma, sino a una diferencia en las circunstancias e influencias externas.

El testimonio de la Escritura sobre esta gran cuestión, es claro y concluyente: “No hay diferencia”. A los hombres no les gusta esto, porque nivela y allana demasiado sus diferencias con los demás. Esta tajante declaración de la Escritura corta de raíz la justicia propia. Pero la gente quiere establecer diferencias. Nadie puede soportar ser puesto en la misma categoría que una María Magdalena, un samaritano o gente similar. Pero no puede ser de otra manera. La gracia allana todas las diferencias ahora; y el juicio pronto las hará desaparecer a todas. Si somos salvos, lo somos junto con las Magdalenas y los samaritanos; y si nos perdemos, estaremos en compañía de personas así también. Sin duda, habrá grados de gloria, como también los habrá de castigo; pero en cuanto a la verdadera naturaleza y al carácter del corazón humano, “no hay diferencia”.

Engañoso es el *corazón* más que todas las cosas, y perverso



(Jeremías 17:9).

¿Qué corazón? El corazón del hombre, el corazón de aquel que escribe, y el de aquel que lee estas líneas. “Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mateo 15:19). ¿De qué corazón? Del corazón del hombre, del corazón del que escribe y del que lee estas líneas. Estas cosas no podrían salir del corazón si no estuviesen allí; y cuando no se manifiestan por los hechos, no es porque no estén allí, sino simplemente porque no se han dado las circunstancias para que ello ocurra.

Tal es el testimonio claro e invariable de la Santas Escrituras; y siempre que el Espíritu de Dios comienza a trabajar en el corazón y en la conciencia de una persona, produce el sentimiento profundo y el pleno reconocimiento de la verdad de este testimonio. Toda alma divinamente convencida está dispuesta a asumir estas palabras como propias: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien” (Romanos 7:18). Toda persona con un espíritu verdaderamente arrepentido, reconoce el hecho de su ruina total. Todos los hijos de la sabiduría justifican a Dios y se condenan a sí mismos, sin excepción (véase Lucas 7:35). Todo el que ha sido realmente expuesto al poder convincente del Espíritu Santo, reconocerá sin reservas la inspirada declaración: “No hay diferencia”.

Cualquiera que duda en reconocer esto, tiene que aprender a conocerse a sí mismo a la luz de la santidad de Dios. La persona más refinada, educada y culta, cuando es iluminada por el Espíritu de Dios, tomará en seguida su lugar junto al ladrón en la cruz, puesto que la luz divina que brilla en ella, revela los resortes ocultos de su ser, la lleva a ver las profundidades de su mala naturaleza, las raíces y los motivos de sus acciones. Por eso, mientras parientes, amigos y conocidos –meros espectadores, que juzgan solo superficialmente–, pueden tener un concepto muy alto de su persona, solamente él –conociéndose mejor por la luz divina– puede exclamar: “¡Miserable de mí!”; “He aquí que yo soy vil”; “¡Ay de mí, pues soy perdido!”; “Soy hombre pecador” (Romanos 7:24; Job 40:4; Isaías 6:5, V. M.; Lucas 5:8).

Estas son expresiones propias de un alma divinamente convencida; y solo cuando sinceramente y de corazón podemos expresarnos así, estamos realmente preparados para apreciar las riquezas de la gracia de Dios manifestadas en el evangelio de Jesucristo. La gracia toma verdaderos pecadores.

El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido
“ (Lucas 19:10).

Y cuanto más tomo conciencia de mi estado perdido, de mi irremediable ruina, de mi completa miseria, más comprendo la plenitud y liberalidad de la salvación de Dios –una salvación adquirida por la sangre de la cruz–.

Así vemos cómo la maravillosa gracia brilla en la salvación del ladrón en la cruz. Respecto a él, no es posible ningún malentendido. Claramente no tenía buenas obras en qué confiar. No había hecho obras de caridad. Nunca había oído hablar del bautismo y de la Cena del Señor. Los ritos, las ceremonias y las ordenanzas religiosas no habían hecho nada por él, ni podían hacerlo. En una palabra, su caso, en lo que a él concierne, estaba irremediablemente perdido. Porque ¿qué podía hacer? ¿A dónde podía dirigirse? Sus manos y sus pies estaban clavados a la cruz de un malhechor. Era inútil decirle «haz esto» o «ve allí». Cuando tenía las manos libres, las utilizaba para cometer actos de violencia; pero ahora estaban clavadas en un madero, y no podían hacer nada. Sus pies, cuando podía servirse de ellos, lo habían llevado por el terrible camino del transgresor; y ahora, clavados al madero, ya no podían llevarlo a ninguna parte. Pero, nótese esto: Aunque el pobre ladrón ya no tenía manos ni pies de qué valerse –tan indispensables en una religión de obras–, su corazón y su lengua seguían en libertad; y precisamente estos miembros son llamados a la acción en una religión de fe, como lo leemos en el capítulo 10 de Romanos:

“ Porque con el *corazón* se cree para justicia, pero con la *boca* se confiesa para salvación
(Romanos 10:10).

¡Qué preciosas palabras! ¡Cuán apropiadas para el ladrón en la cruz! ¡Y cuán apropiadas y oportunas para *todo* pecador perdido, deshecho y sin esperanza! Porque todos nosotros debemos ser salvos de la misma manera que el ladrón en la cruz.

No hay dos caminos al cielo. No hay un camino para los religiosos, los moralistas y los fariseos, y otro camino para el malhechor. Hay un solo camino. Ese camino, desde el mismo trono de Dios, hasta donde yace el pecador culpable, muerto en delitos y pecados, está marcado por las huellas del amor redentor; y de ahí al trono, por la preciosa sangre expiatoria de Cristo. Este es el camino al cielo. Un camino “recamado de amor”, rociado con sangre, y hollado por una feliz y santa compañía de adoradores redimidos, reunidos de “todos los términos de la tierra”, para cantar el himno celestial: “¡Digno es el Cordero que ha sido inmolado!” (Apocalipsis 5:12, V. M.).

Hemos dicho que el corazón del ladrón era libre; sí, libre bajo la acción poderosa del Espíritu Santo, para dirigir la mirada hacia esa bendita Persona que colgaba a su lado; a la cual venía insultando unos instantes antes, pero sobre quien podía ahora fijar su mirada arrepentida, y de quien podía dar ahora el testimonio mas noble que jamás haya sido pronunciado por los hombres o por los ángeles.

Es muy instructivo e interesante seguir la evolución de la obra de Dios en el alma del ladrón moribundo. En efecto, la obra de Dios en cada alma es siempre del mayor interés. La obra del Espíritu Santo *en* nosotros nunca se debe separar de la obra de Cristo *por* nosotros. Ambas operaciones están inseparablemente unidas y fundadas sobre los consejos eternos de Dios respecto a nosotros. Esto es lo que hace que todo sea tan real, tan sólido, tan enteramente divino. Nada es del hombre. Todo es de Dios, del principio al fin. Desde la primera aurora de la convicción en el alma, hasta ser introducido en la plena luz del glorioso evangelio de la gracia de Dios. ¡Bendito sea el Señor que así sea! Si no fuera así, si la criatura pusiese un solo granito de arena en esta obra, ese solo granito de arena anularía y destruiría toda la obra, volviéndola inútil.

“¿Ni aun temes tú a Dios?”

En el caso del ladrón arrepentido, vemos un primer fruto como resultado de la acción santificadora del Espíritu eterno, en las palabras dirigidas al otro ladrón: “¿Ni aun temes tú a Dios?” (Lucas 23:40). Él no dice: “¿No temes tú el castigo?”. La santificación del Espíritu se evidencia, en cada caso, por el temor del Señor, y un santo aborrecimiento del pecado, por lo que es el pecado.

El temor de Jehová es el principio de la sabiduría

“ (Proverbios 9:10).

Puede haber temor al juicio, al infierno, a las consecuencias del pecado, sin el más mínimo aborrecimiento del pecado mismo. Pero cuando es el Espíritu de Dios el que obra dentro del corazón, es él quien produce la verdadera noción del pecado y de la pena por este a los ojos de Dios.

Este es el verdadero arrepentimiento. Considerémoslo atentamente. El arrepentimiento es una gran realidad y un elemento esencial en cada caso.

Dios ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arre-

“ pientan
(Hechos 17:30).

No se puede ignorar ni dejar de lado. Algunos pueden tratar de suprimir la responsabilidad del hombre con el pretexto de que este no puede hacer nada correcto o bueno. Pueden tratar de convencernos de que es inútil, y hasta erróneo, llamar a los hombres a arrepentirse y creer, porque el hombre no puede hacer nada por sí mismo. Pero la pregunta es: ¿Cuál es el significado de las palabras que Pablo pronunció en su discurso en Atenas? ¿Predicó la verdad? ¿Era sano en la fe? ¿Era lo suficientemente ortodoxo en la doctrina? Pablo declaró, de la forma más clara y enfática: Dios “manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”. ¿Podrá alguno dar la vuelta al asunto y decir que ellos no pueden arrepentirse? ¿Alguien se atrevería a negar la responsabilidad que tiene el hombre de obedecer un mandamiento divino? Si lo hicieran, estarían en un terreno muy peligroso. Si Dios manda a todos los hombres que se arrepientan, ¡ay de aquellos que se niegan a hacerlo! ¡Ay de aquellos que enseñan que no son responsables de hacerlo!

Arrepentimiento y conversión

Dediquemos unos momentos al examen de esta gran cuestión práctica, a la luz del Nuevo Testamento. Veamos si nuestro Señor y sus apóstoles llamaron a los hombres, “a todos los hombres en todo lugar” a “que se arrepientan”.

En el tercer capítulo del evangelio de Mateo, leemos: “En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:1-2). Tal vez se diga que Juan se dirigió principalmente a Israel –un pueblo que tenía una relación reconocida con Jehová– y de ahí que este pasaje no podría ser aducido como prueba de la necesidad de arrepentimiento universal y permanente. Ahora bien, simplemente lo citamos aquí para mostrar que el hombre, sea judío o gentil, es responsable de arrepentirse, y que la primera voz que oímos en el Nuevo Testamento llama a los pecadores al arrepentimiento. Juan el Bautista ¿tenía razón o estaba equivocado? ¿Acaso violaba las fronteras del dominio de la sana doctrina cuando llamaba a los hombres al arrepentimiento? ¿Acaso algunos de nuestros teólogos modernos lo habrían llamado aparte, después que hubiera predicado, y lo hubieran censurado por engañar a la gente al llevarla a suponer que podían arrepentirse? Nos hubiera gustado oír la respuesta de Juan.

Pero tenemos el ejemplo de uno mayor que Juan el Bautista, como nuestra garantía para predicar el arrepentimiento. En Mateo 4 leemos:

“ Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado (Mateo 4:17).

¿Se atrevería alguien a darse vuelta y decir al divino Predicador: «No podemos arrepentirnos; no tenemos ningún poder; no somos responsables»? ¡Ah! no; los hombres podrán argumentar y razonar, y hablar de teología; pero el testimonio viviente sigue allí, ante nosotros: Jesús llamó a los hombres a arrepentirse; y lo hizo sin considerar en lo más mínimo la capacidad del hombre para arrepentirse. Se dirige al hombre como un ser responsable, como alguien que de manera imperiosa es llamado a juzgarse a sí mismo y a sus caminos, a confesar sus pecados y a arrepentirse en polvo y ceniza. El único lugar verdadero del pecador, es el lugar del arrepentimiento. Si se niega a asumir ese lugar en presencia de la gracia divina, se verá obligado a asumirlo en presencia del juicio divino. Entonces será demasiado tarde para el arrepentimiento. Dios “manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”.

Al principio de los Hechos de los Apóstoles, tenemos el privilegio de escuchar el discurso de Pedro en el día de Pentecostés. Fue el sermón más prolífico jamás predicado en este mundo, galardonado con la conversión de tres mil almas. ¿Y qué predicó Pedro? Predicó a Cristo, y llamó a los hombres al arrepentimiento. En efecto, el gran apóstol de la circuncisión insistió en el arre-

pentimiento, en el juicio propio, en la verdadera contrición de corazón ante Dios. Pedro les dijo: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). Y de nuevo:

“ Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados (Hechos 3:19).

¿Hizo lo correcto Pedro al instar a los hombres a arrepentirse y convertirse? ¿Tendría alguien derecho a decirle, al final de su predicación: «¿Cómo pueden los hombres arrepentirse? ¿Cómo pueden convertirse? ¡Ellos no pueden hacer nada!»? Cuánto nos gustaría oír la respuesta de Pedro. Una cosa es cierta, el poder del Espíritu Santo acompañó la predicación. Él puso su sello en esta predicación y eso basta. Dios “manda a *todos los hombres en todo lugar*, que se arrepientan”. ¡Ay de los que rechazan!

El apóstol Pablo, refiriéndose a su ministerio en Éfeso, declara ante los ancianos: “Nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:20-21). Y en su punzante discurso ante Agripa: “No fui rebelde a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento” (Hechos 26:19-20).

Tenemos un cúmulo de pruebas irrefutables en las Escrituras, que demuestran la necesidad universal y permanente de arrepentimiento. Dios “manda a todos los hombres en todo lugar, que se *arrepientan*”. Es imposible eludir esto. Guárdense los hombres de desestimarlos. No puede ser sano un sistema de teología que niega la responsabilidad del pecador de arrepentirse y convertirse a Dios, y de hacer obras dignas de arrepentimiento.

Pero esto es una digresión de nuestro tema, el cual debemos retomar.

El caso del ladrón arrepentido es un ejemplo excelente de la significativa declaración de Pedro: “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19). Nos enseña, con claridad y fuerza, el verdadero significado del arrepentimiento y la conversión –dos temas que son poco entendidos, y a menudo oscurecidos por falsas enseñanzas–.

El corazón humano siempre tiende a tomar las cosas divinas por el lado equivocado; y cuando la falsa teología se combina con esta tendencia del corazón, presentando un solo lado de las cosas, el efecto moral sobre el alma es algo terrible. Por eso cuando los hombres son llamados por el Evangelio a arrepentirse y convertirse, creen que es necesario hacer algo, como por ejemplo leer, orar, cumplir las ordenanzas y asistir a los servicios religiosos. Están ocupados en lo que hacen en vez de juzgar su estado. Este es un error fatal. Es el resultado de la influencia combinada de la propia justicia y la falsa teología: fecundas fuentes de oscuridad y miseria para las almas preciosas, y que producen serios daños a la verdad de Dios.

Es altamente asombroso ver las diversas formas que puede revestir la justicia propia. Son tan sutiles que nadie reconoce lo que realmente es. A veces reviste la apariencia de humildad, y habla extensamente del mal y el peligro de ser demasiado presumido. Otras veces asume la vestimenta y adopta el lenguaje de lo que se conoce como «religión experimental», que a menudo no es más que una intensa ocupación con uno mismo. Y otras veces, se expresa en los raídos formularios de la teología sistemática, que son una piedra de tropiezo para las almas y el sepulcro de la revelación divina.

¿Qué es, pues, el arrepentimiento? En uno de sus aspectos más importantes, es el juicio serio y profundo de uno mismo, de su historia y de sus caminos. Es la completa ruptura con todo el sistema de justicia propia, y el descubrimiento de nuestra completa perdición, ruina y bancarrota. Es el sentimiento de vileza personal, de culpa y de peligro, producido por la acción poderosa de la Palabra y el Espíritu de Dios en el corazón y en la conciencia. Es un dolor sincero a causa del pecado, y un aborrecimiento del pecado por lo que es. Por cierto que hay otros aspectos y elementos en el arrepentimiento sincero. Hay un cambio de pensamiento en la consideración de nosotros mismos, del mundo y de Dios. Hay además varios grados de profundidad e intensidad del ejercicio del corazón. Pero, por el momento, limitémonos a este aspecto tan importante del arrepentimiento, que vemos ilustrado en el conmovedor relato del ladrón arrepentido: el juicio de sí mismo. Se debe hacer constante hincapié en este aspecto. Tememos mucho que se haya perdido de vista en gran parte de nuestra predicación y enseñanza actual. En nuestros esfuerzos por hacer el Evangelio más simple y fácil, corremos el riesgo de olvidar que Dios “manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”. El pecador debe sentir que es pecador, un pecador perdido, culpable y que merece el infierno. Debe sentir que el pecado es algo terrible a los

ojos de Dios; tan terrible, que nada excepto la muerte de Cristo lo puede expiar. Tan terrible, que todo aquel que muere en sus pecados no perdonado, debe ser condenado inevitablemente; debe pasar una eternidad espantosa y sin fin en el lago que arde con fuego y azufre.

Entonces, ¿hay algo meritorio en el arrepentimiento? ¿Algo en qué apoyarse o en qué jactarse? ¿Tiene algo que ver con la base de nuestra salvación, de nuestra justificación o de nuestra aceptación con Dios? También podemos preguntar si la quiebra de una persona puede constituir la base de su crédito o de su futura fortuna. No, por supuesto que no. El arrepentimiento, en su forma más profunda e intensa, no tiene nada que ver con la base de nuestro perdón. ¿Cómo puede el sentimiento de culpa tener algo que ver con la base del perdón? ¿Cómo pueden los sentimientos de un hombre que se ahoga, tener algo que ver con el bote salvavidas que lo salva? ¿O cómo puede la agonía de un hombre en una casa en llamas tener algo que ver con la escalera de incendios por la cual desciende para escapar del fuego?

Justamente padecemos

Fijémonos en el caso del ladrón en la cruz. Escuchemos sus palabras: “¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? *Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos*” (Lucas 23:40-41). Estos son acentos de un verdadero arrepentimiento, “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos”. Él sentía y admitía que había sido justamente condenado, y que no hacía más que cosechar “lo que merecieron sus hechos”. ¿Había algo meritorio en esto? En absoluto. Era el juicio de sí mismo, la condenación de sus caminos, el sentimiento de su culpa. Y estaba bien. Eso era el precursor seguro de la conversión a Dios, el fruto de la obra del Espíritu en su alma; y le permitió apreciar la salvación de Dios. Era el sincero reconocimiento de su justa condenación, y seguramente de ningún modo podía contribuir a su justicia delante de Dios. Es absolutamente imposible que el sentimiento de culpa pudiera alguna vez formar la base de la justicia.

Sin embargo, debe haber arrepentimiento; y cuanto más profundo mejor. Es necesario que el arado haga su obra para romper el barbecho (véase Oseas 10:12), y que abra surcos profundos, en los cuales la simiente incorruptible de la Palabra pueda echar raíces. Nadie podrá jamás lamentarse de que el arado divino haya entrado demasiado profundamente en su alma. Podemos estar seguros de que cuanto más conscientes estamos de las profundidades de nuestra ruina moral, más plenamente apreciamos

“ la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él (Romanos 3:22).

Pero, entiéndase bien, el arrepentimiento no es hacer esto o aquello. ¿Qué hizo el ladrón? ¿Qué podía hacer? No podía mover las manos ni los pies. Y aun así, se había arrepentido sinceramente. Quedó grabado en las páginas de la historia como «el ladrón arrepentido». Sí, se había arrepentido; y su arrepentimiento se expresa con claros acentos de juicio propio. Así debe ser siempre. El pecado, tarde o temprano, debe ser juzgado; y cuanto más pronto y más profundo lo sea, mejor.

¿Y luego qué? ¿Cuál es el orden divino? “Arrepentíos y convertíos” (Hechos 3:19). “Arrepentirse y volverse a Dios” (Hechos 26:20, LBLA). ¡Qué bello orden! Es la convicción y la conversión. Es el descubrimiento del yo y de su ruina, y el descubrimiento de Dios y de su remedio. Es condenarme a mí mismo y justificar a Dios. Es el descubrimiento de la vacuidad del yo y de la plenitud de Cristo. Es aprender la fuerza y la aplicación de esas pocas palabras: “Te perdiste... mas en mí está tu ayuda” (Oseas 13:9).

Y vemos cómo todo esto sale a la luz en el relato tan breve pero profundo del ladrón. Tan pronto como da expresión al sentimiento de su justa condena, se vuelve hacia la bendita Persona que está a su lado, y da este grato testimonio: “Este ningún mal hizo” (Lucas 23:41). Se puso así en abierta contradicción con todo el mundo. Se enfrentó con los principales sacerdotes, con los ancianos y con los escribas, que habían entregado al Santo como si fuera un malhechor. Ellos habían dicho: “Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado” (Juan 18:30). Pero el malhechor, que va a morir, declara:

Este ningún mal hizo (Lucas 23:41).

Él da así un testimonio claro y decidido a la perfecta humanidad del Señor Jesucristo; esta gran verdad que está en la misma base del gran “misterio de la piedad” (1 Timoteo 3:16). Se vuelve de un yo culpable a un Cristo inmaculado, y le dice al mundo que ha cometido un terrible error al crucificar al Señor de gloria.

¿No era un buen trabajo? Sí, el mejor trabajo que alguien puede hacer para Dios. Dar un testimonio claro, firme y completo de Cristo, es el servicio más aceptable y fragante que cualquier mortal puede dar a Dios. Se pueden gastar millones en obras de caridad, recorrer continentes enteros en aras de la filantropía, dedicar toda una vida a los terribles ejercicios de una religiosi-

dad mecánica, pero todas estas cosas no son más que una mota de polvo en la balanza en comparación con esta palabra de sincero y auténtico testimonio, enseñado por el Espíritu, dado al amado Hijo de Dios. El pobre ladrón no podía hacer nada, ni dar nada; pero oh, se le permitió gozar del privilegio más grande y excepcional que le puede tocar a un mortal: testificar de Cristo, en el mismo momento en que todo el mundo lo rechaza, uno de sus discípulos lo niega, otro lo había vendido, y en que todos lo habían abandonado. Esto, en efecto, era un servicio, un trabajo que quedará grabado en los anales del cielo, cuando los más gloriosos monumentos del genio y la benevolencia humanos se hayan derrumbado y hayan caído en el olvido eterno.

Pero todavía tenemos más lecciones que aprender de los labios del malhechor que muere. No solo da un testimonio brillante y bendito de la humanidad inmaculada de Cristo, sino que también lo reconoce como Señor y Rey; y lo hace en un momento y en circunstancias en que, a los ojos de la naturaleza, no se halla ninguna huella de señorío o de realeza. Él dice a Jesús:

Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino

“

(Lucas 23:42).

¡Piense en esto! ¡Piense en alguien que un momento antes injuriaba al Salvador moribundo, y ahora lo reconoce como Señor y Rey! Este fue realmente un trabajo divino. Seguramente fue un verdadero arrepentimiento, una verdadera conversión a Dios. “Jesús: Acuérdate de *mí*”. ¡Ah, cuán indeciblemente preciosas son estas palabras! ¡Qué estupendo es ver a un pobre «mí», culpable, sin valor, merecedor del infierno, unido al divino Salvador por aquella sola palabra, “*Acuérdate*”!

Esta era la vida eterna. Un Salvador y un pecador unidos, es la salvación eterna. Nada puede ser más simple. La gente puede hablar de obras, de sentimientos, de experiencias. Pero aquí el asunto se nos presenta con la simplicidad y el orden divinos. En primer lugar tenemos el fruto de un sincero arrepentimiento expresado en las palabras: “Nosotros, a la verdad, justamente” (v. 41), y luego el grato resultado de la conversión espiritual en palabras simples pero poderosas: “Jesús: acuérdate de mí” (v. 42). “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19). “Arrepentirse y volverse a Dios” (Hechos 26:20, LBLA).

¡Qué maravillosa profundidad y poder hay en estas palabras! Arrepentirse es ver la ruina completa de uno mismo. Volverse a Dios, es vida, paz y salvación eterna. Descubrimos el yo y lo detestamos y aborrecemos. Descubrimos a Dios y nos volvemos a él con todo el corazón, y hallamos en él todo lo que necesitamos para hoy y para la eternidad. Todo es divinamente simple

e indeciblemente bendito. El arrepentimiento y la conversión están inseparablemente unidos. Aunque son distintos, están íntimamente relacionados. Nunca deben ser separados ni confundidos.

Hoy

Notemos ahora la divina respuesta al llamado del ladrón arrepentido: “Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (Lucas 23:42). ¿Cuál es la respuesta? “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (v. 43). Es como si el bendito Salvador le hubiera dicho: «Tú no necesitas esperar *la gloria del reino*; este mismo día gustarás la *gracia* de la *casa*, del amor de la casa de mi Padre allá arriba; yo te tendré conmigo en aquel paraíso brillante, para disfrutar de la plena comunión conmigo mucho antes de que las glorias del reino sean manifestadas». ¡Oh, Salvador bendito! ¡Tal fue tu gracia incomparable!

¡Ni una palabra de reprensión, ni una sola alusión al pasado, ni tan siquiera una mirada reprobadora por las injurias recién proferidas! ¡Oh, no!; nunca hay nada de esto en los caminos de Dios con un alma arrepentida. El ladrón, desde el fondo de un corazón quebrantado y contrito, dijo: “Nosotros, a la verdad, justamente” (Lucas 23:40). Esto bastaba. Era necesario, por cierto, pero bastaba. “El corazón quebrantado y contrito, oh Dios, no lo despreciarás” (Salmo 51:17, V. M.). No; no solo no lo despreciará, sino que derramará en él el rico y precioso consuelo de Su gracia y de su amor perdonador. El corazón de Dios se llena de gozo al perdonar a un pecador arrepentido; y nadie más que un pecador arrepentido puede realmente gozar del perdón de Dios.

“*Hoy estarás conmigo en el paraíso*” (Lucas 23:43). Las glorias de una salvación presente, personal y perfecta, brillan aquí con todo su divino resplandor ante los ojos de un ladrón asombrado.

Y nótese que no se le dijo ni una sola palabra acerca de hacer, dar, sentir ni de ninguna otra cosa que pudiera centrar los ojos en sí mismo. Sus ojos se habían vuelto hacia sí mismo, y con razón; pero solo para ver un abismo profundo y oscuro de culpa y ruina. Esto bastaba. A partir de entonces, y por siempre, la mirada debe dirigirse hacia afuera de uno y hacia arriba; debe fijarse en el precioso Salvador que lo lleva al paraíso, y en aquel paraíso brillante al cual Él lo llevaba.

Sin duda, el ladrón nunca olvidará cuán gran pecador había sido. Nunca olvidará su culpa y su maldad; en efecto, él y todo redimido recordará el pasado, a lo largo de la eternidad. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Perderemos la memoria en el futuro? Seguramente que no. Pero cada recuerdo del pasado solo hará resonar con más fuerza el canto de alabanza que el corazón entonará cuando pensamos en la gracia que brilla en estas preciosas palabras:

Nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades



(Hebreos 8:12; 10:17).

Así es el perdón divino. Dios nunca más tendrá en cuenta los pecados que Su propia mano de amor borró con la sangre de la cruz. ¡Nunca! ¡No, nunca! Él los ha “echado tras sus espaldas” para siempre (Isaías 38:17). “Se hundieron como plomo” en el fondo de las aguas de Su eterno olvido (Éxodo 15:10). ¡Sea toda alabanza a su glorioso nombre!

La tercera cruz

Vamos a considerar ahora, por un breve instante, la tercera cruz. ¿Qué vemos en ella? ¿Un pecador culpable? No simplemente eso. El ladrón arrepentido era eso. Ambos estaban en la misma condenación. Nadie tiene por qué ir al infierno simplemente porque es un pecador, puesto que “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”, aun al “primero” (1 Timoteo 1:15). No hay un pecador hoy día, fuera del recinto del infierno, que no esté dentro del alcance de la salvación de Dios si tan solo siente la necesidad de ella. Nadie tiene por qué estar perdido, simplemente porque es un pecador arruinado, culpable, que merece el infierno.

Pero ¿qué vemos en esa tercera cruz? Vemos a un pecador *incrédulo*. Esto es lo grave. Podemos afirmar, sin ninguna duda, que si él, al igual que su compañero arrepentido, se entregaba a la gracia del Salvador moribundo, habría recibido la misma respuesta. Había suficiente gracia en el corazón de Jesús para satisfacer las necesidades de los dos. Pero él no la deseaba, no quería echar mano de ella. Permaneció sin arrepentirse y sin creer hasta que las oscuras sombras de la muerte se cernieron sobre él, y los horrores más oscuros del infierno estallaron sobre su alma culpable. Murió prácticamente teniendo a mano al Salvador y a la salvación.

¡Tremendo pensamiento! ¿Qué mente finita puede llegar a comprenderlo? ¿Quién puede estimar con la debida profundidad el contraste entre estos dos hombres en una cruz? Es cierto que la diferencia radica en un punto; pero ese solo punto tuvo graves consecuencias para la eternidad. El punto era este: *Recibir o rechazar al Hijo de Dios*; creer o no creer en ese bendito Salvador que colgaba en medio de ellos, tan cerca de uno como del otro. No había diferencia en su naturaleza, en su condición o en sus circunstancias. La grande e importante diferencia radica en el hecho de que uno creyó en Jesús y el otro no; uno pudo decir: “Jesús: Acuérdate de mí” (Lucas 23:42), y el otro dijo:

Si tú eres el Cristo (v. 39).



¡Qué contraste! ¡Qué ancha línea de demarcación! ¡Qué terrible abismo separa a dos hombres tan similares en todos los demás aspectos, tan cerca el uno del otro y tan cerca del divino Salvador! Pero es exactamente igual en todos los casos, en todas partes y en todos los tiempos. La simple pero solemne cuestión para todos y cada uno es: «¿Cuál es mi relación con Cristo?». De esto depende todo, para el tiempo y para la eternidad. ¿He recibido a Cristo, o no? ¿Estoy en Él, o no?

Los dos ladrones representan las dos grandes clases en que se ha dividido la humanidad desde los días de Caín y Abel hasta nuestros días. El Cristo de Dios es la gran y decisiva piedra de toque para ambas clases. Todos los matices de carácter moral, todos los rangos de la vida social, todas las castas, clases, sectas y partidos en que la familia humana ha sido, está o será siempre dividida, dependen de esta cuestión trascendental: «Estoy en Cristo o fuera de Cristo». La diferencia entre los dos ladrones es justamente la que existe entre los salvos y los perdidos; entre la Iglesia y el mundo; entre los hijos de Dios y los hijos del gran enemigo de Dios. Por cierto que, en el caso de los dos ladrones, esta diferencia es tan marcada que la podemos ver a simple vista; pero es la misma en todos los casos. La persona de Cristo es la gran frontera que separa la nueva creación de la vieja; el reino de Dios del reino de Satanás; los hijos de la luz de los hijos de las tinieblas; y esta frontera se extiende hasta la eternidad.

Lector, ¿qué dice usted a estas cosas? ¿De qué lado de la línea está usted en este momento? ¿Como el ladrón arrepentido, unido a Cristo por una fe simple, o como su compañero no arrepentido, que, con dudas y razonamientos, se dirige a Cristo con un “si”? Dígame, querido amigo, ¿en qué situación se encuentra? No deseche esta pregunta. Enfréntela con seriedad y sinceridad. Su dicha o su perdición eterna dependen de la respuesta que dé a esta pregunta. ¡Vuélvase a Jesús ahora! ¡Venga ahora mismo! ¡Dios lo manda! ¡No lo demore! ¡No lo razone! Acuda tal como está a Jesús, que estuvo colgado en esa cruz por usted.

La conversión - ¿Qué es?

La absoluta necesidad de la conversión

El capítulo 1 de la primera epístola a los Tesalonicenses presenta una muy hermosa y notable descripción de lo que podemos llamar *verdadera conversión*. Esperamos que su estudio resulte de interés y de provecho para nuestras almas, pues nos proporciona una respuesta clara y precisa a la pregunta que figura en el encabezamiento de este artículo: «*La conversión: ¿Qué es?*». Este tema no es de poca importancia. En tiempos como los actuales, es bueno tener una respuesta divina a tal pregunta. Se oye mucho acerca de casos de conversión, y damos gracias a Dios por cada persona que se convierte. Por supuesto, creemos en la necesidad indispensable y universal de la obra divina de la conversión, se trate de quien se trate, sea judío o griego, bárbaro o escita, esclavo o libre, protestante o católico romano. Toda persona, cualquiera sea su nacionalidad, su posición eclesiástica o su credo teológico, *debe* convertirse; de lo contrario, se sitúa en el camino ancho que conduce directamente al infierno eterno. Nadie nace cristiano, en el verdadero sentido del término, y tampoco es suficiente la educación cristiana. Que alguien piense serlo por nacimiento o educación, por el bautismo de agua o por cualquier otra ceremonia religiosa, es un error fatal, una ilusión mortal y un engaño del principal enemigo de las almas. Una persona se hace cristiana solo por medio de una conversión divina. Deseamos, pues, llamar encarecidamente la atención sobre la urgente y absoluta necesidad de una verdadera conversión a Dios.

Aquí no cabe la indiferencia. Sería el colmo de la insensatez intentar ignorarlo o tomarlo a la ligera. Para un ser inmortal –que tiene ante sí una eternidad sin fin– descuidar el asunto solemne de su conversión es la mayor necedad de la que jamás pueda ser culpable. En comparación con esta cuestión de tanto peso, todos los diversos objetos que absorben la atención y la energía en el atareado escenario en que nos movemos, son como una mota de polvo en la balanza. Todas las especulaciones de la vida comercial, los planes para ganar dinero e invertirlo en negocios rentables, la búsqueda del placer en sus múltiples formas –el teatro y los conciertos, salones de baile y de juego (como el casino, el billar, etc.), el hipódromo, los clubes de caza, los lugares donde se consumen bebidas alcohólicas, es decir, todo lo que el pobre corazón insatisfecho ansía tener–, todo eso es como la niebla de la mañana, la espuma del agua, el humo de la chimenea, la marchita hoja otoñal; todo se desvanece rápidamente y deja tras de sí un doloroso vacío. El corazón está insatisfecho y el alma está perdida porque permanece inconversa.

Y después, ¿qué? ¡Tremenda pregunta! ¿Qué queda al final de todo este escenario de frenesí comercial, luchas políticas, inversiones financieras y búsqueda de placeres? ¡Al final, la persona tiene que enfrentarse con la muerte!

Está establecido para los hombres que mueran una sola vez

“

(Hebreos 9:27).

De esto no se puede escapar. En esta guerra no hay licenciamiento. Todas las riquezas del universo no bastarían para rescatar de las manos de ese terrible enemigo un solo momento de tregua. Toda la ciencia médica que la humanidad puede proporcionar, toda la cordial solicitud de parientes y amigos, sus lágrimas, suspiros y súplicas son impotentes para aplazar el momento temido o para hacer que “el rey de los espantos” (Job 18:14) envaine su terrible espada. Nadie, por ningún medio humano, puede librarse de la muerte. *Ha de llegar* el momento en que se suelte el lazo que conecta el corazón con todas las bellas y fascinantes escenas de la vida humana. Los amigos más queridos, los proyectos encantadores, los objetos codiciados, todo habrá que dejarlo. Mil mundos no podrían esquivar el golpe. Habrá que mirar a la muerte directamente a la cara. Es un misterio pavoroso, un hecho tremendo, una dura realidad que toda persona inconversa bajo la bóveda del cielo tendrá que enfrentar. En cuestión de horas, días, meses o años, habrá que cruzar la frontera que separa el tiempo actual –con todos sus afanes vacíos, vanos e imaginarios– de la eternidad con sus asombrosas realidades.

¿Y qué, entonces? Que la Escritura responda; ninguna otra cosa puede hacerlo. Los hombres inventan respuestas conforme a sus vanas nociones. Quieren hacernos creer que, después de la muerte, viene la aniquilación. “Comamos y bebamos, porque mañana moriremos” (Isaías 22:13). ¡Vana ilusión! ¡Sueño insensato de la imaginación humana, cegada por el dios de este mundo! ¿Cómo puede ser aniquilada un alma inmortal? En el huerto del Edén, el hombre fue dotado de un espíritu inmortal.

Jehová Dios... sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser

“

viviente

(Génesis 2:7),

no un alma mortal. El alma tiene que vivir para siempre. Convertida o inconversa, tiene ante sí la eternidad. ¡Oh, esta consideración posee un peso abrumador para todo espíritu reflexivo! No hay mente humana que alcance a percatarse de su inmensidad. Está fuera de nuestra comprensión, pero no fuera de nuestra creencia. Prestemos atención a la voz de Dios. ¿Qué enseña la Escritu-

ra? Una sola línea de la santa Biblia basta para barrer diez mil argumentos y teorías de la mente humana. ¿Produce aniquilación la muerte? ¡No! “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). Nótese estas palabras: “*Después de esto el juicio*”. Se aplican solo a los que mueren en sus pecados, únicamente a los incrédulos. Para el cristiano, el juicio pasó para siempre, así lo enseña la Escritura en múltiples lugares. Es importante tener en cuenta esto, porque algunos dicen que como solo hay vida eterna en Cristo, entonces todos los que están fuera de Cristo serán aniquilados.

La Palabra de Dios no dice eso. Está el juicio después de la muerte. ¿Y cuál será el resultado del juicio? De nuevo la Escritura nos habla en un lenguaje tan claro como solemne: “Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, *según sus obras*. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; *y fueron juzgados cada uno según sus obras...* Esta es la muerte segunda (el lago de fuego). Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:11-15). Todo esto es demasiado claro. No hay el menor fundamento para la vacilación o la dificultad. Para todos aquellos cuyos nombres están inscritos en el libro de la vida no hay juicio de ningún tipo. Aquellos cuyos nombres no están en ese libro, serán juzgados según sus obras. Y después, ¿qué? ¿Aniquilación? No, sino “el lago de fuego”; y eso, para siempre.

¡Cómo abrumba pensar en esto! Una persona inconversa, sea quien fuere, tiene delante de sí la muerte, el juicio y el lago de fuego; cada pulsación le acerca más y más a esas tremendas realidades. Que usted ha de pasar a la eternidad, en cualquier instante, es más seguro que la salida del sol en su momento determinado mañana por la mañana. Y si su nombre no se halla inscrito en el libro de la vida –si no se ha convertido– si no está en Cristo, con seguridad será juzgado según sus obras, y el resultado de tal juicio será el lago de fuego durante toda la eternidad. Quizás se extrañe usted de que insistamos tanto sobre este terrible tema y diga: «¿Se va a convertir la gente con esto?». Si no los convierte, bien puede ser que los induzca a ver su necesidad de conversión, el peligro inminente en que se hallan, y les incite a huir de la ira venidera. ¿Por qué estuvo razonando el apóstol Pablo con Félix sobre “el juicio venidero”? (Hechos 24:25). Ciertamente para persuadirle de que se convirtiera de sus malos caminos. ¿Por qué insistía tanto nuestro adorable Señor en hacer considerar a sus oyentes la solemne realidad de la eternidad? ¿Por qué hablaba

del gusano que no muere y el fuego que nunca se apaga (Marcos 9:44-48)? Seguramente para despertar en ellos el temor frente a tal peligro, a fin de que huyesen, buscasen refugio y echasen mano de la esperanza puesta ante ellos.

¿Somos más sabios que él? ¿Tenemos mayor ternura? ¿Hemos hallado algún método mejor para convertir a la gente? ¿Acaso nos debe atemorizar el hecho de insistir sobre el mismo tema solemne acerca del cual tanto insistió nuestro Señor? ¿Nos echaremos para atrás por no ofender a oídos delicados con la declaración lisa y llana de que todos los que mueren sin convertirse tienen que presentarse ante el gran trono blanco y pasar al lago de fuego? ¡Dios no lo permita! Urgimos solemnemente al lector inconverso a que no descuide el tema más importante: la salvación de su alma. Que ni las preocupaciones, los placeres o las obligaciones le entretengan hasta el punto de ocultar de su vista la magnitud y la seriedad tan profunda de esta cuestión.

“ ¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? (Mateo 16:26).

¡Oh, si usted no es salvo, si no se ha convertido, le suplicamos que reflexione sobre la necesidad de convertirse a Dios! Este es el único modo de entrar en Su reino. Así nos lo dice claramente el Señor Jesucristo; y confiamos que usted sepa que no pasará una jota ni una tilde de Sus santas palabras sin que se cumplan. El cielo y la tierra pasarán, pero su Palabra no pasará (Mateo 24:35; Marcos 13:31; Lucas 21:33). No hay poder en la tierra ni en el infierno, de hombres o demonios, que sea capaz de anular las palabras del Señor Jesucristo. Usted tiene que pasar por una de estas dos cosas: *la conversión aquí o la condenación eterna después.*

Así son las cosas, si hemos de guiarnos por la Palabra de Dios; en vista de esto, quisiéramos una vez más urgir con la mayor vehemencia e insistencia a todas las almas inconversas con quienes nos ponemos en contacto, ya por palabra, ya por escrito, a que consideren en este mismo momento la indispensable necesidad de huir de la ira venidera y acudir al bendito Salvador, quien murió en la cruz para salvarnos. Está con los brazos abiertos para acoger a todo el que vaya a él, pues en su gracia tan dulce y preciosa declara: “*Al que a mí viene, no le echo fuera*” (Juan 6:37).

Falsas ideas acerca de la conversión

Hemos procurado poner de relieve la absoluta necesidad que todos los seres humanos tienen de convertirse. La Biblia lo declara de tal forma que no queda ninguna duda para el que se somete a su santa autoridad.

“ Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Mateo 18:3).

Esto se aplica, en toda su fuerza moral y profunda solemnidad, a todo hijo e hija del Adán caído. No hay ni una sola excepción entre los miles de millones de personas que pueblan este mundo. Sin conversión no hay, ni puede haber, entrada en el reino de Dios. Toda persona inconversa está fuera del reino de Dios. No importa en lo más mínimo quién soy o qué soy; si no me he convertido, estoy en «el reino de las tinieblas», bajo el poder de Satanás, en mis pecados y camino al infierno. Puedo ser una persona de moral irreprochable, de intachable reputación, de mucha religión, obrero en la viña, maestro de la escuela dominical, ocupar un cargo en alguna rama de la iglesia profesante, ser ministro ordenado, diácono, anciano, pastor u obispo, el individuo más caritativo, dador generoso a instituciones religiosas o benéficas, respetado, buscado y reverenciado por todos a causa de mi valía personal y mi influencia moral. Puedo ser todas esas cosas y más aún; puedo tener todo lo que un ser humano sería capaz de poseer y, sin embargo, no estar convertido. Por lo tanto, permanezco fuera del reino de Dios, dentro del reino de Satanás, en mis pecados y en el camino ancho que conduce directamente al lago que arde con fuego y azufre.

Tal es el sentido obvio y tal es la fuerza ineludible de las palabras del Señor en Mateo 18:3. Las palabras son tan claras como un rayo de sol. No podemos pasarlas por alto, pues penetran hondamente, con tremenda solemnidad, en toda alma inconversa sobre la faz de la tierra. “Si no os convertís... *no entraréis* en el reino de los cielos” (Mateo 18:3, LBLA). Esto se aplica tanto al borracho más degenerado que se arrastra por las calles, como al más temperante o abstemio inconverso que se jacta de su sobriedad y del número de días, semanas, meses o años que ha pasado sin probar una sola gota de alcohol. Ambos ocupan la misma posición fuera del reino de Dios; ambos están en sus pecados y en el camino que lleva a la perdición eterna. Es cierto que el segundo se ha convertido de la ebriedad a la sobriedad –indudablemente, una bendición *grandísima* desde el punto de vista moral y social–; sin embargo, con esta conversión de la ebriedad a la temperancia acompañada por la jactancia de su moralidad, se engaña a sí mismo, y la consecuencia es que no podrá entrar en el reino del amado Hijo de Dios. Lo único que distingue al abstemio del borracho empedernido es la confianza que deposita en su propia temperancia, lo cual es un motivo de jactancia que le hace creer, ilusoriamente, que va por buen camino cuando en realidad no es así. La conducta del borracho es, a simple vista, absolutamente censurable, y todos saben que no puede heredar el reino de Dios (Gálatas 5:21); pero tampoco lo puede he-

redar un inconverso por el solo hecho de abstenerse de bebidas alcohólicas. Ambos están fuera. Para los dos, es absolutamente indispensable la conversión a Dios; lo mismo puede decirse de todas las clases sociales, castas y condiciones de los hombres debajo del sol. Respecto a esta gran cuestión, no hay ninguna diferencia; es válida para todos igualmente, sea cual fuere la apariencia exterior o la posición social: “Si no os convertís... *no entraréis* en el reino de los cielos” (Mateo 18:3, LBLA).

Por lo tanto, cuán importante es para cada uno la pregunta: «¿Me he *convertido?*». El lenguaje humano es incapaz de expresar la magnitud y la solemnidad de esta pregunta. Pensar en seguir día tras día, año tras año, sin poner en orden, de modo claro y rotundo, esta cuestión de tanto peso, solamente puede considerarse como la más insigne locura de la que un ser humano puede ser culpable. Si alguien dejara sus asuntos terrenales en una condición incierta e inestable, quedaría expuesto a la acusación de máxima desidia y negligencia culposa. Pero, ¿qué son los asuntos temporales más urgentes e importantes, si se los compara con la salvación del alma? Todas las preocupaciones del momento son “como tamo de las eras del verano” (Daniel 2:35), cuando se las compara con los intereses del alma inmortal, con las grandes realidades de la eternidad. Por eso es irracional, en el más alto grado, permanecer tranquilo una hora más, sin la clara y absoluta seguridad de estar realmente convertido a Dios. Un alma que se convierte, ha cruzado la frontera de separación entre el salvo y el perdido, los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas, la Iglesia de Dios y el presente mundo malo. La persona convertida ha dejado tras de sí la muerte y el juicio, y tiene delante la gloria; puede estar tan segura de ir al cielo como si ya estuviese allí. En realidad, al estar en Cristo, ya pertenece al cielo. Tiene su título sin enmiendas ni tachaduras, una perspectiva sin nubes. Conoce a Cristo como su Salvador y Señor; a Dios, como su Padre y Amigo; al Espíritu Santo, como su bendito Consolador, Guía y Maestro; el cielo, como su hogar radiante y feliz. ¡Oh, la dicha inefable de ser convertido! ¿Quién puede expresarla?

“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros [los creyentes] por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios (1 Corintios 2:9-10).

Indaguemos ahora qué es esta conversión de la que venimos hablando. Nos vendrá bien que Dios nos instruya acerca de ella, ya que una equivocación en esto resultaría desastrosa en proporción a los intereses que están en juego. Respecto a la conversión, son muchas las nociones

equivocadas. De hecho, dada la importancia del tema, podríamos concluir que el gran enemigo de nuestras almas y del Cristo de Dios intenta, por todos los medios posibles, hundirnos en el error. Si no tiene éxito en hacer que la gente se desentienda enteramente del tema de la conversión, procurará cegarle los ojos en cuanto a su verdadera naturaleza. Si, por ejemplo, una persona es llevada a tomar conciencia de la vanidad de las diversiones mundanas y la insatisfacción que producen, así como de la urgente necesidad de cambiar de vida, el gran engañador tratará de persuadirla de que es necesario volverse religioso, seguir ordenanzas, ritos, ceremonias, abandonar bailes, fiestas, teatros, conciertos, la bebida, los juegos, la caza y las carreras de caballos, en una palabra, dejar de lado toda suerte de jolgorio y diversión, para emprender lo que se llama una vida religiosa, ocuparse diligentemente en cumplir las ordenanzas religiosas, leer la Biblia, decir sus oraciones y dar limosnas, contribuir al sostenimiento de las grandes instituciones religiosas y benéficas del país.

Ahora bien, esto no es conversión. Una persona puede hacer todo eso y, no obstante, ser totalmente inconversa. Un devoto religioso cuya vida entera se emplea en vigiliias, ayunos, oraciones, penitencias y limosnas, puede ser un inconverso tan alejado del reino de Dios como el irreflexivo que va tras los placeres, cuya vida se gasta persiguiendo cosas de menos valor que el pétalo marchito de una flor mustia. Esos dos caracteres son, sin duda, muy diferentes. Pero ambos son inconversos, ambos se hallan fuera del bendito círculo de la salvación de Dios, los dos andan en sus pecados. Uno está ocupado en “obras malas” (Juan 3:19), otro en “obras muertas” (Hebreos 6:1); ambos están fuera de Cristo, perdidos; avanzan por el camino que desemboca en una miseria sin esperanza y sin fin. Tanto el uno como el otro, si no se convierten, con seguridad hallarán su porción en el lago que arde con fuego y azufre.

La conversión no es cambiar de sistema religioso

La conversión tampoco consiste en cambiar de sistema religioso. Una persona puede dejar el judaísmo, el paganismo, el islamismo, el catolicismo y hacerse protestante sin por eso estar convertida. No hay duda de que, desde un punto de vista social, moral o intelectual, es mucho mejor ser un protestante que un musulmán; pero, en lo que respecta al tema que tratamos, ambos son esencialmente lo mismo: son inconversos. Si no se convierten, tanto el uno como el otro, no entrarán en el reino de Dios. La conversión no consiste en adoptar un sistema religioso, por muy puro, sano y ortodoxo que sea. Una persona puede ser miembro de la corporación religiosa más respetable que haya en la cristiandad y, con todo, ser inconversa; entonces no es salva, sino que va camino hacia la perdición eterna. Lo mismo ocurre con los credos teológicos. Uno puede ads-

cribir a cualquiera de los grandes formularios de fe, como los 39 Artículos, la confesión de Westminster, los sermones de John Wesley, las formulaciones de Fox y Barclay, o cualquier otro credo y, sin embargo, no ser convertido, permanecer “muerto en sus delitos y pecados”, de camino al lugar donde ni un solo rayo de esperanza jamás puede penetrar, en la terrible lóbreguez de una miseria eterna.

¿De qué sirve un sistema religioso o un credo teológico a un hombre que no tiene nada de la vida divina? Los sistemas y los credos no pueden avivar, salvar ni dar vida eterna. Una persona puede trabajar en una maquinaria religiosa como caballo en un molino, dando vueltas y más vueltas, de principio a fin del año, y terminar igual que cuando empezó, en una monotonía sombría de obras muertas. ¿Qué valor tiene todo eso? ¿Adónde va a parar? ¡A la muerte! Sí, y después, ¡ah! Esa es la cuestión. ¡Ojalá se percibiesen mejor el peso y la seriedad de esta cuestión! Más aún, el cristianismo mismo, en toda su luz cenital, puede ser adoptado como un sistema de creencia religiosa. Una persona puede deleitarse intelectualmente –casi extasiarse– en las doctrinas gloriosas de la gracia: un Evangelio completo y libre, una salvación sin obras, justificación mediante la fe; puede profesar que cree y se deleita en todo aquello en que consiste nuestro glorioso cristianismo del Nuevo Testamento. Incluso es capaz de llegar a ser un poderoso escritor en defensa de la doctrina cristiana, un predicador fervoroso y elocuente del Evangelio. Con todo, esa persona puede no estar convertida, puede permanecer muerta en sus delitos y pecados, endurecida, engañada y destruida por su misma familiaridad con las preciosas verdades del Evangelio, verdades que jamás han pasado de la zona de su intelecto, que nunca han alcanzado su conciencia, que no le han tocado el corazón ni convertido el alma. Este es uno de los casos más espantosos. Nada puede ser más terrible que el caso de un hombre que profesa creer el Evangelio y deleitarse en él, que incluso predica el Evangelio de Dios y enseña las grandes verdades que caracterizan el cristianismo, y que, no obstante, no ha sido convertido, no ha sido salvo y sigue el camino que conduce hacia una eternidad de indecible miseria, una miseria que ha de cobrar su mayor intensidad al solo recuerdo de haber profesado creer y haber predicado las más gloriosas buenas nuevas que jamás hayan llegado a oídos mortales. ¡Oh, quien quiera que sea usted y en lo que se ocupe, le rogamus que fije su atención en estas cosas! No descanse ni un solo momento hasta asegurarse una conversión a Dios, genuina e inequívoca.

La conversión, ¿qué es?

Después de considerar la absoluta necesidad de la conversión y de ver, en alguna medida, *lo que no es*, tenemos que inquirir ahora *qué es*. Y, en esto, hemos de ceñirnos estrictamente a las infalibles enseñanzas de la Sagrada Escritura. No podemos aceptar nada menos ni cosa diferente de lo que muestra la Biblia. Es de temer que muchísimo de lo que hoy pasa por ser conversión, no lo es en realidad. Se publican y se habla comúnmente de muchos casos de personas que supuestamente se han convertido, pero que no resisten la prueba de la Palabra de Dios. Profesan ser convertidos, y se los acredita como tales, pero demuestran ser meramente oyentes de terreno pedregoso. No hay una profunda obra espiritual en el corazón, no hay una verdadera obra de la verdad de Dios en la conciencia, no hay un completo rompimiento con el mundo. Es posible que se hayan despertado algunos sentimientos por influencia humana, y que cierta simpatía por el Evangelio se haya apoderado de la mente; pero el *yo* está sin juzgar; se apega todavía a la tierra y a la naturaleza. Falta aquel hondo fervor y la realidad genuina que caracteriza de modo tan notable las conversiones registradas en el Nuevo Testamento, a las que debemos acudir siempre para comprobar si la conversión es obra de Dios. No nos proponemos pasar revista a todos esos casos superficiales; nos referimos a ellos solamente con el fin de que todos los que están ocupados en la obra bendita de la evangelización lleguen a ponderar este tema a la luz de la Santa Escritura y vean hasta qué punto su forma de trabajo necesita alguna santa corrección. Quizás haya demasiado porcentaje de mero elemento humano en nuestra obra y no dejamos que el Espíritu de Dios actúe. Somos deficientes en la fe, en el poder y la eficacia de la simple obra de Cristo. Quizás haya demasiado esfuerzo por despertar los sentimientos, mucho énfasis en lo emocional y lo sensacional. Quizá también, en nuestro deseo por alcanzar resultados –deseo que por sí solo puede ser bueno– estamos demasiado prestos a anunciar por ciertos, casos de conversión que, lamentablemente, son solo efímeros.

Todo esto demanda la más seria atención de nuestra parte. Es de suma importancia que permitamos que el Espíritu Santo obre y ponga de manifiesto –como seguramente lo hará– los frutos de Su obra. Todo lo que él haga, será bien hecho, y hablará por sí solo a su debido tiempo. No necesitamos publicar ni proclamar por todos lados la conversión de personas a través de nosotros. Todos los casos de conversión divinamente reales, se manifestarán por sí solos, para alabanza de Aquel que es digno de toda alabanza. Entonces el obrero tendrá su profundo y santo gozo. Verá los resultados de su trabajo, y cuando piense en ellos, lo hará rindiendo homenaje y adoración a los pies de su Señor: el único lugar seguro y feliz donde pensar en ellos. ¿Va a rebajar esto nuestro fervor? ¡Todo lo contrario! Lo intensificará inmensamente. Adquiriremos mayor vehemencia pa-

ra suplicar a Dios en secreto, y para exhortar a nuestros semejantes en público. Sentiremos con mayor hondura la seriedad divina de la obra y nuestra total insuficiencia. Abrigaremos siempre la sana convicción de que la obra, de principio a fin, debe ser de Dios. Esto nos guardará en el lugar que nos corresponde: el de la absoluta dependencia de Dios como vasos vacíos, teniendo siempre en cuenta que todas las obras hechas en la tierra, son obra de Sus manos. Pasaremos más tiempo inclinados ante el trono de la gracia, tanto en nuestro aposento privado como en la asamblea; y cuando aparezcan las doradas mieses y los dulces racimos, y lleguen casos genuinos de conversión –casos que hablan por sí mismos y presentan sus credenciales a todos los que saben discernir– entonces nuestro corazón se llenará de alabanza al Dios de toda gracia que ha engrandecido el nombre de su Hijo Jesucristo salvando almas preciosas.

¡Cuánto mejor es esto que tener nuestro pobre corazón hinchado de orgullo y satisfacción personal al pasar lista a nuestros casos de conversión! ¡Cuán mejor, más seguro y dichoso es inclinarse en adoración ante el trono, que ver nuestros nombres proclamados hasta los confines de la tierra como grandes predicadores y evangelistas admirables! No hay comparación, a juicio de una persona verdaderamente espiritual. Se percibirá la dignidad, la realidad y la seriedad de la obra; se promoverá la felicidad, la seguridad moral y la verdadera utilidad del obrero; se asegurará y mantendrá la gloria de Dios.

Veamos cómo se ejemplifica todo esto en 1 Tesalonicenses 1:1-5: “Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra *fe*, del trabajo de vuestro *amor* y de vuestra constancia en la *esperanza* [los tres grandes elementos del verdadero cristianismo] en nuestro Señor Jesucristo. Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección”. ¿Cómo la conocían? Por la clara e incuestionable evidencia que proporcionaba su conducta, el único modo de conocer la elección de una persona. “Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en *poder*, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, *como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros*”.

El bienaventurado apóstol era, en su vida diaria, el exponente del Evangelio que predicaba. *Vivía* el Evangelio. No les pedía ni exigía nada de los tesalonicenses. No era una carga para ellos. Les predicaba gratuitamente el precioso Evangelio de Dios y, para poder hacerlo, trabajaba fatigosamente día y noche. Era como una nodriza amorosa y tierna, entrando y saliendo entre ellos. No

tenía palabras ostentosas acerca de sí mismo, de su profesión, autoridad, dones, predicación o de sus maravillosas actividades en otros lugares. Era el obrero lleno de amor, humilde, sin pretensiones, ferviente y dedicado, cuya obra hablaba por sí misma. Su vida entera, su espíritu, su estilo, su porte y sus hábitos estaban en estupenda armonía con su predicación.

¡Cuánto necesitan meditar estas cosas todos los obreros! Podemos estar seguros de que gran parte de la superficialidad en la obra es el fruto de la superficialidad del obrero. ¿Dónde está el poder? ¿Dónde la demostración del Espíritu? ¿Dónde la “plena certidumbre”? (1 Tesalonicenses 1:5). ¿No hay en nuestra predicación una terrible carencia de estas cosas? Puede que haya gran fluidez retórica, considerable talento, y mucho de lo que agrada al oído, excita la imaginación, despierta un interés temporal y satisface la mera curiosidad; pero, ¿dónde está la unción sagrada, el vivo interés, la seriedad profunda? Y luego, la demostración viva en la vida diaria y en los hábitos, ¿dónde está? ¡Quiera el Señor reavivar su obra en el corazón de sus obreros para que se vean mejores resultados de ella!

¿Intentamos enseñar que la obra de la conversión depende del obrero? ¡Lejos esté de nosotros! La obra depende entera y absolutamente del poder del Espíritu Santo, como lo prueba de modo indiscutible 1 Tesalonicenses 1. En cada sección y en cada etapa de la obra, siempre ha de tener vigencia aquello:

“ No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová
(Zacarías 4:6).

Pero, ¿qué clase de instrumento usa ordinariamente el Espíritu? ¿No es esta una pregunta de mucho peso para los obreros? ¿Qué clase de vasos son útiles al Señor? (2 Timoteo 2:21). Vasos vacíos –aquellos que no están llenos de sí mismos– y limpios. ¿Somos así? ¿Estamos vacíos de nosotros mismos? ¿Estamos curados de nuestra deplorable ocupación con nosotros mismos? ¿Estamos limpios? ¿Tenemos limpias las manos? ¿Son limpias nuestras asociaciones, nuestros caminos, nuestras circunstancias? Si no, ¿cómo puede usarnos el Señor en su santo servicio? ¡Ojalá recibamos gracia para sopesar estas preguntas en la presencia de Dios! ¡Quiera el Señor avivarnos y hacernos más y más como vasos que él pueda usar para su gloria!

Seguiremos ahora con la cita de nuestra porción. Todo el pasaje está lleno de poder. El carácter del obrero por una parte, y el de la obra por la otra, exigen nuestra más seria atención. “Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo, de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de

Macedonia y de Acaya que han creído. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no solo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis” (1 Tesalonicenses 1:6-9).

Este era un verdadero trabajo. Llevaba consigo sus propias credenciales. No había en él nada vago o poco satisfactorio, no había por qué guardar ninguna reserva en formar o expresar un juicio respecto a él. Era claro, inequívoco. Llevaba impreso el sello de la propia mano del Maestro y generaba convicción en toda mente capaz de sopesar la evidencia. Se había operado la obra de la conversión, y sus frutos se manifestaban con profusión deleitosa. El testimonio se divulgó a los cuatro vientos, de forma que el obrero no tenía necesidad de hablar de su obra. No le hacía falta hacer cuentas y publicar el número de conversiones ocurridas en Tesalónica. Todo era divinamente real, plena obra del Espíritu de Dios, respecto a la cual no cabía la menor equivocación y sobre la cual era superfluo hablar.

El apóstol se había limitado sencillamente a predicar la Palabra en el poder del Espíritu Santo, en plena certidumbre. No había nada dudoso respecto a su testimonio. Había predicado como quien creía y vivía plenamente lo que predicaba. No era una mera declaración de ciertas verdades sabidas y reconocidas, ni la afirmación seca y metódica de unos dogmas estériles. No, era la viva efusión del glorioso Evangelio de Dios, que salía de un corazón que vibraba hondamente en cada palabra y caía en corazones preparados por el Espíritu de Dios para recibirlo. Tal fue la obra en Tesalónica, una obra bendecida por Dios, auténtica, el fruto genuino del Espíritu de Dios. No fue una simple excitación religiosa, ninguna cosa sensacional; tampoco hubo el afán de convencer con métodos altamente persuasivos ni ningún intento por «obtener un reavivamiento». Todo se llevó a cabo en hermosa calma. Los obreros, como se nos dice en Hechos 17:1-3, “llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo”. ¡Preciosa y poderosa discusión! ¡Ojalá hubiera más de ellas a nuestro alrededor!

¡Qué sencillo! ¡Anunciaba a Jesús basado en las Escrituras! Sí, ahí estaba el gran secreto de la predicación de Pablo. Predicaba acerca de una Persona viva, con poder vivo, respaldado por la autoridad de una Palabra viva; esta predicación era recibida con fe viva y producía frutos vivos

en la vida de los convertidos. Esta es la predicación que Dios ha ordenado y que emplea. No se trata de sermonear ni dar pláticas religiosas; es la predicación de Cristo por el Espíritu Santo, el cual habla a través de hombres que están bajo el poder de lo que predicán.

Definición de la palabra conversión

Los dos últimos versículos de nuestro capítulo (1 Tesalonicenses 1:9-10) demandan una atención muy especial. Ofrecen una notable declaración de la verdadera naturaleza de la conversión. Muestran con gran exactitud la profundidad, claridad, plenitud y realidad de la obra del Espíritu de Dios en los convertidos de Tesalónica. No había en ello motivo de equivocación. No era una obra incierta: tenía consigo sus propias credenciales. No requería un examen cuidadoso antes de poder darle crédito. Era una obra manifiesta e inequívoca de Dios, cuyos frutos eran evidentes para todos. “Ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo *os convertisteis de los ídolos a Dios*, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera”. Aquí, pues, tenemos una definición divina de conversión, breve, pero completa. Es un volverse *de*, y un volverse *a*. Se volvieron de los ídolos. Rompieron completamente con el pasado, dando la espalda, de una vez por todas, a su vida y a sus hábitos anteriores; un completo renunciamiento a todo aquello que había sido la norma de su corazón y el impulso de sus energías.

Aquellos amados tesalonicenses fueron conducidos a juzgar, a la luz de la verdad divina, todo el curso anterior de su vida; y no solo a juzgarlo, sino también a abandonarlo sin reservas. No fue una obra hecha a medias. Nada era vago ni había lugar para el equívoco. Hubo una época bien marcada en su historia, un punto decisivo en su carrera moral y práctica. No se trataba solamente de un cambio de opinión, de la recepción de una nueva serie de principios o de alguna variación de sus puntos de vista intelectuales. Fue mucho más que cualquiera de esas cosas y más que todas ellas juntas. Era el descubrimiento solemne de que toda su vida pasada había sido una mentira grande, tenebrosa, monstruosa. Una luz divina se había abierto paso a través de sus almas, y en el poder de esa luz se habían juzgado a sí mismos y a su pasado. Se apartaron, pues, totalmente de aquel mundo que había gobernado los afectos de su corazón, y no iban a retener ni una pizca de él. ¿Y cuál fue la causa que produjo este maravilloso cambio? Simplemente, la Palabra de Dios introducida en sus almas por el inmenso poder del Espíritu Santo. Hemos hecho referencia al inspirado relato de la visita del apóstol a Tesalónica. Se nos dice que

discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras
“ ras
(Hechos 17:2-3).

Procuró ponerlos en contacto directo con la Palabra viva y eterna de Dios. No hizo ningún esfuerzo por actuar sobre sus sentimientos ni sobre su imaginación. El bienaventurado obrero, no solo no confiaba en ello, sino que juzgaba que nada de eso tenía absolutamente ningún valor. Su confianza estaba en la Palabra y en el Espíritu de Dios. Es precisamente lo que les aseguraba a los tesalonicenses en los más conmovedores términos: “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis *no como palabra de hombres*, sino según es en verdad, *la palabra de Dios*, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 2:13).

Este es el punto que podemos llamar vital y cardinal. La Palabra de Dios –y ella solamente– en la mano poderosa del Espíritu Santo, produjo esos resultados grandiosos en los tesalonicenses; y esto llenó de sincero agradecimiento a Dios el corazón del amado apóstol. Se regocijó de que no se vincularan a él, sino al mismo Dios viviente, por medio de su Palabra. Este es un vínculo imperecedero, así como la Palabra que lo formó. La palabra del hombre es tan efímera como él mismo; pero la Palabra de Dios permanece para siempre. El apóstol, cual verdadero obrero, entendía y sentía todo esto; de ahí sus santos celos en su ministerio para que las almas a las que predicaba no se apoyasen en él, sino en Aquel de quien Pablo era su mensajero y ministro.

Oigamos lo que dice a los corintios: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros *el testimonio de Dios*, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino *con demostración del Espíritu* y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino *en el poder de Dios*” (1 Corintios 2:1-5). Aquí tenemos un verdadero ministerio: “el testimonio de Dios” y “la demostración del Espíritu”, la Palabra y el Espíritu Santo. Sea influjo meramente humano, el poder humano o los resultados producidos por la sabiduría o la energía humanas, todo carece de valor; hasta hace daño. El obrero que actúa de esta manera se engríe con los manifiestos resultados de su obra tan bien orquestada y divulgada, mientras que las pobres almas, sobre las que actúa esta falsa influencia, son engañadas y conducidas a una posición y a una profesión enteramente falsa. En una palabra, todo es sumamente desastroso.

No ocurre así cuando la Palabra de Dios llega al corazón y a la conciencia con todo su inmenso poder moral y la energía del Espíritu Santo. Allí vemos resultados divinos, como en el caso de los tesalonicenses. Entonces se hace evidente, fuera de toda duda, quién es el obrero. No es Pablo, ni Apolos, ni Cefas, sino Dios mismo, cuya obra se acredita a sí misma y permanece para siempre. ¡Todo homenaje sea a Su santo nombre! El apóstol no necesitaba hacer ninguna estadística ni publicar los resultados de su obra en Tesalónica (en realidad, la obra de Dios por medio de él). Ella hablaba por sí sola. Era auténtica. Llevaba inequívocamente el sello de Dios y eso le bastaba al apóstol, como le basta a todo obrero de corazón sincero y despojado de sí mismo. Pablo predicó la Palabra, y esa Palabra llegó, en la avivadora energía del Espíritu Santo, al corazón de los tesalonicenses. Cayó en buena tierra, echó raíces y produjo fruto en abundancia.

Y notemos el fruto: “*Os convertisteis de los ídolos*” (1 Tesalonicenses 1:9). En ese solo vocablo: “*ídolos*” está envuelta y presentada a nuestros ojos la vida entera de toda persona inconversa, hombre, mujer, o niño, sobre la faz de la tierra. Para ser idólatra no es necesario inclinarse ante una figura de madera, piedra u otro material. Cualquier cosa que se enseñorea del corazón es un ídolo; el apego del corazón a esa cosa es idolatría, y el que se comporta así es un idólatra. Tal es la verdad llana y solemne en esta materia, por muy desagradable que pueda ser al orgulloso corazón humano. Pongamos por ejemplo el gran pecado, tan sonado y universal, de la «codicia». ¿Cómo lo llama el inspirado apóstol? Lo llama «idolatría» (véase Colosenses 3:5). ¡Cuántos corazones son gobernados por el dinero! ¡Cuántos adoradores se inclinan ante el ídolo del oro! ¿Qué es la codicia? El deseo de tener más y el amor a los bienes materiales que poseemos. Tenemos ambas cosas en el Nuevo Testamento, representadas en el griego por la misma palabra. Ya sea el afán de adquirir o de atesorar, en ambos casos es idolatría.

Con todo, esas dos actitudes pueden ser muy diferentes en su proceso exterior. La primera, esto es, el afán de tener más, puede hallarse a menudo junto a una inclinación a gastar; la segunda, por el contrario, está generalmente vinculada a un intenso anhelo de acumular. Tenemos, por ejemplo, un hombre de gran capacidad para los negocios en cuyas manos todo parece prosperar. Se deleita en ello, tiene una sed insaciable de hacer dinero. Su único objetivo es poseer más, acumular millones y más millones, fortalecer su base comercial y ensanchar su esfera de actividad. Vive, prospera y se goza en la atmósfera comercial. Comenzó su carrera con unos pocos centavos en el bolsillo y ha ascendido a la orgullosa posición de un príncipe de las finanzas. No es un

tacaño. Está tan inclinado a repartir como a obtener. Se comporta suntuosamente, hace gala de una hospitalidad espléndida y ofrece grandes donaciones a una multitud de causas públicas. Es admirado y respetado por todas las clases sociales.

Pero le gusta alcanzar más y más. Es codicioso, idólatra. Es cierto que desprecia al tacaño que pasa todas las noches sobre sus bolsas de dinero, deleitando su corazón y agasajando sus ojos con la mera visión del fascinante metal; y que hasta se priva él mismo y a su familia de algunas necesidades básicas de la vida, andando en harapos y viviendo miserablemente, antes que gastar siquiera un centavo de su tanpreciado tesoro. Ama el dinero por el dinero mismo, ni siquiera por lo que este pueda proporcionarle. Quiere ganar, no para gastar, sino para atesorar; su principal deseo es morir en posesión de la mayor cantidad posible de tan miserable polvo: ¡extraño y despreciable deseo! Pues bien, estos dos parecen muy diferentes, pero coinciden en un punto; la posición de ambos es la misma: pues ambos son codiciosos, idólatras. Esto puede sonar duro y severo, pero es la verdad de Dios y hemos de inclinarnos ante su santa autoridad. Es muy cierto que nada parece tan difícil de despertar la conciencia como la codicia, ese pecado que el Espíritu Santo define como idolatría. Quizá sean miles los que, viéndolo en el caso del pobre y degradado tacaño, se extrañarían de verlo aplicado al príncipe financiero.

Una cosa es verlo en otros, y algo muy diferente es juzgarlo en nosotros mismos. El hecho es que nada puede capacitarnos para detectar el odioso pecado de avaricia, sino la luz de la Palabra de Dios brillando en el alma y penetrando en todos los aposentos de nuestro ser moral. Ir tras la ganancia, el deseo de tener más, el espíritu mercantil, la habilidad para hacer dinero, el deseo de prosperar, todo eso es tenido por tan “sublime” entre los hombres, que muy pocos están dispuestos a considerar que “delante de Dios es abominación” (Lucas 16:15). El corazón natural está moldeado por los pensamientos de los hombres. Ama, adora y rinde culto a los objetos que halla en este mundo; y cada corazón tiene su ídolo: uno adora el oro; otro, el placer; otro, el poder. Todo inconverso es un idólatra; y ni siquiera los convertidos están fuera del alcance de ese influjo, como es evidente por la nota de admonición del apóstol:

Hijitos, guardaos de los ídolos

“ (1 Juan 5:21).

Querido lector, permítanos hacerle una pregunta lisa y llana antes de seguir adelante: ¿Es usted convertido? ¿Profesa serlo? ¿Está seguro de ser cristiano? Si es así, ¿se ha vuelto usted de los ídolos? ¿Ha roto definitivamente con el mundo y con su antiguo «yo»? ¿Ha entrado en su corazón la

Palabra de Dios y le ha conducido a juzgar toda su vida pasada, haya sido de ocio e insensatez, de entera ocupación en hacer dinero, de vicio y maldad abominables o de mera rutina religiosa, una religión sin Cristo, sin fe, sin valor? Dígalo sinceramente. Piénselo con toda seriedad. No podemos ocultar el hecho de que somos tristemente conscientes de la falta de verdadera decisión entre nosotros. No nos hemos “vuelto de los ídolos” con un énfasis suficientemente rotundo. Quedan todavía hábitos inveterados; los anteriores deseos y objetos gobiernan aún el corazón. El temple, el estilo de vida, el espíritu y el comportamiento no expresan conversión. Somos demasiado semejantes a nuestro «yo» anterior, triste es decirlo, muy parecidos a la gente abiertamente mundana que nos rodea.

Todo esto es realmente terrible. Creemos que es un gran obstáculo para el progreso del Evangelio y la salvación de las almas. El testimonio cae sin fuerza en los oídos de los que nos escuchan, porque parece como si nosotros mismos no creyésemos realmente lo que estamos profesando. El apóstol no podría decirnos lo que dijo a sus amados tesalonicenses convertidos: “Partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor... de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada” (1 Tesalonicenses 1:8). Hay en nuestra conversión falta de hondura, poder y el cambio no es suficientemente manifiesto. Incluso donde hay obra, ella está teñida de una mediocridad, de una debilidad e incertidumbre que son deplorables y desanimadoras.

¿Qué nos otorga la conversión?

Consideraremos ahora lo que podríamos llamar el lado positivo del gran tema de la conversión. Hemos visto que consiste en volverse *delos* ídolos, es decir, de todos aquellos objetos que gobernaban nuestro corazón y ocupaban nuestros afectos: las vanidades e insensateces, los deseos y placeres que formaban parte de toda nuestra existencia en los días de nuestra oscuridad y ceguera. Es, como leemos en Hechos 26:18, convertirse *de* las tinieblas y de la potestad de Satanás a Dios; y, como leemos en Gálatas 1:4, ser librados *del* presente siglo malo.

Pero la conversión es mucho más aún que todo esto. En cierto sentido, sería muy poca cosa volverse del pecado, del mundo y de Satanás. No hay duda de que es una señal de infinita gracia el hecho de ser librado de toda la miseria y degradación moral de nuestra vida pasada, de la terrible esclavitud del dios y príncipe de este mundo, de toda la vanidad de un mundo que yace en brazos del maligno, y del amor y la práctica del pecado, los viles afectos que antaño se enseñoreaban de nosotros. No hay palabras para expresar la gratitud por todo lo que se incluye en este lado del tema.

Sin embargo, lo repetimos, hay muchísimo más que esto. Puede ser que el corazón se sienta inclinado a preguntar: «¿Qué he conseguido en lugar de todo lo que he abandonado? ¿Es el cristianismo solo un sistema de negaciones? Si he roto con el mundo y con el *yo*, si he abandonado mis antiguos placeres y pasatiempos, si, en una palabra, he dado la espalda a todo aquello que forma la vida de este mundo, ¿qué tengo a cambio?». 1 Tesalonicenses 1:9 nos da una respuesta clara y amplia a todas esas preguntas: “Os convertisteis de los ídolos a *Dios*”. ¡Preciosa respuesta! Sí, inefablemente preciosa para todos los que saben algo de su significado. ¿Qué he obtenido en lugar de mis ídolos? ¡A Dios! ¿En lugar de los placeres vanos y pecaminosos de este mundo? ¡A Dios! ¿En lugar de sus riquezas, honores y distinciones? ¡A Dios! ¡Oh, qué Sustituto tan bendito, glorioso y perfecto! ¿Qué obtuvo el hijo pródigo en lugar de los harapos de “la provincia apartada”? ¡El mejor vestido en la casa del Padre! ¿Y en lugar de las algarrobas de los cerdos? ¡El becerro gordo de la provisión del Padre! ¿En lugar de la esclavitud degradante en la provincia apartada? ¡La acogida del Padre, su corazón y su mesa!

Lector, ¿no es este un cambio feliz? ¿No tenemos en la historia del hijo pródigo la ilustración más conmovedora e impresionante de una verdadera conversión en sus dos aspectos? ¿No podemos exclamar, cuando contemplamos aquel cuadro inimitable: «¡Qué conversión! ¡Qué volverse de y volverse a!»? ¿Qué lengua humana puede expresar los sentimientos del arrepentido vagabundo al ser estrechado en los brazos de su padre y bañado en la luz y el amor de la casa paterna? Los harapos, las algarrobas, los cerdos, la esclavitud, el frío egoísmo, la privación, el hambre, la miseria y la degradación moral, todo se acabó para siempre. En lugar de ello obtuvo las inefables delicias de aquel hogar resplandeciente y feliz, y, sobre todo, el exquisito sentimiento de que aquel gozo festivo que le rodeaba había sido suscitado por su regreso.

Quizá se nos diga que esto no es más que una figura. Sí, pero ¿de qué? Es una figura de una realidad preciosa, divina; una figura de lo que ocurre en cada caso de verdadera conversión, con solo mirarlo desde un punto de vista celestial. No es solamente el abandono del mundo, con sus mil y una vanidades e insensateces; lo es, sin duda, pero es muchísimo más. Es ser traído a Dios, *al hogar*, traído al pecho del Padre, introducido en la familia, hecho hijo de Dios, miembro de Cristo y heredero del reino, no con las palabras de un formulario estéril, sino con el poder del Espíritu y por la poderosa acción de la Palabra. Esto, y nada menos que esto, es la conversión. No nos conformemos con algo inferior a esta grandiosa realidad, esta vuelta de las tinieblas a la luz, del poder de Satanás y de la adoración de los ídolos a Dios. En cierto sentido, el cristiano ha sido llevado tan cerca de Dios como si estuviese de hecho en el cielo. Quizá parezca demasiado pre-

tensioso, pero es una dichosa verdad. Oigamos lo que dice el apóstol Pedro: “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a” ¿qué? ¿Al cielo cuando morimos? No, sino “para llevarnos a Dios” *ahora* (1 Pedro 3:18). También leemos en Romanos 5:10-11: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no solo esto, sino que también nos *gloriamos en Dios* por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido *ahora* la reconciliación”. Este es un principio inmenso. No está al alcance del lenguaje humano expresar todo lo que implica ser “vuelos” o “llevados a Dios”. Nuestro adorable Señor Jesucristo lleva a la presencia de Dios a todos los que creen en su nombre, en virtud de Su perfecta aceptación; con todo el crédito, la virtud y el valor de su sangre, y con toda la fragancia de su excelentísimo nombre. Nos lleva a la mismísima posición que él ocupa. Nos vincula a él mismo compartiendo con nosotros todo lo que tiene y lo que es, excepto su Deidad, la cual es incomunicable. Estamos perfectamente identificados con él.

“Todavía un poco –dice– y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, *vosotros también viviréis*” (Juan 14:19). De nuevo:

“ La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo (Juan 14:27).

“Estas cosas os he hablado, *para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido*” (Juan 15:11). “Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque *todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer*” (Juan 15:15). También leemos en aquella admirable oración en el capítulo 17 de Juan, versículos 8-10, 14, 18, 22-26: “Las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos”. “Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque *no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*”. “Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo”. “La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, *y que los has amado a ellos como también a mí me has amado*. Padre, *aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo*, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has ama-

do desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, *para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos*".

Es imposible concebir algo más elevado o más bienaventurado. Estar identificado enteramente con el Hijo de Dios, ser una sola cosa con él hasta el punto de compartir el mismo amor con que el Padre le ama, su paz, su gozo, su gloria: todo esto supone la medida y la calidad de bendición más alta posible con que una criatura pueda ser dotada. Ser librado de los sempiternos horrores del infierno; ser perdonado, lavado y justificado; restituido y reintegrado en todo lo que Adán poseía y perdió; tener un lugar preparado en el cielo por cualquier motivo o en el carácter que fuere, ya sería una gracia, una bondad y una misericordia admirables. Pero ser llevados a Dios en todo el amor y favor de su amado Hijo, estar íntimamente asociados a él en su posición delante de Dios –su aceptabilidad ahora, y su gloria luego– es verdaderamente algo que solo el corazón de Dios podía concebir y su poder llevar a cabo. Todo esto está implicado en la conversión de la que venimos hablando. Tal es la maravillosa gracia de Dios, tal es el amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, siendo enemigos en nuestra mente, haciendo malas obras, siendo esclavos de concupiscencias y deleites diversos, adorando ídolos, siendo esclavos ciegos y degenerados del pecado y de Satanás, hijos de ira marchando directamente al infierno.

Y lo mejor de todo ello es que, al introducirnos en ese lugar de bendición, amor y gloria inconcebibles, el nombre de Dios es glorificado y su corazón gratificado. Su corazón no estaría satisfecho si nos otorgase un lugar más bajo que el de su propio Hijo. Bien pudo exclamar el inspirado apóstol, a la vista de toda esta estupenda gracia: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, *para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado*, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia" (Efesios 1:3-7).

¡Qué amor profundo, qué plenitud de bendición, tenemos aquí! El propósito de Dios es glorificarse a sí mismo, a lo largo de los siglos, en sus caminos para con nosotros. Va a desplegar, a la vista de toda inteligencia creada, las

riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús
“ (Efesios 2:7).

Nuestro perdón, nuestra justificación, liberación perfecta y aceptación –todas las bendiciones que nos han sido otorgadas en Cristo– son para la manifestación de la gloria divina a lo largo y ancho del vasto universo para siempre. Tenernos en una posición inferior a la de su muy amado y unigénito Hijo no satisfaría las exigencias de la gloria de Dios ni los afectos de su corazón. Todo esto parece demasiado maravilloso para ser verdadero. Pero es digno de Dios, y es su voluntad comportarse así con nosotros. Esto nos basta. Para nosotros, seguramente, es demasiado bueno recibirlo, pero no es demasiado bueno para Dios darlo. Se comporta con nosotros de acuerdo con el amor de su corazón, y sobre la base del valor de Cristo. El hijo pródigo pidió que fuese hecho como uno de los jornaleros, pero eso no podía ser. No era conforme al corazón del Padre tenerlo en su casa como jornalero. Tenía que ser como hijo y nada más. Si fuese cuestión de méritos, no mereceríamos el puesto de jornalero más que el de hijo. Pero, bendito sea Dios, de ningún modo obra él de acuerdo con nuestros méritos, sino según el amor infinito de Su corazón y para gloria de su santo nombre.

Esto es, pues, la conversión. Así somos *llevados a Dios*. No solo nos volvemos de nuestros ídolos, cualesquiera sean, sino que somos realmente introducidos en la presencia misma de Dios, para hallar nuestras delicias en él, gozarnos en él, caminar con él, hallar en él una fuente inagotable de recursos y una respuesta perfecta a todas nuestras necesidades, de forma que nuestra alma sea satisfecha eternamente. ¿Nos volveremos a los ídolos? ¡Nunca! ¿Sentiremos atracción por las cosas que hemos dejado atrás? No, si de corazón hacemos realidad nuestro lugar y nuestra porción en Cristo. ¿Anhelaba el hijo pródigo las algarrobas y los cerdos cuando estaba en los brazos de su padre, vestido en su casa sentado a su mesa? No lo creemos. No podemos imaginarlo suspirando por la provincia apartada, una vez que se halló dentro del círculo sagrado de aquel esplendoroso y feliz hogar de amor.

Hablamos conforme al criterio divino. Muchos profesan haberse convertido y, si bien parecen firmes por algún tiempo, tristemente pronto comienzan a enfriarse, se cansan y se vuelven insatisfechos. La obra no era auténtica. No se habían vuelto verdaderamente a Dios. Quizás habían abandonado a los ídolos por algún tiempo, pero nunca llegaron hasta Dios mismo. Nunca hallaron en él una porción que pudiese satisfacer su corazón; jamás conocieron el verdadero significado de una comunión con él, ni disfrutaron de la plena satisfacción y reposo en Cristo. De ahí que, al transcurrir el tiempo, el pobre corazón comenzó de nuevo a añorar el mundo, se volvie-

ron atrás y se hundieron en sus locuras y vanidades con mayor avidez aún. Tales casos son muy tristes y decepcionantes. Infieren gran oprobio a la causa de Cristo, y son usados como pretexto por el enemigo y como piedra de tropiezo para las almas ansiosas de la verdad. El alma verdaderamente convertida no es la que solo se ha vuelto de este presente mundo malo, con todas sus promesas y pretensiones, sino la que ha sido llevada por el ministerio precioso del Espíritu Santo a encontrar en el Dios vivo y en su Hijo Jesucristo todo lo que necesite para el presente y para la eternidad. Esa persona ha terminado definitivamente con el mundo, ha roto con él para siempre. Abiertos los ojos, lo ha juzgado todo a la luz de la presencia de Dios y lo ha medido con la medida de la cruz de Cristo. Ha pesado las cosas en la balanza del santuario y ha vuelto la espalda al mundo para siempre, hallando un objeto absorbente y dominante en la bendita persona de Aquel que fue clavado en el madero maldito, a fin de librarle, no solo de las llamas eternas sino también de este presente siglo malo.

En el Dios vivo están todos los recursos

Cuanto más nos fijamos en 1 Tesalonicenses 1:9, más resalta su profundidad, su plenitud y su poder maravilloso. Es semejante a penetrar con pico y pala en una mina inagotable. Nos hemos detenido por unos momentos en aquella cláusula tan fructífera y sugestiva: “*Os volvisteis a Dios desde los ídolos*” (NT interlineal griego-español). ¡Cuánto hay envuelto ahí! ¿Entendemos realmente su fuerza y plenitud? Es maravilloso ser conducido a Dios –conocerle como nuestro recurso en nuestras necesidades y debilidades, como manantial de todo gozo, como nuestra fuerza, defensa, Guía y Consejero, nuestro todo en todo–, estar vinculado absoluta y completamente a él, enteramente dependiente de él.

Querido lector, ¿conoce usted en su propia alma la profunda bendición de todo esto? Si usted es hijo de Dios, una persona realmente convertida, entonces es su feliz privilegio gozar de estas bendiciones. Si usted «se ha vuelto a Dios», ¿para qué lo ha hecho sino para hallar en él todo lo que su alma necesite para hoy y para la eternidad? Ninguna cosa puede satisfacer el corazón humano sino solo Dios. No está dentro del alcance de la tierra satisfacer los anhelos del corazón. Si tuviésemos todas las riquezas del universo, y todo lo que ellas pueden suministrar, el corazón desearía todavía más; habría aún en él un vacío doloroso que nada bajo el sol podría llenar.

Fijémonos en la historia de Salomón. Oigámosle narrar su propia experiencia (Eclesiastés 1:12-18; 2:1-11): “Yo el Predicador fui rey sobre Israel en Jerusalén. Y di mi corazón a inquirir y a buscar con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del cielo; este penoso trabajo dio Dios a

los hijos de los hombres, para que se ocupen en él. Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu. Lo torcido no se puede enderezar, y lo incompleto no puede contarse. Hablé yo en mi corazón, diciendo: He aquí yo me he engrandecido, y he crecido en sabiduría sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; y mi corazón ha percibido mucha sabiduría y ciencia. Y dediqué mi corazón a conocer la sabiduría, y también a entender las locuras y los desvaríos; conocí que aun esto era aflicción de espíritu. Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor. Dije yo en mi corazón: Ven ahora, te probaré con alegría, y gozarás de bienes. Mas he aquí esto también era vanidad. A la risa dije: Enloqueces; y al placer: ¿De qué sirve esto? Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necedad, hasta ver cuál fuese el bien de los hijos de los hombres, en el cual se ocuparan debajo del cielo todos los días de su vida. Engrandecí mis obras, edificué para mí casas, planté para mí viñas; me hice huertos y jardines, y planté en ellos árboles de todo fruto. Me hice estanques de aguas, para regar de ellos el bosque donde crecían los árboles. Compré siervos y siervas, y tuve siervos nacidos en casa; también tuve posesión grande de vacas y de ovejas, más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. Me amontoné también plata y oro, y tesoros preciados de reyes y de provincias; me hice de cantores y cantoras, de los deleites de los hijos de los hombres, y de toda clase de instrumentos de música. Y fui engrandecido y aumentado más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; a más de esto, conservé conmigo mi sabiduría. No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo; y esta fue mi parte de toda mi faena. Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, *todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol*”.

Tal es el marchito comentario sobre los recursos de la tierra, según los presenta la pluma de quien tuvo todo lo que la tierra puede ofrecer, a quien le fue permitido apurar hasta la última gota toda copa de placer humano y terrenal. ¿Y en qué terminó todo? En “vanidad y aflicción de espíritu” (cap. 2:11, 26).

“ Todas las cosas son fatigosas más de lo que el hombre puede expresar; nunca se sacia el ojo de ver, ni el oído de oír (cap. 1:8).

El pobre corazón humano jamás puede satisfacerse con los recursos de la tierra. Los manantiales humanos no logran apagar la sed del alma inmortal. Las cosas materiales no pueden hacernos verdaderamente felices, ni aun cuando fuesen permanentes. Todo es “vanidad y aflicción de espíritu”.

La verdad de estas afirmaciones ha de ser puesta a prueba por el corazón humano. Tarde o temprano todos la han de descubrir. Los hombres pueden hacer oídos sordos a la voz amonestadora del Espíritu, pueden imaginarse que este pobre mundo es capaz de proporcionarles dicha y consuelo sólidos y duraderos, pueden sujetarse con afán a sus riquezas, honores, distinciones, placeres y comodidades materiales, pero llegarán a comprender su equivocación. Y ¡qué terrible descubrirla *demasiado tarde!* ¡Qué terrible abrir los ojos en el infierno, como el rico de la parábola! ¿Qué lenguaje humano puede expresar los horrores de un alma alejada para siempre de la presencia de Dios y relegada a “las tinieblas de afuera”, al lugar del “lloro y el crujir de dientes” (Mateo 8:12; 25:30)? Resulta abrumador pensarlo. ¿Qué será experimentarlo? ¿Qué será encontrarse a sí mismo en las llamas atormentadoras del infierno, al otro lado de aquella sima intran-sitable, donde jamás puede penetrar un solo rayo de esperanza, en la profunda lobreguez de la eternidad? ¡Oh, si los hombres pensasen a tiempo en todo esto! ¡Que pudiesen huir de la ira venidera y echar mano de la “esperanza bienaventurada” que les es presentada en el Evangelio! ¡Que «se volviesen a Dios»! Pero, lamentablemente, el dios de este mundo les ciega el entendimiento, “para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Corintios 4:4). Los embelesa con cosas presentes: negocios, dinero, placeres, preocupaciones, concupiscencias; todo menos la única cosa importante, en comparación con la cual lo demás no es sino una pequeña mota “de polvo en la balanza”.

Pero esto es una digresión de nuestro tema principal, el cual debemos retomar. Estamos particularmente ansiosos por hacer ver al cristiano la inmensa importancia de buscar en el Dios vivo todos sus recursos. Nos hemos apartado de este tema solamente por un momento, a fin de hacer sonar una nota de advertencia en los oídos de algún inconverso despreocupado en cuyas manos llegara a caer este escrito. A este le suplicamos con vehemencia que se vuelva a Dios. Al cristiano le rogamos que procure una relación más profunda con Aquel a quien, por gracia, se ha vuelto. Las dos cosas nos han motivado a escribir este artículo sobre la «conversión». Podemos decir sinceramente que anhelamos ver muchas almas preciosas convertidas a Dios, y a los ya convertidos, deseamos verlos felices en él. Estamos convencidos más y más de la importancia práctica de que los cristianos demuestren en su vida diaria haber encontrado en Dios el reposo perfec-

to para el corazón. Esto ejerce un influjo inmenso en los inconversos. Sacamos mucho provecho cuando, por gracia, somos capaces de decir al mundo que no dependemos de él; y la única manera de lograrlo es vivir dándonos perfecta cuenta de lo que tenemos en Dios. Esto elevaría moralmente toda nuestra conducta y nuestro carácter. Nos libraría completamente de la tendencia a buscar apoyos humanos de los que, tarde o temprano, nos hemos de lamentar, porque resultan en desengaño para nosotros y en deshonor para Dios. ¡Qué inclinados estamos en todas las ocasiones a buscar simpatía, ayuda y consejo en nuestro prójimo, en lugar de acudir directa y exclusivamente a Dios! Esta es una seria equivocación. No es sino dejar la Fuente de agua viva y cavar cisternas rotas que no retienen agua. ¿Qué podemos esperar? ¿Cuál ha de ser el resultado? Esterilidad y desolación. Nuestro Dios, en su fidelidad hacia nosotros, hará que nuestro prójimo nos decepcione, a fin de que aprendamos cuán insensato es apoyarnos en un “brazo de carne”.

Oigamos lo que dice el profeta sobre este tema tan práctico: “Así dice Jehová: Maldito aquel que confía en el hombre, *y se apoya en un brazo de carne*, y cuyo corazón se aparta de Jehová. Pues será como la retama en el desierto, que no ve cuando viene el bien, sino que habita los sequeales del desierto, de una tierra salada y no habitada”. Pero nótese el contraste: “Bienaventurado aquel que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová mismo. Pues será como árbol plantado junto a las aguas, y que extiende sus raíces junto al río: por tanto no temerá cuando venga el calor, sino que será verde su hoja; y no tendrá cuidado en el año de sequía ni cesará de dar *su fruto*” (Jeremías 17:5-8, V. M.).

Lector, es realmente grandioso apoyarse en el Dios vivo, hallar en él el alivio y el recurso en todo tiempo, lugar y circunstancia. Él nunca decepciona a un corazón confiado. Quizás estime conveniente hacernos esperar antes de responder a nuestro llamado; pero el tiempo de espera está bien utilizado, y cuando llegue la respuesta, nuestro corazón se llenará de alabanza y podremos decir:

“ ¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los hijos de los hombres!
(Salmo 31:19).

Gran cosa es poder confiar en Dios delante de los hijos de los hombres y confesar que él es suficiente para todas nuestras necesidades. No obstante, eso debe ser una realidad, no una simple profesión. De nada sirve hablar de apoyarse en Dios cuando, al mismo tiempo, estamos buscando, de un modo u otro, la ayuda de un pobre mortal. Este es un engaño muy triste; pero,

¡con cuánta frecuencia caemos bajo su poder! Adoptamos el lenguaje de la dependencia en Dios, mientras estamos buscando al hombre y le hacemos saber nuestras necesidades. Nos engañamos a nosotros mismos y deshonramos a Dios; y el final es desengaño y confusión de rostro.

Fijémonos más de cerca y con toda honestidad en este punto. Tratemos de entender el significado de las preciosas palabras: “Os convertisteis... a Dios” (1 Tesalonicenses 1:9). Contienen la esencia misma de la verdadera felicidad y santidad. Cuando el corazón se ha vuelto realmente a Dios, encuentra el secreto divino de la paz, el descanso y la plena satisfacción. Lo halla todo en Dios y no tiene por qué volverse jamás a la criatura. ¿Estoy perplejo? Puedo acudir a Dios para que me guíe; él ha prometido guiarme con sus ojos (Salmo 32:8). ¡Qué guía tan perfecta! ¿Puede algún hombre hacer algo mejor por mí? Con seguridad, no. Dios ve “el fin desde el principio”. Conoce todos los rumbos, las pertenencias, las raíces y los resultados de mi caso. Es un guía infalible. Su sabiduría no puede errar y, además, me ama infinitamente. ¿Dónde podría yo hallar mejor guía?

¿Estoy necesitado? Puedo ir a Dios con mi problema. Él es el “poseedor de los cielos y de la tierra” (Génesis 14:19, V. M.). Los tesoros del universo están a su disposición. Me ayudará si considera que me va a ser provechoso; si no, el aprieto será para mí mucho mejor que el alivio.

“**Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús (Filipenses 4:19).**”

¿No basta con eso? ¿Por qué recurrir a una criatura en busca de manantial? ¿Por qué volverse de un Dios Todopoderoso e ir con nuestras necesidades a un ser humano? Eso sería renunciar, en cierta medida, a la base de la fe, a la vida de sencilla dependencia de Dios. Sería, de hecho, deshonrar a nuestro Padre. Si acudo a mi semejante en busca de ayuda, es como decir que Dios me ha decepcionado. Es traicionar a mi Padre amoroso, quien ha tomado a su cargo todo mi ser —esíritu, alma y cuerpo— para actuar a mi favor. Se ha comprometido a proveer a todas mis necesidades, por muchas, grandes y variadas que sean. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él *todas las cosas*?” (Romanos 8:32).

Pero a veces oímos decir a algunas personas que el Señor les ha dicho, o que ha puesto en su corazón, que busquemos la ayuda de algún recurso humano. Esto, realmente, es muy cuestionable. No es en absoluto probable que nuestro Dios nos conduzca alguna vez a dejar la “fuente de agua

viva” y a recurrir a alguna “cisterna rota” (Jeremías 2:13). Su Palabra es: “Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás” (Salmo 50:15). Es cierto que Dios usa a algunas criaturas para satisfacer nuestras necesidades; pero esto es totalmente diferente. El bienaventurado apóstol pudo decir: “Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito” (2 Corintios 7:6). Pablo buscaba a Dios para que lo consolara, y Dios le envió a Tito. Si Pablo hubiese buscado a Tito para que lo consolase, se habría decepcionado. Así ocurre en todos los casos. A Dios hemos de acudir inmediata y exclusivamente en todas nuestras necesidades. Nos hemos vuelto “de los ídolos a Dios”; por tanto, en cada necesidad, él es nuestro recurso seguro. A él podemos acudir en busca de consejo, socorro, guía, simpatía y de todo lo demás.

“ Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza. Él solamente es mi roca y mi salvación. Es mi refugio, no resbalaré (Salmo 62:5-6).

¿El feliz hábito de buscar solamente a Dios nos conducirá a subestimar los canales por los que fluye hasta nosotros su preciosa gracia? Todo lo contrario. ¿Cómo podría yo subestimar a quien viene a mí directamente de parte de Dios, como su instrumento manifiesto, para satisfacer mi necesidad? Imposible. En cambio, lo valoro como un canal, en lugar de acudir a él como si fuese la fuente. En eso consiste toda la diferencia. Jamás hemos de olvidar que la verdadera conversión significa que somos llevados a Dios; y es segurísimo que, si somos llevados a Dios, es para que hallemos en él un abrigo perfecto, un recurso perfecto en todas nuestras necesidades. Una persona realmente convertida es alguien que se ha vuelto de toda confianza en las criaturas, de todas las esperanzas humanas y expectativas terrenales, para hallar todo lo que necesita en el Dios vivo y verdadero.

Convertidos para servir

Vamos a considerar ahora un punto sumamente práctico de nuestro tema. Está contenido en la cláusula: “*Para servir al Dios vivo y verdadero*” (1 Tesalonicenses 1:9). Para todo cristiano verdadero, esto es de inmenso interés. Somos llamados a “servir”. Toda nuestra vida, desde el momento de la conversión hasta el final de nuestra carrera terrenal, debiera estar caracterizada por un espíritu de servicio, diligente e inteligente. Este es nuestro gran privilegio, por no decir nuestra santa obligación. No importa cuál sea nuestra esfera de acción, línea de vida o profesión; desde que nos hemos convertido, tenemos que hacer una cosa: servir a Dios. Si hay algo en nuestra si-

tuación que es contrario a la voluntad de Dios, a la enseñanza directa de su Palabra, hemos de abandonarlo de inmediato, cueste lo que cueste. El primer paso de un siervo obediente es salir de una posición falsa, sea cual fuere.

Supongamos, por ejemplo, que el propietario de un establecimiento expendedor de bebidas alcohólicas se convierte a Dios. ¿Qué ha de hacer? ¿Puede continuar con este tipo de negocio? ¿Puede desarrollar esa actividad *con* Dios? ¿Puede continuar con la venta de aquello que lleva a la ruina, miseria, degradación, muerte y perdición a miles de personas? ¿Es posible que sirva al Dios vivo y verdadero en la barra de una taberna? Creemos que no. Puede que parezcamos rígidos, severos e intolerantes al escribir así. No podemos evitarlo. Debemos escribir lo que creemos que es la verdad. Estamos persuadidos de que lo primero que debiera hacer el dueño de una taberna que se ha convertido a Dios, es cerrar su tienda y dar la espalda, con firme decisión, a esa actividad comercial impía y espantosa. Hablar de servir a Dios en una actividad de esa naturaleza es, a nuestro juicio, un miserable engaño. Sin duda que lo mismo puede decirse de muchas otras ocupaciones y actividades, y el lector puede sentirse dispuesto a preguntar: «¿Qué ha de hacer un creyente en esa situación? ¿Cómo puede seguir adelante?». Somos llamados a servir a Dios y todo ha de ser puesto a prueba con esta medida. El cristiano tiene que hacerse la pregunta: «¿Puedo cumplir con las obligaciones de esta situación para la gloria de Dios?». Si no podemos vincular el nombre de Dios al oficio que desempeñamos en esta vida, con toda seguridad hemos de renunciar a dicho oficio y pedir a Dios que nos abra alguna senda en la que podamos caminar para Su alabanza. Si deseamos andar con él, si queremos servirle, si nuestro único anhelo es ser hallados haciendo lo que le agrada, debemos abandonar lo que le deshonra.

El Señor nos oirá, bendito sea su nombre; nunca decepciona a quien confía en él. Lo que tenemos que hacer es aferrarnos a Dios “con propósito de corazón”, y él allanará el camino delante de nosotros. Quizá sea difícil al principio. La senda parezca estrecha, áspera, solitaria; pero nuestra única salida es ponernos de parte de Dios, y no continuar ni un minuto más ligados a algo contrario a su voluntad. Una conciencia delicada, un ojo sencillo (Mateo 6:22) y un corazón dedicado resolverán más de una cuestión y removerán muchos obstáculos. En efecto, los instintos mismos de la naturaleza divina, con solo permitirles actuar, nos ayudarán en muchas dificultades.

“ La lumbrera del cuerpo es el ojo; si, pues, tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz
(Mateo 6:22; Lucas 11:34, V. M.).

Cuando el propósito del corazón es fiel a Cristo, fiel a su nombre, a su causa y al servicio de Dios, el Espíritu Santo abre de par en par al alma los preciosos tesoros de la revelación divina, y derrama un torrente de luz viva sobre el entendimiento, de forma que veamos la senda del servicio con toda claridad; entonces, solo nos resta caminar por ella con paso firme.

No obstante, jamás debemos perder de vista que estamos convertidos para el servicio de Dios. El resultado de la vida que poseemos debe tomar siempre la forma de servicio al Dios vivo y verdadero. En nuestra vida de inconversos, dábamos culto a los ídolos y servíamos a diversos placeres y malos deseos; ahora, por el contrario, adoramos a Dios en espíritu (Juan 4:24), y somos llamados a servirle con todas nuestras facultades. Nos hemos vuelto a Dios, a fin de hallar en él nuestro perfecto reposo y satisfacción. No hay ni una sola cosa en toda la variada gama de necesidades humanas, tanto para el presente como para la eternidad, que no podamos hallarla en nuestro Dios y Padre. Él ha atesorado en Cristo, el Hijo de su amor, todo lo que puede satisfacer los deseos de la nueva vida en nosotros. Es un privilegio tener a Cristo habitando en nuestros corazones por la fe, y estar tan arraigados y cimentados en su amor como para “ser capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios” (Efesios 3:18-19).

Llenos, satisfechos y fortalecidos en Dios, somos llamados a dedicarnos, en espíritu, alma y cuerpo, al servicio de Cristo; a estar

firmes, inmóviles, abundando siempre en la obra del Señor

“ (1 Corintios 15:58, V. M.).

Todo lo que en este mundo no pueda hacerse como para Cristo, no debería hacerse. Esto simplifica considerablemente la cuestión. Es nuestro privilegio hacerlo todo en el nombre del Señor Jesús y para la gloria de Dios. A veces oímos hablar de un oficio «secular», en contraste con lo que es «sagrado». Ponemos en duda la exactitud de tal distinción. Pablo hacía tiendas (Hechos 18:3) y plantaba iglesias (1 Corintios 3:6); pero en ambas cosas servía al Señor Jesucristo. Todo lo que un cristiano hace debe ser sagrado, porque se hace como servicio a Dios. Tener esto en cuenta nos permitirá conectar los deberes más simples de la vida diaria con el Señor mismo, e introducirlo a él en ellas a fin de comunicar una santa dignidad y un santo interés a todo lo que tenemos que hacer, desde la mañana hasta la noche. De este modo, en lugar de considerar las obligacio-

nes de nuestro oficio como un obstáculo para nuestra comunión con Dios, las convertiríamos en ocasión de acudir a él en busca de sabiduría y de gracia, para desempeñarlas correctamente, a fin de que su santo nombre sea glorificado en los detalles más minuciosos de la vida diaria.

El servicio de Dios es una cosa mucho más sencilla de lo que algunos imaginamos. No consiste en hacer proezas fuera de la esfera de acción que Dios nos ha señalado. Tomemos el caso de una criada. ¿Cómo puede servir al Dios vivo y verdadero? No puede ir de un sitio a otro visitando y charlando. Su esfera de acción está en el ámbito, en el retiro de la casa de sus patrones. Si se le ocurriese ir de casa en casa, estaría descuidando su propio quehacer, el oficio que Dios le ha señalado. Prestemos atención a estas sanas palabras: “Exhorta a los siervos a que se sujeten a sus amos, que agraden en todo, que no sean respondones; no defraudando, sino mostrándose fieles en todo, para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador” (Tito 2:9-10). Aquí vemos que, mediante la obediencia, la humildad y la honradez, el siervo, según su medida, puede adornar la doctrina de Dios, tan efectivamente como un evangelista que va por todo el mundo desempeñando su santa y elevada comisión.

De nuevo leemos: “Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como *siervos de Cristo*, de corazón haciendo la voluntad de Dios; *sirviendo* de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ese recibirá del Señor, sea siervo o sea libre” (Efesios 6:5-8). ¡Qué estupendo es todo esto! ¡Qué hermoso campo de servicio se nos abre aquí! ¡Qué bello ese “temor y temblor”! ¿Dónde lo vemos en nuestros días? ¿Dónde está la santa sujeción a la autoridad? ¿Dónde, el ojo sencillo? ¿Dónde se halla el servicio de corazón espontáneo? ¡Ay! Lo que vemos es terquedad y altanería, hacer la propia voluntad, lo que a uno le agrada y lo que sirve al propio interés. ¡Cuánto deshonran al Señor todas estas cosas, y contristan a su Santo Espíritu! ¡Cuánto necesitamos que nuestra alma sea despertada para darnos cuenta de lo que nos conviene como llamados a servir al Dios vivo y verdadero! ¿No es un privilegio, para todo cristiano, saber que puede servir y glorificar a Dios en los quehaceres domésticos más comunes? Si no fuese así, ¿qué sucedería con noventa y nueve de cada cien creyentes? Tomamos como ejemplo el servicio doméstico común para ilustrar esa línea especial de verdad práctica que ahora estamos considerando. ¡Qué dicha inefable saber que Dios en su gracia ha condescendido a asociar su Nombre y su gloria con los más humildes deberes que pueden recaer sobre nosotros en nuestra vida doméstica común! Esto otorga dignidad, interés y frescor a cada acto insignificante en nuestra vida diaria, pues:

“ Todo lo que hagáis, hacedlo *de corazón*, como para el Señor y no para los hombres (Colosenses 3:23).

Aquí está el precioso secreto. No se trata de trabajar por el salario, sino de servir al Señor Jesucristo y esperar recibir de él “la recompensa de la herencia” (v. 24).

¡Ojalá nos percatásemos mejor de todo esto y lo realizásemos! ¡Cómo elevaría moralmente toda nuestra vida cristiana! ¡Qué respuesta tan triunfal le suministraría al incrédulo! ¡Qué reprensión tan fuerte a todos sus escarnios y sofismas, mucho mejor que diez mil argumentos eruditos! No hay prueba más convincente que una vida cristiana seria, dedicada, santa, feliz, sacrificada. Y esta puede ser exhibida por alguien cuya esfera de acción está limitada por las cuatro paredes de una cocina. La vida práctica de un verdadero cristiano no solo aporta la mejor respuesta posible al escéptico e incrédulo, sino que también responde satisfactoriamente a las objeciones de los que hablan de obras, insistiendo en poner a los cristianos bajo la ley, a fin de que ella les enseñe la forma en que deben vivir. Cuando alguien reclama contra el hecho de que no predicamos acerca de las obras, le preguntamos sencillamente: «¿Para qué habríamos de predicar sobre ellas?». El inconverso no puede hacer sino “malas obras” (Colosenses 1:21) u “obras muertas” (Hebreos 6:1). “Los que están en la carne” –los inconversos– “no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:8, V. M.). ¿Qué sentido tendría predicarles en cuanto a las obras? Solo puede enturbiarles más la vista, cegarles la mente, engañarles el corazón y enviarlos al infierno con “una mentira en su mano derecha” (Isaías 44:20, V. M.).

Es menester que haya una genuina conversión a Dios. Esta obra es divina de principio a fin. ¿Y qué debe hacer un convertido? Por supuesto, no necesita obrar para obtener la vida, porque ya la posee, ha recibido vida eterna como un don gratuito de Dios, “en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23). No necesita obrar para obtener la salvación; ya es salvo en el Señor “con salvación eterna” (Isaías 45:17). ¿Qué, pues, se le manda hacer?: “Servir al Dios vivo y verdadero” (1 Tesalonicenses 1:9). ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? En todo: tiempo, lugar y circunstancia. El convertido no tiene que hacer nada más que servir a Dios. Si hace cualquier otra cosa, es infiel al adorable Señor y Salvador quien, antes de llamarle a servir, le dotó de la vida, la gracia y el poder que son los únicos medios para prestar dicho servicio.

Sí, nunca olvidemos que el cristiano es llamado a servir. Tiene el privilegio de presentar su cuerpo “en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional [inteligente]” (Romanos 12:1). Esto deja bien sentada toda la cuestión; remueve todas las dificultades, silencia to-

das las objeciones; lo pone todo en su debido lugar. No se trata de lo que estoy haciendo, ni dónde, sino de cómo lo hago, cómo me comporto. El cristianismo, según es presentado en el Nuevo Testamento, es el resultado de la vida de Cristo en el creyente; es Cristo reproducido en la vida diaria del cristiano por el poder del Espíritu Santo. Todo lo que el creyente toca, hace y dice –toda su vida práctica desde la primera hora del día del Señor hasta la noche del sábado–, debería llevar la insignia y reflejar el espíritu de aquella gran cláusula práctica que hemos estado considerando: “Servir al Dios vivo y verdadero”. ¡Ojalá sea así! ¡Quiera Dios despertar en todo su amado pueblo el anhelo de entregarse con mayor diligencia, de todo corazón, a Cristo y a su precioso servicio!

Convertidos para esperar a Cristo

Las últimas palabras de 1 Tesalonicenses 1 reclaman ahora nuestra atención. Proporcionan una prueba impresionante y contundente de la claridad, plenitud, profundidad y amplitud del testimonio del apóstol en Tesalónica, y también del esplendor y la autenticidad de la obra en los recién convertidos de aquel lugar. No solamente se volvieron de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero. Ciertamente, lo hicieron por gracia, con un poder, un frescor y un fervor poco comunes.

Pero hubo algo más; y podemos afirmar, con la más absoluta confianza, que habría habido un gran defecto en la conversión y en el cristianismo de aquellos amados discípulos si hubiera faltado eso: *Se convirtieron... para “esperar de los cielos a su Hijo”* (1 Tesalonicenses 1:10). Prestemos mayor atención a este hecho de tanto peso. La gloriosa y bienaventurada esperanza de la venida del Señor formaba una parte integrante del Evangelio que Pablo predicaba, y del cristianismo de los que se convertían mediante su ministerio. Aquel siervo predicaba un Evangelio completo. Declaraba no solo que el Hijo de Dios había venido al mundo a llevar a cabo la gran obra de la redención y a poner el fundamento perpetuo de la gloria y de los consejos de Dios, sino también que había subido al cielo, y se había sentado a la derecha del trono de Dios como el Hombre victorioso, ensalzado y glorificado; que va a venir otra vez: primero, a recoger consigo a los suyos y conducirlos hasta la casa de su Padre, el lugar preparado para ellos; y luego vendrá *con* ellos para ejecutar juicio sobre sus enemigos y excluir de Su reino “a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad” (Mateo 13:41), a fin de establecer su dominio glorioso “de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra” (Salmo 72:8).

Todo esto estaba incluido en el precioso Evangelio que Pablo predicaba a los tesalonicenses. Hallamos una insinuación de esto, indirecta, pero muy interesante, en Hechos 17, donde el inspirado escritor da a conocer lo que los judíos incrédulos pensaban y decían de la predicación del apóstol. “Entonces los judíos que no creían, teniendo celos, tomaron consigo a algunos ociosos, hombres malos, juntando una turba, alborotaron la ciudad; y asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo. Pero no hallándolos, trajeron a Jasón y a algunos hermanos ante las autoridades de la ciudad, gritando: *Estos que trastornan el mundo entero* también han venido acá; a los cuales Jasón ha recibido; y todos estos contravienen los decretos de Cesar, *diciendo que hay otro rey, Jesús*” (Hechos 17:5-7).

Tales eran las ideas que estos pobres incrédulos, ignorantes y llenos de prejuicios, se habían formado tras oír la predicación de los amados siervos de Dios. Podemos ver en ellas los elementos de grandes y solemnes verdades, como la completa eliminación del presente sistema de cosas y la instauración del reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. “A ruina, a ruina, a ruina lo reduciré, y esto no será más, hasta que venga aquel cuyo es el derecho, y yo se lo entregaré” (Ezequiel 21:27).

La venida y el reino del Señor, además de ocupar un lugar preeminente en la *predicación* del apóstol, también resplandecen brillantemente en toda su *enseñanza*. Los tesalonicenses no solo se convirtieron a esta “esperanza bienaventurada”, sino que también fueron edificados, establecidos y guiados en ella. Se les enseñó a vivir cada hora del día en esa espera. No era un dogma seco y estéril para ser recibido y sostenido como parte de un credo sin poder ni valor. Era una realidad viva, una fuerza moral poderosa en el alma, una esperanza preciosa, purificadora, santificadora, que desapegaba completamente el corazón de las cosas presentes y lo hacía aguardar, momento tras momento, el regreso de nuestro amado Señor y Salvador Jesucristo, quien nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.

Es interesante observar que en las dos epístolas a los Tesalonicenses hay más alusiones a la venida del Señor que en las demás epístolas juntas. Esto es tanto más notable cuanto que sean las primeras epístolas de Pablo y que van dirigidas a una iglesia muy joven en la fe. Una rápida ojeada a estas dos preciosas cartas, nos hará descubrir la esperanza de la venida del Señor introducida en cada uno de los ocho capítulos y en conexión a toda clase de temas. Por ejemplo, en el capítulo 1, la tenemos presentada como el objeto grandioso que ha de ser guardado siempre delante del corazón del cristiano –sea cual fuere su posición o su relación– como la luz brillante que resplandece al final de su larga peregrinación por este mundo oscuro y fatigoso. “Os conver-

tisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar...” ¿qué? ¿La hora de la muerte? No, no hay ninguna alusión a tal cosa. La muerte está abolida para el creyente, y jamás es presentada como el objeto de su esperanza. ¿Qué, pues, se les había enseñado a esperar? “... De los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos” (1 Tesalonicenses 1:9-10). ¡Y nótese ahora esa bella añadidura! “A Jesús, quien nos libra de la ira venidera”. Esta es la Persona a quien estamos esperando, nuestro precioso Salvador, nuestro gran Libertador; Aquel que se hizo cargo de nuestro desesperado caso, que tomó en nuestro lugar la copa de la ira de la mano de la Justicia infinita y la bebió hasta el final. Aquel que despejó el cielo de toda nube, de manera que podemos ya fijar nuestra mirada en la eternidad misma, y ver nada más que el resplandor y la bienaventuranza de Su amor y gloria, nuestro hogar feliz y eterno.

¡Oh, qué bendición es aguardar, por la mañana, al mediodía, por la tarde y a medianoche, la venida de nuestro misericordioso Libertador! ¡Qué bendita realidad estar esperando en todo tiempo el regreso de nuestro amante y amado Salvador y Señor! ¡Qué separación y elevación proporciona, acariciar cada mañana la esperanza bienaventurada de que, antes que se aglomeren a nuestro alrededor las sombras del atardecer, podamos ser invitados a subir, envueltos en nubes de gloria, al encuentro de nuestro Señor!

¿Es este el sueño de un fanático loco o de un visionario entusiasta? No, es una verdad imperecedera que descansa en el mismísimo fundamento que sostiene todo el edificio de nuestro glorioso cristianismo. ¿Es verdad que el Hijo de Dios ha hollado esta tierra en la persona de Jesús de Nazaret? ¿Es verdad que vivió y trabajó aquí, en medio de los pecados y los pesares de la pobre humanidad caída? ¿Es verdad que suspiró, lloró y gimió ante la desolación general que el pecado había llevado a cabo en este mundo? ¿Es verdad que fue a la cruz y allí se ofreció sin mancha a Dios, para reivindicar la Majestad divina y satisfacer todas las demandas del trono de Dios, a fin de destruir las obras del diablo, hacer una exhibición pública de todos los poderes del infierno, quitar el pecado por medio del sacrificio de Sí mismo y llevar los pecados de todos los que, desde el principio hasta el fin del tiempo, habían de creer, por gracia, en Su nombre? ¿Es verdad que yació durante tres días y tres noches en el corazón de la tierra y que el primer día de la semana se levantó, triunfante, del sepulcro, como la Cabeza de una nueva creación, y subió a los cielos después que le vieron por lo menos quinientos testigos? ¿Es verdad que cincuenta días después de su resurrección envió al Espíritu Santo, a fin de llenar y capacitar a sus apóstoles para que fuesen sus testigos hasta los confines de la tierra? ¿Es verdad que desde el día de Pentecostés hasta este momento ha estado actuando a favor de su pueblo como Abogado junto al Padre, un

gran Sumo Sacerdote con Dios, intercediendo por nosotros en todos nuestros fracasos, pecados y faltas, compadeciéndose de nosotros en todas nuestras debilidades y dolores, y presentando continuamente nuestros sacrificios de alabanza y oración, como sacrificios llenos de la fragancia de su Persona gloriosa? ¿Son ciertas todas estas cosas? Sí, gracias a Dios, todas ellas son divinamente verdaderas, todas ellas aparecen en las páginas del Nuevo Testamento con la plenitud, la claridad, la profundidad y el poder más admirables; todas se apoyan en el fundamento sólido de la Sagrada Escritura, un fundamento que ninguno de los poderes de la tierra y del infierno, de hombres y demonios pueda sacudir.

Por tanto, “la esperanza bienaventurada” de la venida del Señor descansa en la misma autoridad. Tan verdad es que el Señor Jesucristo vendrá de nuevo a recoger consigo a su pueblo, como que nació en un pesebre en Belén, que creció hasta ser un hombre adulto, que anduvo haciendo el bien, que fue clavado en una cruz y sepultado en una tumba, que está ahora sentado en el trono de la Majestad en los cielos. Podría venir esta misma noche. Nadie sabe cuándo vendrá, puede ser en cualquier momento. Lo único que lo detiene es su longanimidad, “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Por veinte largos siglos ha esperado con amor, misericordia y compasión; durante todo ese tiempo la salvación ha estado dispuesta para revelarse, y Dios ha estado listo para juzgar; pero él ha esperado y todavía espera en gracia, “con toda paciencia y longanimidad”. Pronto vendrá. Deberíamos vivir siempre en la esperanza de Su venida. Es lo que el apóstol enseñó a sus amados tesalonicenses. Así vivió él. La “esperanza bienaventurada” estaba íntimamente ligada con todos los hábitos y sentimientos de su vida diaria. ¿Era cuestión de cosechar el fruto de sus labores? Oigamos lo que dice:

“ Porque, ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? (1 Tesalonicenses 2:19).

A todos ellos los vería entonces. A ningún enemigo le sería permitido impedir tal encuentro.

“Quisimos ir a vosotros, yo Pablo ciertamente una y otra vez; pero Satanás nos estorbó” (v. 18). ¡Muy asombroso! ¡Muy misterioso! pero así fue. Satanás estorbó a un ángel de Dios en el desempeño de su función en los días de Daniel y estorbó a un apóstol de Cristo en el cumplimiento de su amoroso deseo de ver a sus hermanos en Tesalónica. Pero, gracias a Dios, no podrá impedir

el gozoso encuentro de Cristo con sus santos, que tanto aguardamos. ¡Qué momento será ese! ¡Qué preciosos reencuentros! ¡Qué saludos tan afectuosos de queridos y viejos amigos! Pero, sobre todo, ¡Él mismo! ¡Su sonrisa! ¡Su acogida! ¡Oír de su misma boca: “Bien”!

¡Qué esperanza tan preciosa y sustentadora del alma! ¿Nos extrañaría que ocupase un lugar tan sublime en los pensamientos y en las enseñanzas del bienaventurado apóstol? La menciona en todas las ocasiones y en conexión con todos los temas. Si está hablando del progreso en la vida divina y en la piedad práctica, así se expresa: “Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, *en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos*” (1 Tesalonicenses 3:12-13).

Nótese la última cláusula de esta conmovedora cita: “*Con todos sus santos*”. ¡Qué sabiduría tan admirable brilla aquí! El apóstol aludía a un error en que habían caído los creyentes tesalonicenses respecto de los hermanos fallecidos. Temían que los que dormían –esto es, los que habían muerto en el Señor– no participaran en el gozo de la venida del Señor. Este error queda destruido por completo con esta breve afirmación: “*Con todos sus santos*”. Ni uno solo estará ausente de este gozoso encuentro, de esta escena festiva. ¡Bendita seguridad! ¡Victoriosa respuesta a todos los que pretenden hacernos creer que ninguno de ellos participará del gozo de la venida de nuestro Señor excepto aquellos que vean esto, aquello y lo otro! Sí, “*con todos sus santos*”, a pesar de su ignorancia y sus errores, sus desvíos y sus tropiezos, sus faltas y sus fracasos. Nuestro bendito Salvador, Aquel que ama nuestras almas con amor eterno, no excluirá a ninguno de nosotros de ese momento feliz.

¿Nos hará despreocupados toda esta gracia sin par? ¡Dios no lo permita! Por el contrario, la expectación permanente de ese momento es lo único que puede conservar viva nuestra responsabilidad de juzgar en nosotros y en nuestros caminos todo lo que es contrario a la mente de Cristo. Y no solo eso, sino que la esperanza del regreso del Señor, si se conserva viva y fresca en el corazón, *debe* purificar, santificar y elevar todo nuestro carácter y el curso de nuestra vida como ninguna otra cosa lo puede hacer.

“ Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro (1 Juan 3:3). ”

Es moralmente imposible que alguien *viva* en la esperanza de ver a su Señor en cualquier momento, y que, a pesar de eso, tenga el corazón puesto en las cosas de este mundo, en hacer dinero, complacerse a sí mismo, en placeres, vanidades e insensateces. No nos engañemos. Si esperamos diariamente al Hijo de Dios desde los cielos, debemos desprendernos de las cosas que pertenecen a la tierra.

Cierto es que podemos sostener la doctrina de la venida del Señor como un simple dogma del intelecto; podemos tener en nuestra mente el mapa de las verdades proféticas, sin que produzca el menor efecto en el corazón, el carácter o la vida práctica. Pero, es cosa totalmente distinta tener todo el ser moral, todo el curso práctico de la vida gobernado por la esperanza bienaventurada de ver al que nos ama y nos lavó de nuestros pecados en su preciosísima sangre.

¡Quiera Dios que esto abunde más entre nosotros! Es de temer que muchos de nosotros hayamos perdido el frescor y el poder de nuestra verdadera esperanza. La verdad de la venida del Señor ha llegado a ser tan familiar como mera doctrina que a veces hablamos de ella frívolamente y discutimos diversos puntos, mientras que nuestros caminos, nuestro comportamiento y nuestro estado de espíritu desmienten lo que profesamos sostener. Pero no vamos a continuar con este lado triste y humillante del tema.

¡Quiera el Señor poner sus ojos en nosotros y, en su benignidad, sanar, restaurar y elevar nuestras almas! ¡Que él reavive en el corazón de todo su amado pueblo la genuina esperanza cristiana: la esperanza de ver “la estrella resplandeciente de la mañana” (Apocalipsis 22:16)! ¡Que las palabras del corazón y de la vida entera sean: “Sí, ven, Señor Jesús” (cap. 22:20)!

Aquí ponemos punto final a este tratado. Hubiéramos querido dar un repaso a las dos epístolas a los Tesalonicenses a fin de demostrar que la esperanza del retorno del Señor estaba ligada, en el corazón del apóstol, con todas las escenas, circunstancias y asociaciones de la vida cristiana. Pero debemos dejar que el lector lo haga por sí mismo. Confiamos en que se ha dicho lo suficiente para mostrar que la conversión verdadera, según la enseñanza bíblica, tiene que incluir la esperanza bienaventurada de la venida del Señor. Una persona convertida es alguien que se ha apartado completamente de los ídolos –ha roto con el mundo y con su «yo» anterior– y se ha convertido a Dios, para hallar en él todo lo que necesite, para servirle a él, solo a él y, finalmente, para “esperar de los cielos al Hijo” de Dios. Pensamos que esta es la verdadera y apropiada respuesta a la pregunta: «¿Qué es la conversión?».

Lector, ¿está *usted* convertido? Si no, ¿qué está esperando? Y si lo está, ¿lo prueba su vida?

El nuevo nacimiento - ¿Qué es?

Introducción

Pocos asuntos han suscitado mayor dificultad y perplejidad que el de la *regeneración* o *nuevo nacimiento*. Muchísimos creyentes, objetos del nuevo nacimiento, ignoran su significado, y están llenos de dudas respecto de si alguna vez han nacido realmente de nuevo. Muchos, si fuesen a expresar sus pensamientos, dirían: «¡Oh, si supiera con certeza que he pasado de muerte a vida; si solamente supiera que he nacido de nuevo, qué feliz sería!». Día tras día, año tras año se sienten agobiados por las dudas y los temores. A veces creen, llenos de esperanza, que el cambio se ha realizado en ellos; pero pronto abandonan tal pensamiento creyéndolo ilusorio. Lo que sucede es que, en vez de basarse en la clara enseñanza de la Palabra de Dios, juzgan el asunto por sus propios sentimientos y experiencia, lo cual los deja inmersos en la incertidumbre y la confusión. Es de temer que las ideas erróneas que prevalecen sobre este tema dependen en gran medida del hecho de predicar el nuevo nacimiento y sus frutos en lugar de Cristo; de colocar el efecto antes que la causa, y esto siempre producirá un desorden de ideas.

Consideraremos, pues:

Primero: ¿Qué es la regeneración?

Segundo: ¿Cómo se produce?

Tercero: ¿Cuáles son sus resultados?

1. ¿Qué es la regeneración?

Nuestra condición por naturaleza

Muchos se figuran que es un cambio operado en la vieja naturaleza por el influjo del Espíritu Santo. Se cree que este cambio o mejoría se va produciendo de forma gradual hasta que la vieja naturaleza quede completamente exterminada. Esta idea involucra dos errores: (a) En cuanto a la verdadera condición de la vieja naturaleza y (b) respecto de la personalidad del Espíritu Santo. En otras palabras, es *negar la irremediablemente arruinada naturaleza humana* y representar al Espíritu Santo más como una *influencia* que como una *persona*.

La Palabra de Dios enseña que el hombre natural se halla en una absoluta e irremediable condición de ruina. Veamos las pruebas bíblicas. “Y vio Jehová que la malicia de los hombres era mucha en la tierra, y que *todo* designio de los pensamientos del corazón de ellos era *de continuo solamente* el mal” (Génesis 6:5). Las palabras “*todo*”, “*de continuo*” y “*solamente*” excluyen toda

idea de enmienda de la condición del hombre ante Dios. Asimismo: “Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. *Todos* se desviaron, *a una* se han corrompido; *no hay quien* haga lo bueno, *no hay ni siquiera uno*” (Salmo 14:2-3). Aquí de nuevo las expresiones “*todos*”, “*no hay quien*” y “*no hay ni siquiera uno*” excluyen la idea de cualquier tipo de enmienda en lo que toca a la condición del hombre tal como ha sido juzgada en la presencia de Dios. Citamos a Moisés y los Salmos; veamos qué dicen los profetas: “¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis? *Toda* cabeza está enferma, y *todo* corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana” (Isaías 1:5-6). “Voz que decía: Da voces. Y yo respondí: ¿Qué tengo que decir a voces? Que *toda* carne es hierba, y *toda* su gloria como flor del campo” (Isaías 40:6). “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9).

Tomemos también algunos textos del Nuevo Testamento: “Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre” (Juan 2:24-25).

Lo que es nacido de la carne, carne es



(Juan 3:6).

Léase también Romanos 3:9-19. “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). “[Estabais] sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12). Podríamos multiplicar las citas, pero no es necesario. Las mencionadas bastan para probar que la naturaleza humana está totalmente perdida, alejada de Dios, sin fuerza, que el hombre es culpable, malo e inclinado de continuo al mal. ¿Cómo, pues, podría *reformarse* y menos aún *transformarse*? “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?” (Jeremías 13:23). “Lo torcido no se puede enderezar” (Eclesiastés 1:15). El hecho es que cuanto más detenidamente examinemos la Palabra de Dios, más nos daremos cuenta de que el método divino no consiste en *reformar* una cosa arruinada, sino en *crear algo enteramente nuevo*. Y esto es precisamente lo que sucede con la vieja naturaleza del hombre. Dios no se propone mejorarla. La finalidad del Evangelio no es la de mejorar al hombre, como si le pusieran un remiendo en su vestido viejo y gastado, sino de proveerle de uno enteramente nuevo. La ley demandaba la obediencia del hombre, pero este jamás pudo cumplir. Las ordenanzas no surtieron efecto alguno en él, y Dios fue totalmente excluido. El Evangelio, por el contrario, nos muestra a Cristo magnificando la ley y haciéndola honorable; nos revela a Cristo muriendo en la cruz y clavando allí

las ordenanzas que nos eran contrarias; presenta a Cristo levantado de la tumba y sentándose a la diestra de la Majestad en las alturas como vencedor, y finalmente declara que todos los que creen en su nombre son participantes de su propia vida de resurrección y son “uno” con el Señor resucitado (léanse cuidadosamente los siguientes pasajes: Juan 20:31; Hechos 13:39; Romanos 6:4-11; Efesios 2:1-6; 3:13-18; Colosenses 2:10-15).

Es de suma importancia tener un conocimiento claro y sólido de este asunto; porque si creemos que el nuevo nacimiento consiste en un cambio operado en la vieja naturaleza de forma paulatina, la consecuencia será que permaneceremos con ansiedad, dudas y temores, tristes y abatidos, hasta comprobar –desilusionados– que la carne es siempre la carne. Ninguna influencia ni operación del Espíritu Santo pueden jamás hacer que la carne sea espiritual. “Lo que es nacido de la carne, carne es”, y nunca podrá ser otra cosa que “carne” (Juan 3:6). Y “toda carne es como hierba”, como hierba marchita (1 Pedro 1:24). La Escritura presenta a la carne no como algo que tiene que ser mejorado, sino como algo que Dios considera muerta y que nos insta a “hacer morir” (Romanos 8:13), a subyugarla y negarla en todos sus deseos y obras. Vemos el fin de todo lo que pertenece a la vieja naturaleza en la cruz de Cristo:

“ Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos (Gálatas 5:24).

No dice aquí que los que son de Cristo, *tratan de mejorar y reformar su carne*, sino que la “han crucificado”. Y ¿cómo pueden realizarlo? Por el poder del Espíritu Santo, el cual actúa no *sobre* la vieja naturaleza sino *en* la nueva, capacitándolos para relegar al viejo hombre adonde la cruz lo ha colocado: en el lugar de la muerte.

Dios no espera nada de la carne, sino que la considera muerta, y nosotros debemos hacer lo mismo. La ha *colocado* fuera del alcance de sus ojos, y así debemos *mantenerla* nosotros. Para Dios la carne no existe, no la reconoce, y nosotros no debemos permitir que se manifieste. Es cierto que está en nosotros, pero Dios nos concede el privilegio de considerarla muerta y de tratarla como tal. Su afirmación concluyente es: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:11). Inmenso alivio para el corazón que ha luchado por años tratando en vano de mejorar su naturaleza. También es un inmenso alivio para la conciencia, que ha estado buscando el fundamento de la paz sobre una reforma gradual de algo que es totalmente irreparable. Por último también es un alivio para toda alma que, por años, ha buscado vehementemente la santidad, creyendo que puede mejorar la carne, y, contra-

riamente, comprueba que, como siempre, sigue odiando la santidad, pero amando el pecado. Es de inestimable valor e importancia que estas almas comprendan la verdadera naturaleza de la regeneración. Solo los que han pasado por esta terrible experiencia saben la profunda y amarga decepción que siente una persona que tras años de lucha esperando en vano un cambio en su naturaleza, termina comprobando que la carne es siempre la carne. Pero su angustia y desilusión se convierten en paz y gozo al saber que Dios no espera que aquella mejore, pues la considera *muerta*, y a nosotros nos ve vivos en Cristo, como una sola cosa con él, habiéndonos hecho aceptos en él para siempre. Una clara y plena comprensión de esta verdad dará lugar a la divina emancipación de la conciencia y a la verdadera elevación de todo el ser moral.

Entonces, ¿qué es el nuevo nacimiento?

Claramente vemos, pues, que la regeneración es un nuevo nacimiento; la comunicación de una nueva vida; la implantación de una nueva naturaleza; la formación de un nuevo hombre. La vieja naturaleza permanece con todas sus características, pero la nueva es introducida también con todas sus cualidades y tendencias. Ella tiene sus propios hábitos, deseos y afectos, pero son espirituales, divinos, del cielo. Sus aspiraciones apuntan siempre hacia arriba, a la fuente celestial de donde ha emanado. Como en la naturaleza el agua busca siempre su propio nivel, así también en la gracia, la nueva naturaleza divina siempre va en busca de su propia fuente. La regeneración es para el alma lo que el nacimiento de Isaac fue para la casa de Abraham (Génesis 21). Ismael siguió siendo Ismael, pero Isaac fue introducido; del mismo modo, la vieja naturaleza sigue siendo la misma, pero la nueva es introducida en la vida del creyente:

Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es

“ (Juan 3:6).

Participa de la naturaleza de su fuente. Así como el niño participa de la naturaleza de sus padres, el creyente es hecho “*participante de la naturaleza divina*” (2 Pedro 1:4). “*El, de su voluntad, nos hizo nacer*” (Santiago 1:18). En una palabra, la regeneración es solamente obra de Dios, desde el principio hasta el fin. Él es quien obra, el hombre es el feliz y privilegiado objeto. No se busca su colaboración en una obra que tendrá que llevar siempre el sello de una sola mano todopoderosa. Dios actuó solo en la creación, solo en la redención y de igual manera solo en la misteriosa y gloriosa obra de la regeneración.

2. ¿Cómo se produce el nuevo nacimiento?

El profundo deseo de Nicodemo

Una vez que presentamos varios pasajes de la Palabra que demuestran que la regeneración o nuevo nacimiento no constituye un cambio en la naturaleza caída del hombre, sino que consiste en la comunicación de una nueva naturaleza divina, pasaremos a considerar, dependiendo de la enseñanza del Espíritu Santo, cómo se produce el nuevo nacimiento, cómo la nueva naturaleza se comunica al hombre. Este es un punto de inmensa importancia, puesto que presenta a la Palabra de Dios como el gran instrumento que el Espíritu Santo utiliza para dar vida a los muertos. “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos” (Salmo 33:6), y, por la Palabra, las almas de los muertos son llamadas a la nueva vida. La Palabra de Dios es poderosa tanto para crear como para regenerar. Ella ha llamado al universo a la existencia; llama a los pecadores de muerte a vida. La misma voz que en otro tiempo decía “sea la luz”, es la que en todos los casos debe decir: “Sea la vida”.

En el capítulo 3 del evangelio de Juan vemos el encuentro de Jesús con Nicodemo. En él encontramos preciosas instrucciones acerca del modo en que tiene lugar el nuevo nacimiento. Nicodemo ocupaba una posición muy elevada en lo que podríamos denominar el mundo religioso. Era “un hombre de los fariseos”, “un principal entre los judíos”, “maestro de Israel”. Difícilmente podría haber ocupado una posición más elevada o influyente. Sin embargo, es evidente que este hombre que gozaba de tan alto privilegio se sentía intranquilo, desconcertado. A pesar de todos sus privilegios religiosos, sentía una incesante inquietud ante algo que ni su fariseísmo ni todo su sistema de judaísmo podían resolver. Es muy probable que no fuese capaz de definir qué es lo que quería. Pero quería algo, pues de lo contrario nunca habría venido a Jesús de noche. Es evidente que el Padre lo estaba atrayendo al Hijo con su irresistible a la vez que delicada mano (Juan 6:44). Y el Padre lo atraía provocando en él un profundo sentimiento de necesidad que nadie podía satisfacer. Es un caso muy común. Unos son atraídos a Jesús mediante un profundo sentimiento de culpa, mientras que otros lo son por un profundo sentido de necesidad. Nicodemo, evidentemente, pertenecía al segundo grupo. La posición que ocupaba excluía toda idea relativa a una conducta inmoral grosera, por lo que, todo indicaría que más que un sentimiento de culpa en su conciencia, lo que había era un gran vacío en su corazón. Pero, finalmente, todos tienen que ir por igual a Jesús: tanto los que tienen mala conciencia como los que tienen un corazón sediento, pues él solamente puede satisfacer perfectamente a todos. Con su precioso

sacrificio, Jesús puede quitar toda mancha de la conciencia y dejarla perfectamente limpia, y con su Persona incomparable puede llenar el más profundo vacío del corazón, dejándolo plenamente satisfecho.

Nicodemo debía dejar atrás muchas cosas

Pero Nicodemo, como muchos otros, debía dejar atrás muchas cosas antes de llegar verdaderamente al conocimiento de Jesús; debía desprenderse de una pesada carga de maquinaria religiosa antes de aprender la divina simplicidad del plan de salvación de Dios. Debía descender de la cumbre del saber rabínico y de la religión tradicional, y aprender el alfabeto del Evangelio en la escuela de Cristo. Esto era muy humillante para “un hombre de los fariseos”, “un principal entre los judíos”, un “maestro de Israel”. En ninguna cosa el hombre es más tenaz que en cuanto a su religión y a su saber. Y, a oídos de Nicodemo, debe de haber sonado extraño que aquel que había “venido de Dios como maestro” le dijera:

“ De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios (Juan 3:3).

Al ser judío *por nacimiento* y, por ende, tener derecho a todos los privilegios de un hijo de Abraham, se habrá visto invadido de una extraña perplejidad cuando el Señor le dijo que debía *nacer de nuevo* para poder ver el reino de Dios. Esto implicaba renunciar a todos sus privilegios y distinciones; descender, de una vez, del escalón mas alto al escalón más bajo.

Un fariseo, un maestro, un principal, no estaba ni un ápice más cerca de este reino celestial que el más despreciable de los hijos de los hombres. Esto era muy humillante. Diferente habría sido el caso si Nicodemo hubiese podido llevar consigo todos sus privilegios y distinciones a fin de ser acreditado por ellos en este nuevo reino. Ello le habría asegurado una posición muy superior a la de una ramera o a la de un publicano en el reino de Dios. Pero decirle que debía nacer de nuevo, no le dejaba nada en qué gloriarse. ¡Algo muy humillante para un hombre de su posición!

“Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?”. Seguramente que no. No tendría mayor valor un segundo nacimiento natural que el primero. Aunque un hombre natural entrase diez mil veces en el vientre de su madre y nacer, no sería nada más que un hombre natural a fin de cuentas, pues “lo que es nacido de la carne, carne es”. Por más esfuerzos que hagamos, no podemos cambiar la naturaleza ni mejorar la carne. Es imposible convertir la carne en espíritu. Por más alta estima

que le atribuyamos –el rango de fariseo, principal entre los judíos, maestro de Israel, lo que se quiera–, la carne, no obstante, sigue siendo carne. Si esta verdad fuese más conocida, centenares cesarían en sus inútiles esfuerzos y obras. La carne no sirve de nada. No es otra cosa que hierba marchita. Sus más piadosos esfuerzos, privilegios y logros religiosos, sus obras de justicia, no son –según afirma la Palabra de Dios– sino “trapos de inmundicia” (Isaías 64:6).

¿Cómo se produce el nuevo nacimiento?

Pero es sumamente interesante la respuesta del Señor al “¿cómo?” de Nicodemo: “Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Juan 3:5-8). Claramente se nos enseña aquí que la regeneración o nuevo nacimiento se produce a partir del “agua y del Espíritu”. Toda persona debe nacer de agua y del Espíritu a fin de poder ver el reino de Dios y acceder a los profundos y celestiales misterios de este reino. El mortal dotado de la más aguda visión, no puede ver el reino de Dios, ni ningún ser humano puede jamás penetrar en los profundos secretos de este reino, por más que cuente con la mente más brillante de todos los tiempos. “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”. “El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (1 Corintios 2:14; Juan 3:3).

Puede que algunos ignoren lo que significa ser “nacido de agua”. Esta expresión ha suscitado en todo tiempo mucha discusión y controversia; pero solamente comparando Escritura con Escritura podemos determinar el verdadero sentido de tal o cual pasaje. Es una bendición especial que el creyente indocto, el humilde estudiante de la Palabra de Dios, no necesite desplazarse fuera de las tapas del santo Libro para interpretar cualquier pasaje contenido en sus páginas.

La Palabra de Dios como instrumento del nuevo nacimiento

Para entender, pues, qué quiso decir el Señor con la expresión “nacer de agua”, citaremos dos o tres pasajes de la Palabra. En Juan 1:11-13 leemos: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, *a los que creen en su nombre*, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no *son engendrados* de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”. Se deduce de este pasaje que todo aquel que cree en el nombre del Señor Jesucristo

es alguien que ha “nacido de nuevo”, que ha “nacido de Dios”. Todos los que por el poder de Dios el Espíritu Santo, creen en Dios el Hijo, son nacidos de Dios el Padre. La fuente del testimonio, su objeto y el poder de recibirlo son todos divinos. La obra completa de la regeneración es divina; por lo tanto, en vez de estar ocupado conmigo mismo, y de preguntar como Nicodemo: «¿Cómo puedo *yo* nacer de nuevo?», debo sencillamente arrojarme, por la fe, en los brazos de Jesús, y así habré nacido de nuevo. Todos aquellos que depositan su confianza en Cristo han recibido una nueva vida, han nacido de nuevo.

“De cierto, de cierto os digo: El *que oye mi palabra, y cree al que me envió*, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”. “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna”. “Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que *creyendo, tengáis vida en su nombre*” (Juan 5:24; 6:47; 20:31). Estos pasajes prueban que la única manera en que podemos tener esta nueva vida, vida eterna, es simplemente recibiendo el testimonio respecto de Cristo: todos aquellos que creen este testimonio, tienen esta nueva vida, vida eterna. Notemos que no se trata simplemente de quienes *dicen* creer, sino de aquellos que *realmente creen*, según el sentido del término en los pasajes anteriores. Hay poder vivificante en el Cristo que revela la Palabra de Dios, y en la Palabra que revela a Cristo. “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán”. Y, para que la ignorancia no se asombre, y el escepticismo no se mofe ante la idea de que las almas de los muertos puedan oír, añade:

“ No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación (Juan 5:25, 28-29).

El Señor puede hacer que las almas de los muertos o sus cuerpos oigan su voz vivificante. Su poderosa voz puede comunicar la vida tanto al cuerpo como al alma. El incrédulo y el escéptico argumentan en contra de esto simplemente porque hacen de su vana mente carnal la medida, la norma de lo «que debe ser», excluyendo así enteramente a Dios. Este es el colmo de la insensatez.

Pero el lector puede sentirse dispuesto a preguntar: «¿Qué relación tiene todo esto con el significado de la palabra “agua”?». A lo que respondemos: Tanta como para demostrar que el nuevo nacimiento se produce, como la nueva vida se comunica, por la voz de Cristo, la cual es realmen-

te la Palabra de Dios, como lo leemos en Santiago: “El, de su voluntad, nos hizo *nacer por la palabra de verdad*” (Santiago 1:18). Y también: “*Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre*” (1 Pedro 1:23). En ambos pasajes la Palabra es presentada como el instrumento por el cual se produce el nuevo nacimiento. Santiago declara que somos engendrados “por la Palabra de verdad” y Pedro manifiesta que somos “renacidos por la Palabra de Dios”. Es obvio, pues, que el Señor, al hablar de nacer “de agua” representa, bajo esta significativa figura, la Palabra de Dios: figura o símbolo que “un maestro de Israel” podía haber entendido con solo estudiar Ezequiel 36:25-27. Hay un hermoso pasaje en la epístola a los Efesios que presenta a la Palabra bajo la figura del agua: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el *lavamiento del agua por la palabra*” (Efesios 5:25-26). Y también leemos en la epístola a Tito: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:5-7). De todas estas citas aprendemos que la Palabra de Dios es el gran instrumento del que se sirve el Espíritu Santo para dar vida a las almas de los que han muerto. Esta verdad se confirma, de una manera particularmente interesante, por la conversación que el Señor mantiene con Nicodemo; pues, en vez de responder a su reiterada pregunta de “¿cómo puede hacerse esto?”, el Señor le presenta a este “maestro de Israel” la sencilla lección que enseña la serpiente de bronce; antiguamente, los israelitas mordidos eran sanados con una simple mirada a la serpiente alzada (Números 21:59). Ahora el pecador perdido puede hallar la vida sencillamente al mirar a Jesús por la fe, primero clavado en la cruz, y luego sentado en el trono.

Seguramente los israelitas habrán mirado las heridas que les provocaron las dolorosas mordeduras de las serpientes, pero para hallar el remedio solamente debían mirar a la serpiente de bronce. Del mismo modo, al pecador perdido, por agobiada que tuviere su conciencia, no se le dice que mire sus pecados para obtener el socorro: una sola mirada de fe a Jesús basta para que tenga la vida. El israelita no tuvo que mirar dos veces para ser sanado; tampoco el pecador debe mirar dos veces para recibir la vida. No fue la manera de mirar, sino el objeto que miró el israelita lo que lo sanó; tampoco es el modo de contemplar, sino el objeto en el cual el pecador fija la mirada lo que lo salva: “*Mirad a mí*” –dice el Señor– “y sed salvos, todos los términos de la tierra” (Isaías 45:22). Esta fue la preciosa lección que Nicodemo debía aprender, y la respuesta a su insistente pregunta respecto al «cómo». Si alguien comienza a razonar acerca del nuevo

nacimiento, seguramente quedará confundido; pero si cree en Jesús, nacerá de nuevo. La razón humana nunca podrá comprender el nuevo nacimiento, porque la Palabra de Dios lo produce. Muchos hallan un tropiezo en esto porque se enfocan en el mecanismo o proceso de la regeneración, en vez de someterse a la Palabra regeneradora. Y el resultado es que están desconcertados y confundidos. Se miran a sí mismos, en vez de mirar a Cristo. Y no puede ser de otra manera, pues existe una inseparable conexión entre el objeto que miramos y el efecto que tal mirada produce. ¿Qué habría ganado un israelita mirando sus heridas? ¡Nada! ¿Qué consiguió al mirar a la serpiente de bronce? Ser sanado. ¿Qué gana el pecador al mirarse a sí mismo? ¡Nada! ¿Qué gana al mirar a Jesús?: “La vida eterna”.

3. ¿Cuáles son sus resultados?

Como tercer y último punto, consideraremos los resultados de la regeneración, punto –huelga decirlo– de sumo interés. ¿Quién podrá jamás apreciar debidamente los gloriosos resultados de ser hijos de Dios? ¿Quién podrá describir los afectos que pertenecen a una relación tan santa y elevada en la que entra el alma al nacer de nuevo? ¿Quién puede explicar satisfactoriamente esa preciosa comunión de la que goza el privilegiado hijo de Dios con su Padre celestial? “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:1-3). “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y *coherederos* con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que *juntamente con él* seamos glorificados” (Romanos 8:14-17).

Diferencia entre la vida y la paz

Es de suma importancia conocer la diferencia entre *vida* y *paz*. La primera es el resultado de nuestra unión con la *Persona* de Cristo; la última es el resultado de su *obra*.

El que tiene al Hijo, tiene la vida



(1 Juan 5:12);

pero “*justificados*, pues, por la fe, tenemos paz” (Romanos 5:1); “haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20). En el mismo momento en que una persona recibe en su corazón la simple verdad del Evangelio, se convierte en un hijo de Dios (Juan 1:12); y esta verdad es la “simiente incorruptible” de “la naturaleza divina” (1 Pedro 1:23; 2 Pedro 1:4). Muchos ignoran todo lo que implica esta simple aceptación de la verdad del Evangelio. En el ámbito natural, el hijo de un noble puede no ser consciente de sus derechos, privilegios y demás consecuencias derivadas de su parentesco; y lo mismo puede suceder en la gracia. Pero esto no cambia nada el hecho; puedo no estar plenamente consciente del parentesco y de sus resultados, pero esto no modifica en absoluto mi posición. Existen afectos y vínculos propios de dicha relación, pero debo cultivarlos y permitir que se puedan entrelazar con naturalidad alrededor de su propio objeto, de Aquel que me ha engendrado por la Palabra de verdad (Santiago 1:18). Tengo el privilegio de gozar plenamente de todo el afecto paternal que emana del corazón de Dios, y de corresponder a este amor, por el poder del Espíritu que mora en mí. “Ahora *somos* hijos de Dios” (1 Juan 3:2). El nos hizo así, y ha otorgado este maravilloso y extraordinario privilegio a todo aquel que tenga simple fe en la verdad: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). Esta posición no se gana “por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho” o que hayamos podido hacer, sino sencillamente “por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser *herederos* conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:5-7). Somos llamados “hijos” y hechos “herederos”, y simplemente por creer en la verdad del Evangelio, que es “la simiente incorruptible” de Dios.

La vida

Tomemos el caso del más vil pecador, que hasta el día de hoy ha vivido cometiendo las peores atrocidades. Dejemos que esa persona reciba en su corazón el puro Evangelio de Dios, que crea de todo corazón

“ que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras
(1 Corintios 15:4),

y, en ese mismo lugar y en ese mismo momento, se convierte en un hijo de Dios; es ahora una persona completamente salvada, perfectamente justificada y aceptada por Dios. Al recibir en su corazón el simple testimonio acerca de Cristo, ha recibido vida nueva. Cristo es “la verdad y la vida”; y, cuando recibimos la verdad, recibimos a Cristo; y cuando recibimos a Cristo, recibimos la vida: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36). Y ¿cuándo recibe esta vida? Desde el momento en que deposita su fe en Cristo: “... Para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31). La verdad acerca de Cristo es la simiente de la vida eterna, y cuando creemos esta verdad, recibimos la vida.

Notemos que esto es lo que afirma la Palabra de Dios. Se trata del testimonio divino, no de sentimientos humanos. No recibimos la vida por *sentir* algo en nosotros, sino *creyendo* algo que oímos acerca de Cristo; y eso que oímos se halla fundado en la autoridad de la Palabra eterna de Dios, “las Sagradas Escrituras”. Conviene entender bien este punto. Muchos esperan ver *en* ellos las evidencias o pruebas de la vida nueva, en vez de mirar *fuera* de ellos, al objeto que comunica dicha vida. Es perfectamente cierto que “el que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo” (1 Juan 5:10); pero tengamos en cuenta que se trata del “testimonio” de una vida que es recibida *por la fe* en el Hijo de Dios, y no por el hecho de fijar la mirada en nosotros mismos. Y cuanto más fije la mirada en Cristo, tanto más claro y satisfactorio será “el testimonio” en mí mismo. Si tomo tal “testimonio” como *objeto* o centro de mi vida espiritual, viviré sumido en un mar de dudas e incertidumbres. Pero, si hago de Cristo el objeto de mi corazón, el testimonio en mí estará revestido de toda su divina integridad y poder. Es sumamente importante no tener ninguna duda respecto de este punto, debido a la fuerte tendencia de nuestros corazones a buscar *dentro* de nosotros mismos el fundamento de nuestra paz y satisfacción, en vez de edificarlo sola y exclusivamente sobre Cristo. Cuanto más sencillamente nos aferremos a Cristo, sin mirar nada a nuestro alrededor, tanto más reposo y felicidad tendremos; pero, no bien apartemos la mirada de él, tanto más turbados e infelices seremos.

La paz

En una palabra, el lector debe tratar de comprender, con la mayor precisión y fundamento bíblico, la diferencia entre *vida* y *paz*. La primera es el resultado de nuestra relación con la *Persona* de Cristo, mientras que la segunda es el resultado de creer en su *obra* consumada. A menudo nos encontramos con personas nacidas de nuevo que se sienten tristemente turbadas e intranquilas

en cuanto a su aceptación por Dios. Creen verdaderamente en el nombre del Hijo de Dios y, por consecuencia, tienen la vida; pero, al no ver la plena suficiencia de la obra de Cristo para sus pecados, están turbadas en su conciencia y no hallan reposo en su alma.

Ilustremos esta verdad. Si pusiéramos un peso de 50 kilos sobre un muerto, no lo sentiría; por más que aumentemos dicha carga, seguirá sin sentir nada, porque no tiene *vida*. Pero supongamos por un instante que la recuperase, ¿qué sucedería? Experimentaría una terrible sensación de agobio por el enorme peso. ¿Qué necesitaría entonces para disfrutar plenamente de la vida que ha recibido? Evidentemente que le quiten de encima todo el peso que lo oprime. Lo mismo podemos decir de un pecador que recibe la vida al creer en la Persona del Hijo de Dios. Mientras estaba en un estado de muerte espiritual, carecía de sensibilidad espiritual, no tenía la menor noción de que un peso lo oprimía. Pero cuando recibe la vida, recibe asimismo una sensibilidad espiritual que le hace sentir una gran carga sobre su corazón y su conciencia, y no sabe exactamente cómo deshacerse de ella. Todavía no es consciente de todo lo que implica creer en el nombre del Unigénito Hijo de Dios; ni ha visto que Cristo es a la vez su justicia y su vida. Necesita una simple mirada al sacrificio terminado de Cristo, por el cual *todos* sus pecados fueron sepultados para siempre en las aguas del eterno olvido, y ver que ahora goza de todo el favor de Dios. Esto, y solo esto, es lo que puede quitar la pesada carga del corazón e infundir el profundo reposo que nada podrá jamás perturbar.

Si veo a Dios como Juez y yo me considero un pecador perdido, necesito “la sangre preciosa de Cristo” –“la sangre de su cruz”– (Colosenses 1:20), para ser llevado a su presencia por “el camino de la justicia”. Debemos comprender plenamente que todas las demandas que Dios, el juez justo, tiene sobre mí –pecador culpable–, han sido divinamente satisfechas y eternamente resueltas por “la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:19). Esto trae paz a mi alma; pues, en virtud de esa sangre, Dios puede ser

justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús

“

(Romanos 3:26).

En la cruz, Dios fue glorificado en cuanto a mis pecados. Toda la cuestión del pecado ha sido plenamente resuelta entre Dios y Cristo, en la más absoluta y terrible soledad del Calvario. En consecuencia, mi carga ha sido aliviada, mi peso quitado, mis culpas borradas; puedo respirar tranquilo, tener perfecta paz; no hay literalmente ninguna acusación contra mí. Soy libre, tan libre

como la sangre de Jesús puede hacerme. El Juez se ha declarado satisfecho en cuanto al pecado, resucitando de entre los muertos a Aquel que responde por el pecador, y sentándole a la diestra de la Majestad en las alturas.

En un lugar del corazón del Padre

Pero hay otro punto sumamente importante. No solo me veo como un pecador culpable a quien se le ha abierto el camino de acceso a Dios, Juez justo, sino que veo también que Dios, en cumplimiento de sus eternos consejos de amor electivo, me hizo nacer por la Palabra de verdad, me hizo su hijo, me adoptó como miembro de su familia y me puso en tal relación con él que puedo gozar de su comunión paternal, rodeado de todos los privilegios del divino círculo familiar. Este, naturalmente, es otro aspecto de la posición y el carácter del creyente. Ya no se trata de presentarse ante Dios con la plena conciencia y seguridad de que toda justa demanda ha sido perfectamente satisfecha. Esto es en sí algo inefablemente precioso para un corazón agobiado por el peso del pecado; pero hay mucho más: el hecho de que Dios es mi Padre y yo soy su hijo. Tiene un corazón de Padre, y puedo contar con su amor en medio de mis debilidades y necesidades. El me ama, no por lo que yo pudiera hacer, sino porque soy su hijo.

Miremos a un niño vacilante, objeto de continuo cuidado y solicitud, totalmente incapaz de promover y velar por los intereses de su padre, a quien este ama tanto que no lo cambiaría por diez mil mundos; pues bien, si esto es así con un padre terrenal, ¿cuánto más podemos esperar de nuestro Padre celestial? Nos ama, no por lo que pudiéramos hacer, sino porque somos sus hijos.

El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad



(Santiago 1:18).

Así como no podemos satisfacer las demandas de un Juez justo, tampoco podemos ganarnos un lugar en el corazón del Padre. Todo lo hemos recibido por pura gracia. El Padre nos ha engendrado y el Juez mismo ha “hallado el rescate” (Job 33:24, V. M.). Por ambas cosas, pues, somos deudores de la gracia divina.

Pero no olvidemos que si bien somos totalmente incapaces de ganarnos un lugar en el corazón del Padre por nuestros propios esfuerzos, o de satisfacer las demandas del Juez justo, somos, no obstante, responsables de creer “el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo” (1 Juan 5:9-11). Digo esto por si alguno de mis lectores se atrinchera tras los dogmas de una teología basada sobre una sola parte de la verdad, mientras rehúsa creer el sencillo testimonio de Dios.

Hay muchas personas –inteligentes también– que, cuando se los insta a aceptar el Evangelio de la gracia de Dios, están dispuestos a responder: «No puedo creer mientras Dios no me dé poder para hacerlo; y nunca seré investido de dicho poder a menos que sea uno de los elegidos. Si pertenezco al número de los favorecidos, *habré de ser salvo*; de lo contrario, no lo podré ser».

El razonamiento de esta escuela teológica no solo falla por presentar un solo lado de la verdad y omitir el otro, sino que, a partir de la parcialidad de sus argumentos, saca conclusiones equivocadas, a tal punto que termina adoptando la forma de un absurdo y peligroso fatalismo que destruye por completo la responsabilidad del hombre y trae deshonra sobre la administración moral de Dios. Lanza al hombre a una desenfrenada carrera de insensatez, y hace de Dios el autor de la incredulidad del pecador. Claramente esto añade el insulto al agravio, puesto que, primero, hace a Dios mentiroso, y luego lo acusa de ser la causa de todo ello. Rechaza el amor que Dios ofrece al mundo y lo hace a él culpable de ese rechazo. Esta perversa y temeraria escuela de pensamiento, como dijimos, se basa sobre una teología circunscripta a una sola parte de la verdad.

Ahora bien, ¿puede alguien imaginar que tan fútil argumento pueda sostenerse un solo instante ante “el rey de los espantos” (Job 18:14), o ante el tribunal de Cristo? ¿Hay acaso alguna alma en las tenebrosas regiones de los perdidos que piense alguna vez en acusar a Dios de ser el autor de su perdición eterna? ¡De ninguna manera! Solamente en la tierra se arguye de esta manera. Este tipo de argumentos nunca se oyen en el infierno. Cuando los hombres vayan al infierno, solo se echarán la culpa a sí mismos. En el cielo, alabarán al Cordero. Todos los perdidos habrán de reprocharse a *sí mismos*; mientras que todos los redimidos darán las gracias a *Dios*. Cuando el alma no arrepentida haya cruzado el estrecho acueducto del tiempo y desembocado en el infinito mar de la eternidad, comprenderá la profundidad, plenitud y poder de estas palabras del Señor:

“¡Cuántas veces quise..., y no quisiste!” (Mateo 23:37).

En verdad, la Palabra de Dios enseña claramente tanto la responsabilidad del hombre como la soberanía de Dios. Al hombre le resulta imposible formular un sistema teológico que dé a cada verdad el lugar que le corresponde. Pero él no es llamado a elaborar sistemas, sino a creer el simple testimonio de la Palabra de Dios y a ser salvo por medio de él.

Otros resultados del nuevo nacimiento

Habiendo dicho lo suficiente como para advertir a aquellos que estén en peligro de caer bajo la influencia de dicha línea de argumentación, pasaré a considerar otro aspecto de los resultados de la regeneración: *la disciplina en la casa del Padre*. Como hijos de Dios, gozamos de todos los privilegios de su casa, y, la disciplina de su casa, es, de hecho, uno de los tantos privilegios de esa casa. Dios ejerce su disciplina hacia nosotros sobre la base de las relaciones en las cuales nos ha introducido. Un padre disciplina a sus hijos, justamente porque son suyos. Si veo a un niño ajeno haciendo algo malo, no me incumbe castigarlo. Para hacerlo, debería estar unido a él por los vínculos paternos y conocer los afectos y responsabilidades que entraña tal parentesco. Asimismo, Dios, nuestro Padre, en su abundante gracia y fidelidad, cuida de nosotros a lo largo de todo nuestro camino, y no toleraría nada en nosotros que fuese indigno de él y que afectara nuestra paz e impidiese sus bendiciones.

“Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero este para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad” (Hebreos 12:9-10). La disciplina es, pues, un privilegio positivo, por cuanto constituye una prueba de los cuidados de nuestro Padre, y tiene por objeto nuestra participación en la santidad divina.

Pero tengamos siempre en cuenta que la disciplina de la mano de nuestro Padre debe siempre interpretarse a la luz del semblante de nuestro Padre, y que los profundos misterios de su gobierno moral han de contemplarse a través de su tierno amor. Perder esto de vista sería caer seguramente en un espíritu de esclavitud respecto de nosotros mismos y de juicio para con nuestros hermanos, siendo ambas cosas directamente contrarias al espíritu de Cristo. Todos los tratos de nuestro Padre con nosotros, son hechos en perfecto amor; si nos da el pan diario, lo hace con amor, y si deja caer su vara sobre nosotros, también lo hace con amor, porque “Dios es amor”. A menudo sucede que no entendemos las razones de por qué la mano de nuestro Padre actúa de determinada manera hacia nosotros. Nos parece oscuro e inexplicable. La niebla que rodea nuestros espíritus es tan densa y espesa que nos impide ver con claridad la gloriosa luz que dimana del rostro de nuestro Padre y su actitud hacia nosotros. Atravesamos entonces penosos momentos de prueba; una solemne crisis en la historia del alma. Y al no poder comprender los profundos secretos del gobierno divino, corremos grave peligro de perder el sentido del amor divino. Mientras tanto, Satanás seguramente desarrollará una actividad febril: arrojará sus más violentos “dardos de fuego”, sembrando la duda y acosándonos con sus diabólicas sugerencias

de las cuales tiene la aljaba llena. Así pues, entre los razonamientos impíos que surgen de dentro de uno mismo, y las horrorosas sugerencias que vienen de afuera, corremos peligro de perder el equilibrio y dejar la preciosa actitud de descansar confiada y sencillamente en el amor divino, cualquiera que sea la forma en que se manifieste el gobierno de Dios.

Con respecto a los demás, los efectos también son negativos. ¿Cuántas veces tenemos la costumbre de juzgar erróneamente a nuestros hermanos cuando se hallan visitados de manera especial por la mano de Dios, en mente, cuerpo o circunstancias? ¡Debemos guardarnos de este espíritu! Es un principio enteramente falso creer que toda prueba por la que pasa un hermano se debe siempre a un pecado de su parte. Las experiencias a las que Dios nos somete pueden ser tanto preventivas como correctivas.

Citaré un ejemplo: Mi hijo está en la habitación en dulce intimidad conmigo, cuando llega una persona que sé que dirá algunas cosas que no deseo que oiga mi hijo, a quien, sin más explicaciones, ordeno salir de la habitación. Bien; si él no confiase en mí, y se pusiera a pensar el porqué de esto o de aquello, podría interpretar mal mi actitud y poner en duda mi amor; pero, apenas el visitante ha salido, llamo a mi hijo y le explico detalladamente el asunto; entonces, con una renovada experiencia de amor paterno, deja en seguida en el olvido todas las suspicacias generadas durante el mal rato que pasó. Pues bien, así sucede a menudo con nuestros pobres corazones, en lo que respecta a los caminos de Dios con nosotros o con los demás. Razonamos cuando debiéramos descansar confiados; dudamos en vez de depender; la confianza en el inmutable amor de nuestro Padre es el mejor correctivo. ¡Confiemos siempre en la plena seguridad de ese amor inmutable, eterno e infinito que nos ha levantado de nuestro miserable estado a la categoría de “hijos de Dios”, y que nunca nos fallará ni nos abandonará, hasta que entremos en la eterna e inquebrantable comunión de la casa de nuestro Padre! ¡Quiera Dios que ese amor abunde aún más en nuestros corazones, a fin de que podamos comprender más plenamente el significado y el poder de la regeneración: lo que es, cómo se produce y cuáles son sus resultados, para gloria de su nombre!

Responsabilidad y capacidad

El tema de la responsabilidad e incapacidad del hombre genera turbación en muchas personas

El tema de la *responsabilidad* del hombre puede ocasionar turbación en la mente de muchas personas. Estas consideran que es difícil –por no decir imposible– conciliar este principio con el hecho de que el hombre carece por completo de *capacidad*. «Si el hombre –arguyen algunos– carece de toda capacidad, ¿cómo puede ser responsable? Si él, por sí mismo, no puede arrepentirse ni creer al Evangelio, ¿cómo puede ser responsable? Y si no es responsable de creer al Evangelio, ¿sobre qué base, entonces, podrá ser juzgado por rechazarlo?».

Dos sistemas teológicos opuestos con proposiciones correctas pero con deducciones erróneas

Así es como la mente humana razona y arguye; y la teología, lamentablemente, no ayuda a resolver la dificultad, sino que, por el contrario, aumenta la confusión y la oscuridad. Pues, por un lado, una escuela de teología –la «alta» o calvinista– enseña –y correctamente– *la completa impotencia o incapacidad del hombre*. Sostiene que si al hombre se lo deja librado a sus propios medios, él jamás *querrá* ni *podrá* venir a Dios; que esto solo es posible gracias al gran poder del Espíritu Santo; que si no fuese por la gracia libre y soberana, nunca una sola alma podría ser salva; que, si de nosotros dependiera, solo hacemos el mal y nunca haríamos el bien. De todo esto, el calvinista *deduce que el hombre no es responsable*. Su enseñanza es correcta, pero su deducción es errónea. La otra escuela de teología –la «baja» o arminiana– enseña –y correctamente– que *el hombre es responsable*; que será castigado con eterna destrucción por haber rechazado el Evangelio; que Dios manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan; que ruega a los pecadores, a todos los hombres, al mundo, que se reconcilien con Él; que Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. De todo esto, el sistema *deduce que el hombre tiene el poder o la facultad de arrepentirse y creer*. Su enseñanza es correcta; su deducción, errónea.

La Biblia demuestra claramente la completa incapacidad del hombre de ir a Dios

De esto se sigue que ni los razonamientos humanos ni las enseñanzas de la mera teología –alta o baja– podrán jamás resolver la cuestión de *la responsabilidad del hombre y de su incapacidad*. La palabra de Dios solamente puede hacerlo; y lo hace de la manera más simple y concluyente. Ella

enseña, demuestra e ilustra, desde el comienzo del Génesis hasta el final del Apocalipsis, *la completa incapacidad del hombre para obrar el bien y su incesante inclinación al mal*. La Escritura, en Génesis 6, declara que “*todo* designio de los pensamientos del corazón de ellos es de continuo *solamente* el mal”. En Jeremías 17 declara que “engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso”. En Romanos 3 nos enseña que “no hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”.

El fracaso de todas las dispensaciones corrobora la incapacidad del hombre

Además, la Escritura no solo enseña la doctrina de la completa e irremediable ruina del hombre, de su incorregible mal, de su total impotencia para hacer el bien y de su invariable inclinación al mal, sino que también nos provee de un cúmulo de pruebas, absolutamente incontestables, en la forma de hechos e ilustraciones tomados de la historia actual del hombre, que demuestran la doctrina. Nos muestra al hombre en el jardín, creyendo al diablo, desobedeciendo a Dios y siendo expulsado. Lo muestra, tras haber sido expulsado, siguiendo su camino de maldad, hasta que Dios, finalmente, tuvo que enviar el diluvio. Luego, en la tierra restaurada, el hombre se embriaga y se degrada. Es probado sin la ley, y resulta ser un rebelde sin ley. Entonces es probado bajo la ley, y se convierte en un transgresor premeditado. Entonces son enviados los profetas, y el hombre los apedrea; Juan el Bautista es enviado, y el hombre lo decapita; el Hijo de Dios es enviado, y el hombre lo crucifica; el Espíritu Santo es enviado, y el hombre lo resiste.

El hombre solo puede ir a Dios si es forzado por el Espíritu Santo

Así pues, en cada volumen –por decirlo así– de la historia del género humano, en cada sección, en cada página, en cada párrafo, en cada línea, leemos acerca de su completa ruina, de su total alejamiento de Dios. Se nos enseña, de la manera más clara posible, que, si del hombre dependiera, jamás podría ni querría –aunque, seguramente, debería– volverse a Dios, y hacer obras dignas de arrepentimiento. Y, en perfecta concordancia con esto, aprendemos de la parábola de la gran cena que el Señor refirió en Lucas 14, que ni tan siquiera uno de los convidados quiso hallarse a la mesa. Todos los que se sentaron a la mesa, fueron “forzados a entrar”. Ni uno solo jamás habría asistido si hubiese sido librado a su propia decisión. La gracia, la libre gracia de Dios, debió forzarlos a entrar; y así lo hace. ¡Bendito sea por siempre el Dios de toda gracia!

La responsabilidad de arrepentirse y creer a Dios se enseña en toda la Biblia

Pero, por otra parte, al lado de todo esto, y enseñado con igual fuerza y claridad, está la solemne e importante verdad de *la responsabilidad del hombre*. En la Creación, Dios se dirige al hombre como a un ser responsable, pues tal indudablemente lo es. Y además, su responsabilidad, en cada caso, es medida por la luz y los beneficios que le fueron dados. Por eso, al abrir la epístola a los Romanos, vemos que el gentil es considerado en una condición sin ley, pero es tenido por responsable de prestar oído al testimonio de la Creación, lo que no ha hecho. El judío es considerado como estando bajo la ley, siendo responsable de guardarla, lo que no ha hecho. Luego, en el capítulo 11 de la epístola, la cristiandad es considerada como responsable de permanecer en la bondad de Dios, lo cual no hizo. Y en 2 Tesalonicenses 1 leemos que aquellos que no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo, serán castigados con eterna destrucción. Por último, en el capítulo 2 de la epístola a los Hebreos, el apóstol urge en la conciencia esta solemne pregunta: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?”.

Ahora bien, el gentil no será juzgado sobre la misma base que el judío; tampoco el judío será juzgado sobre la misma base que el cristiano nominal. Dios tratará con cada uno sobre su propio terreno y según la luz y los privilegios recibidos. Hay quienes recibirán “muchos azotes”, y quien será “azotado poco”, conforme a Lucas 12. Será “más tolerable” para unos que para otros, según Mateo 11. El Juez de toda la tierra hará lo que es justo (Génesis 18:25); pero el hombre es responsable, y su responsabilidad es medida por la luz y los beneficios que le fueron dados. No todos son medidos por el mismo rasero, sin discriminaciones de ningún tipo, como si todos estuvieran en pie de igualdad. Al contrario, se hace una distinción de lo más estricta, y nadie será jamás condenado por menospreciar y rechazar beneficios que no hayan estado a su alcance. Pero seguramente el solo hecho de que haya un juicio, demuestra fehacientemente –aunque no hubiera ninguna otra prueba– que el hombre es responsable.

¿Y quién –preguntamos– es el prototipo de irresponsabilidad por excelencia? Aquel que rechaza o desprecia el Evangelio de la gracia de Dios. El Evangelio revela toda la plenitud de la gracia de Dios. Todos los recursos divinos se despliegan en el Evangelio: El amor de Dios, la preciosa obra y la gloriosa Persona del Hijo, el testimonio del Espíritu Santo. Además, en el Evangelio, Dios es visto en el maravilloso ministerio de la reconciliación, rogando a los pecadores que se reconcilien con Él. Nada puede sobrepasar la grandeza de esto. Es el más elevado y pleno despliegue de la gracia, de la misericordia y del amor de Dios; por tanto, todos los que lo rechazan o menosprecian, son responsables en el sentido más estricto del término, y traen sobre sí el más severo juicio

de Dios. Aquellos que rechazan el testimonio de la *Creación* son culpables; los que quebrantan la *ley* son más culpables todavía; pero aquellos que rechazan la *gracia* ofrecida, son los más culpables de todos.

No es posible conciliar responsabilidad e incapacidad ni incumbe al hombre hacerlo

Algunos dirán que no es posible reconciliar ambas cosas: la incapacidad del hombre y su responsabilidad, y plantearán sus objeciones. Debemos recordar que no nos incumbe reconciliarlas. Dios lo ha hecho al colocarlas una junto a la otra en su eterna Palabra. Nos corresponde sujetarnos y creer, no razonar. Si atendemos a las conclusiones y deducciones de nuestras mentes, o a los dogmas contrapuestos de las distintas escuelas teológicas, caeremos en un embrollo y estaremos siempre desconcertados y confundidos. Pero si simplemente nos inclinamos ante las Escrituras, conoceremos la verdad. Los hombres pueden razonar y rebelarse contra Dios; pero la cuestión es si el hombre ha de juzgar a Dios o Dios ha de juzgar al hombre. ¿Es Dios soberano o no? Si el hombre ha de colocarse como juez de Dios, entonces Dios no es más Dios.

Oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?



(Romanos 9:20).

Esta es la cuestión fundamental. ¿Podemos responder a ella? Lo cierto es que esta dificultad referente a la cuestión de capacidad y responsabilidad es una completa equivocación que surge de la ignorancia de nuestra verdadera condición y de nuestra falta de absoluta sumisión a Dios. Toda alma que se halla en una buena condición moral, reconocerá con franqueza su responsabilidad, su culpa, su completa impotencia, su merecimiento del justo juicio de Dios, y que si no fuera por la soberana gracia de Dios en Cristo, ella sería inevitablemente condenada. Todos aquellos que no reconocen esto, desde lo profundo de su alma, se ignoran a sí mismos, y se colocan virtualmente en juicio contra Dios. Tal es su situación, si hemos de ser enseñados por la Escritura.

A pesar de su incapacidad, el hombre es responsable de sus actos

Tomemos un ejemplo. Un hombre me debe cierta suma de dinero; pero es un hombre inconsciente y despilfarrador, de modo que es incapaz de pagarme; y no solo eso, sino que tampoco tiene el menor deseo de hacerlo. No quiere pagarme; no quiere tener nada que ver conmigo. Si me

viera venir por la calle, se escabulliría por el primer callejón que encuentre para evadirme. ¿Es responsable? ¿Tengo razones para iniciar acciones legales contra él? ¿Acaso su total incapacidad para pagar lo exonera de su responsabilidad?

Luego le envió a mi siervo con un amable mensaje. Lo insulta. Le envió otro; y lo golpea violentamente. Entonces le envió a mi propio hijo para que le ruego que venga a mí y se reconozca deudor mío, para que confiese y asuma su correspondiente lugar, y para decirle que no solo quiero perdonar su deuda, sino también asociarlo a mí. Él entonces insulta a mi hijo de la peor manera, lanza todo tipo de improperios contra él y, finalmente, lo asesina.

Todo esto constituye simplemente una muy débil ilustración de cuál es la situación real entre Dios y el pecador; sin embargo, algunos quieren razonar y discutir acerca de la injusticia de sostener que el hombre es responsable. Ello es un fatal error –y en todos los casos se verá que es así–. Ninguna alma en el infierno tiene alguna dificultad sobre este tema. Y con toda seguridad que en el cielo nadie experimenta ninguna dificultad al respecto. Todos los que se hallen en el infierno reconocerán que recibieron lo que merecían conforme a sus obras; mientras que los que estén en el cielo se reconocerán, como lo expresó el poeta, «deudores de la gracia sola». Los primeros tendrán que reprocharse a sí mismos por ello; los últimos darán las gracias a Dios por ello. Creemos que esta es la única solución verdadera a la cuestión de *la responsabilidad y la capacidad del hombre*.

Calvinismo y arminianismo

El error de una teología torcida que contiene un solo lado de la verdad

Hace poco hemos recibido una larga carta que proporciona una muy sorprendente prueba de los desconcertantes efectos de una teología torcida que contiene un solo lado de la verdad, y que pretende ser la verdad completa. Nuestro corresponsal se halla evidentemente bajo la influencia de lo que se denomina «la alta escuela de doctrina» (calvinismo extremo). En consecuencia, no puede ver lo correcto de llamar a los inconversos a que «vengan», a que «oigan», a que «se arrepientan» o a que «crean». Para él es una pretensión tan imposible como pedir peras al olmo.

Ahora bien, creemos plenamente que *la fe es don de Dios* (véase Efesios 2:8; 2 Pedro 1:1), y que ella no es conforme a la voluntad del hombre ni por su poder (Juan 1:13; Santiago 1:18; Romanos 8:7). Creemos, además, que ninguna alma vendrá jamás a Cristo si no es atraída –forzada– por la gracia divina a hacerlo (véase Juan 6:37, 44, 65); por lo tanto, todos los que son salvos tienen que dar gracias a Dios por su *gracia libre y soberana* al respecto. Su cántico es, y siempre será: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, y por amor a tu fidelidad” (Salmo 115:1, LBLA).

Y nosotros creemos esto, no como parte de un determinado sistema de doctrina, sino como la verdad revelada de Dios. Pero, por otro lado, también creemos, y de igual manera, en la solemne verdad de *la responsabilidad moral del hombre*, puesto que la Escritura lo enseña claramente (véase, por ejemplo, Hechos 17:30; 2 Tesalonicenses 1:9), aunque no lo encontremos entre los denominados «cinco puntos de la fe de los escogidos de Dios».

Creemos en estos cinco puntos, hasta donde están escritos; pero distan muchísimo de abarcar *toda* la fe de los escogidos de Dios. Hay extensas áreas de la revelación divina que este sistema teológico defectuoso y mal desarrollado ni remotamente contempla, ni a las que hace siquiera la más leve alusión. ¿Dónde hallamos el llamamiento celestial? ¿Dónde está la gloriosa verdad de la Iglesia como cuerpo y esposa de Cristo? ¿Dónde está la preciosa esperanza santificadora de la venida de Cristo para recibir a los suyos en el aire? ¿Dónde vemos que el vasto campo de la profecía se abra a la visión de nuestras almas en lo que tan pomposamente ha venido a llamarse «la fe de los escogidos de Dios»? En vano buscaremos la menor traza de ello en todo el sistema con el cual nuestro amigo está vinculado.

Ahora bien, ¿podríamos suponer por un momento que el bendito apóstol Pablo aceptaría como «la fe de los escogidos de Dios» un sistema que excluye el glorioso misterio de la Iglesia de la cual él fue hecho ministro de una manera especial? Supongamos que alguien le hubiera mostrado a Pablo «los cinco puntos» del calvinismo como una declaración de la verdad de Dios, ¿qué habría dicho? ¿Qué? ¡«Toda la verdad de Dios»; «la fe de los escogidos de Dios»; «todo aquello que es esencial para la fe»! ¡Pero ni una sílaba acerca de la verdadera posición de la Iglesia, de su llamamiento, de su esperanza y de sus privilegios!

¡Tampoco se hace ninguna mención del futuro de Israel! Vemos una completa ignorancia o, en el mejor de los casos, un despojamiento de las promesas hechas a Abraham, Isaac, Jacob y David. Las enseñanzas proféticas en su conjunto son relegadas a un vago sistema de interpretación falsamente llamado «espiritualizador» o «alegorizante», mediante el cual a Israel se lo priva de su propia porción, y los cristianos son rebajados a un nivel terrenal; ¡y esto nos es presentado con la elevada pretensión de ser «la fe de los escogidos de Dios»!

¡Gracias a Dios que ello no es así! Él –bendito sea su Nombre– no se ha confinado dentro de los estrechos límites de ninguna escuela teológica, alta, baja o moderada. Se ha revelado a sí mismo. Ha declarado los profundos y preciosos secretos de su corazón. Ha hecho manifiestos sus eternos consejos con respecto a la Iglesia, a Israel, a los gentiles y a toda la creación. Los hombres si quieren pueden tratar de confinar el vasto océano dentro de un balde que ellos mismos han formado, de la misma manera que pretenden confinar el vasto rango de la revelación divina dentro de los débiles cercos de los sistemas de teología humanos. No es posible hacer esto, ni se debiera intentar hacerlo. Es muchísimo mejor hacer a un lado los sistemas teológicos y las escuelas de teología, y venir, cual un niño, a la eterna fuente de la Santa Escritura, para beber de ella las vivas enseñanzas del Espíritu de Dios.

Nada es más nocivo para la verdad de Dios, más desecante para el alma ni subversivo para el crecimiento y el progreso espiritual que la mera teología, ya alta o calvinista, ya baja o arminiana. Es imposible que el alma progrese más allá de los límites del sistema con el que está relacionada. Si se me enseña a considerar «los cinco puntos» como «la fe de los escogidos de Dios», no me interesará mirar más allá de ellos; y entonces un glorioso conjunto de verdades celestiales quedará vedado a mi vista. Resultaré atrofiado y estrecho de miras, con una visión meramente parcial de la verdad. Correré peligro de caer en ese estado de alma frío y entumecido que resulta de estar ocupado con meros puntos de doctrina en vez de estarlo con Cristo.

Un discípulo de la alta escuela de teología –o calvinista– no quiere oír acerca de un Evangelio para el mundo entero; del amor de Dios hacia el mundo; de las buenas nuevas para toda criatura debajo del cielo. Él solo ha conseguido un Evangelio para los escogidos. Por otra parte, un discípulo de la baja escuela –o arminiana– no quiere oír acerca de la eterna seguridad de los que creen. Su salvación –alegan– depende en parte de Cristo y en parte de ellos mismos. Conforme a este sistema, el cántico de los redimidos debería sufrir una modificación: En lugar de cantar simplemente: «Digno es el Cordero», deberíamos agregar: «Y dignos somos *también* nosotros». Podemos ser salvos hoy, y perdernos mañana. Todo esto deshonra a Dios, y priva al cristiano de toda paz verdadera.

Al escribir así no es nuestra intención ofender al lector. Nada estaría más lejos de nuestros pensamientos. No estamos tratando con personas, sino con escuelas de doctrina y sistemas de teología, de los que suplicamos con la mayor vehemencia a nuestros amados lectores que se aparten de una vez para siempre. Ningún sistema teológico contiene la verdad entera, completa, de Dios. Todos, es verdad, contienen ciertos elementos de verdad; pero la verdad siempre resulta anulada por el error; y aun cuando pudiésemos hallar un sistema que, en lo que va de él, no contenga más que la verdad, con todo, si no comprendiera toda la verdad, su efecto sobre el alma es pernicioso, porque conduce a una persona a vanagloriarse de tener toda la verdad de Dios, cuando, en realidad, solo se ha aferrado a un sistema humano que contiene un solo lado de la verdad.

Además, es raro encontrar un solo discípulo de cualquier escuela de doctrina que pueda enfrentar a la Escritura en su conjunto. Siempre se citarán un determinado número de textos preferidos que se repetirán continuamente; pero no se apropiará de una vasta porción de la Escritura. Tómense, por ejemplo, pasajes tales como los siguientes: “Pero Dios... ahora manda a *todos los hombres* en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17:30). “El cual quiere que *todos los hombres* sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). “El Señor... es paciente para con nosotros, no queriendo que *ninguno* perezca, sino que *todos* procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Y, en la última página del inspirado Volumen, leemos:

Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente
“ (Apocalipsis 21:17).

¿Hemos de tomar estos pasajes tal como están, o hemos de introducir palabras que modifiquen su sentido de manera de adaptarlos a nuestro particular sistema teológico? El hecho es que estos pasajes ponen de manifiesto la grandeza del corazón de Dios, las acciones de su naturaleza de

gracia y el vasto aspecto de su amor. No es conforme al amante corazón de Dios que ninguna de sus criaturas perezca. No hay tal cosa en la Escritura como ciertos decretos de Dios que relegan a un determinado número de hombres a la eterna condenación. Algunos pueden ser judicialmente entregados a la ceguera por su deliberado rechazo de la luz (véase Romanos 9:17; Hebreos 6:4-6; 10:26-27; 2 Tesalonicenses 2:11-12; 1 Pedro 2:8). Pero todos los que perecen, solo se echarán la culpa a sí mismos; mientras que los que alcancen el cielo, darán gracias a Dios.

Si hemos de ser enseñados por la Escritura, debemos creer que todo hombre es responsable conforme a su luz. El gentil es responsable de oír la voz de la creación. El judío es responsable sobre la base de la ley. La cristiandad es responsable sobre la base de una revelación completa que se halla contenida en toda la Palabra de Dios. Si Dios manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan, ¿quiere decir lo que afirma, o se refiere solamente a todos los escogidos? ¿Qué derecho tenemos de agregar, alterar, recortar o acomodar la Palabra de Dios? ¡Ninguno!

Tomemos la Escritura tal como está, y rechacemos todo lo que no pueda resistir la prueba. Bien podemos poner en duda la solidez de un sistema que no es capaz de soportar toda la fuerza de la Palabra de Dios en su conjunto. Si los pasajes de la Escritura parecen contradecirse, solo lo es a causa de nuestra ignorancia. Reconozcamos humildemente esto, y esperemos en Dios para una mayor luz. Este –bien podemos estar seguros de ello– es el firme terreno moral que debemos ocupar. En vez de tratar de reconciliar aparentes discrepancias, inclinémonos a los pies del Maestro y justifiquémosle en todos sus dichos. Así cosecharemos abundantes frutos de bendición, y creceremos en el conocimiento de Dios y de su Palabra en conjunto.

Unos pocos días atrás, un amigo puso en nuestras manos un sermón que había sido predicado recientemente por un eminente clérigo perteneciente a la alta escuela de doctrina. Hemos hallado en este sermón, al igual que en la carta de nuestro corresponsal, los efectos de una teología torcida que muestra un solo lado de la verdad. Por ejemplo, al referirse a esa magnífica declaración de Juan el Bautista, en Juan 1:29, el predicador la cita de la siguiente manera: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado de *todo el mundo del elegido pueblo de Dios*».

Pero en el pasaje no se dice ni una sola palabra acerca del «elegido pueblo de Dios». Se refiere a la gran obra propiciatoria de Cristo, en virtud de la cual toda traza de pecado será borrada de toda la creación de Dios. Nosotros veremos la plena aplicación de ese bendito texto de la Escritura solamente en los cielos nuevos y la tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Limitar el pasaje al pecado de los escogidos de Dios, solo puede ser considerado como fruto del prejuicio teológico, que tuerce la verdad.

“Dios por nosotros”

¿Qué, pues, diremos a esto?

“

Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?

(Romanos 8:31, RV 1909).

Introducción

¡Cuánto hay envuelto en estas pocas palabras “Dios por nosotros”! Forman una de esas maravillosas cadenas de tres eslabones, tan frecuentes en las Escrituras. Tenemos a “Dios” vinculado a “nosotros” por medio de ese pequeño, pero precioso, vocablo “por”. Esto pone en seguro todas las cosas para el tiempo y para la eternidad. No hay ni una sola cosa en toda la gama de las necesidades de un ser creado que no esté incluida en esa breve frase, pero de tan amplio alcance, que aparece a la cabeza de este artículo. Si Dios está a favor de nosotros, es una necesaria y bendita consecuencia que nada puede interponerse en el camino de nuestra paz presente y de nuestra felicidad y gloria eternas: ni nuestros pecados, ni nuestras iniquidades, ni nuestra culpabilidad, ni nuestra naturaleza caída, ni Satanás, ni el mundo ni ninguna otra cosa creada. Dios puede quitar de en medio todas estas cosas: y lo ha hecho ya de una forma tal que ha servido para dar esplendor a su gloria y engrandecer su santo nombre, a lo largo y ancho del Universo, para siempre jamás. ¡Sea alabada y adorada la eterna Trinidad!

Pruebas de que Dios está por nosotros

Sin embargo, puede que el lector se sienta dispuesto, antes de entrar en materia, a preguntar cómo puede saber él que está incluido en el “nosotros” de nuestra preciosa tesis. Esta es, de cierto, una pregunta de la mayor importancia. Nuestro eterno bien o nuestro eterno mal dependen de la respuesta. ¿Cómo, pues, sabremos que Dios está por nosotros? Para responder a esta pregunta de tanto peso, trataremos, con la gracia de Dios, de suministrar al lector cinco pruebas convincentes de que Dios está a favor de nosotros en toda nuestra necesidad, nuestra culpa, nuestra miseria y nuestro peligro, a pesar de todo lo que somos y de lo que hemos hecho; a favor de nosotros, aun cuando no hay razón alguna, en lo que respecta a nosotros, por la que haya de estar a favor de nosotros, sino infinitas razones por las que debería estar en contra de nosotros.

1. El don de su Hijo

La primera gran prueba que vamos a presentar es el *don de su Hijo*: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Nos alegra, por varias razones, comenzar nuestra serie de pruebas con esas palabras memorables. En primer lugar, solucionan una dificultad que podría ocurrírsele a un lector angustiado: una dificultad basada en que la frase extraída de Romanos 8:31 se aplica fundamentalmente a los creyentes, y únicamente a ellos, como es el caso de toda la Epístola y de cada una de las Epístolas.

Pero, bendito sea Dios, esa dificultad se desvanece frente a las alentadoras palabras –que incluyen a todos– de Aquel que habló como jamás ha hablado hombre alguno. Cuando tenemos de labios del propio Señor nuestro, el eterno Hijo de Dios, palabras como estas: “De tal manera amó Dios *al mundo*”, no queda ningún fundamento para poner en tela de juicio su aplicación a todos y a cada uno de los que van incluidos en el vocablo “mundo”. Antes de que alguien pueda probar que el amor generoso de Dios no se aplica a él, tiene que probar primero que no forma parte del mundo, sino que pertenece a otra esfera de seres. En efecto, si nuestro Señor hubiese dicho «De tal manera amó Dios a una porción del mundo», sea la que fuere, entonces sí que sería absolutamente necesario probar que pertenecemos a esa clase o porción especial, antes de intentar aplicar a nosotros mismos Sus palabras. Si hubiese dicho que Dios amó de tal manera a los predestinados, a los elegidos o a los llamados, entonces habríamos de buscar nuestro lugar entre los tales, antes de apropiarnos de la preciosa seguridad del amor de Dios, según se ha mostrado en el don de su Hijo.

Pero nuestro Señor no usó esa cláusula restrictiva. Se está dirigiendo a alguien que, desde su infancia, había sido instruido y acostumbrado a tener un punto de vista muy limitado acerca del favor y la bondad de Dios. A Nicodemo le habían enseñado a considerar que las riquezas de la bondad, el amor y la entrañable misericordia de Jehová solo podían fluir dentro del estrecho vallado del sistema judío y de la nación judía. Podemos afirmar con toda seguridad que el pensamiento de que tales beneficios pudieran extenderse a todo el mundo nunca se le había ocurrido a quien había sido adiestrado en los principios estrechos del sistema legal. Por tanto, debió de hacérsele muy extraño a sus oídos escuchar a “un maestro venido de Dios” declarando el grandioso hecho de que Dios no amaba únicamente a la nación judía, ni siquiera a una porción espe-

cial de la raza humana, sino “al mundo”. No hay duda de que tal afirmación hubo de aumentar bastante el asombro que este maestro de Israel sintió al oír que él mismo, con todos sus privilegios religiosos, necesitaba nacer de nuevo para ver el reino de Dios y entrar en él.

¿Acaso negamos o ponemos en duda la gran verdad de la predestinación, la elección o el llamamiento eficaz? ¡Que Dios no lo permita! Sostenemos estas verdades como pertenecientes a los principios fundamentales del verdadero cristianismo. Creemos en los consejos y propósitos eternos de nuestro Dios, en sus inescrutables decretos, en su amor electivo, en su misericordia soberana.

Pero, ¿acaso alguna de estas cosas, o todas ellas juntas, presentan el menor obstáculo a las actividades misericordiosas de la naturaleza de Dios, o a ese amor divino que fluye en dirección a un mundo perdido? De ningún modo. Dios es amor. Esta es su naturaleza, y esta naturaleza ha de expresarse con respecto a todos. La equivocación está en suponer que, porque Dios tiene sus propósitos, consejos y decretos, porque es soberano en su gracia y misericordia, porque ha escogido desde toda la eternidad un pueblo para su alabanza y gloria, porque los nombres de los redimidos, de todos los redimidos, están escritos en el libro de la vida del Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo, no puede, por consiguiente, decirse que él ama a toda la humanidad, al mundo; y, más aún, que las buenas nuevas de una salvación plena y gratuita de parte de Dios no deberían ser proclamadas a los oídos de “toda criatura debajo del cielo”.

El hecho sencillo es que las dos líneas de verdad, aunque tan perfectamente distintas, están expuestas con igual claridad en la Palabra de Dios; ninguna de las dos se opone, en el menor grado, a la otra, sino que ambas van de la mano para formar la bella armonía de la verdad revelada y poner de relieve la gloriosa unidad de la naturaleza divina.

Ahora bien, el predicador del Evangelio tiene que proclamar especialmente las actividades de la naturaleza de Dios y las efusiones de su infinito amor. En esta bendita obra, no debe ser sofocado, ni mutilado ni limitado por cualquier referencia a los secretos propósitos y decretos de Dios, aun cuando esté plenamente consciente de que existen. Su misión es para el mundo entero. Su tema es la salvación, una salvación tan plena como el corazón de Dios, tan permanente como el trono de Dios, tan gratuita como el aire: gratuita para todos, sin ninguna excepción, limitación ni condición. La base de su obra es la muerte expiatoria de Cristo, la cual ha retirado del camino todas las barreras y abierto las compuertas para que la poderosa marea del amor divino pueda inundar, con toda su plenitud, riqueza y bendición a un mundo perdido y culpable.

Ahí radica la base de la responsabilidad del hombre respecto al evangelio de Dios. En efecto, si es cierto que Dios amó al mundo de tal manera que entregó a su Hijo unigénito, si “la justicia de Dios es para todos” (Romanos 3:22), si la benévola voluntad de Dios es que

todos sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad



(1 Timoteo 2:4),

si “no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9), entonces todo ser humano que oye este glorioso evangelio es colocado bajo la más solemne responsabilidad de creer y ser salvo. Nadie, con honestidad y veracidad, puede darse vuelta y decir: «Yo anhelaba ser salvo, pero no pude, porque no era uno de los elegidos. Ansiaba huir de la ira venidera, pero me lo impidió la barrera invencible del decreto de Dios, que me destinó irresistiblemente a un infierno eterno».

De tapa a tapa del libro de Dios, en toda la gama de Sus caminos con sus criaturas, en los aspectos de su carácter o en los preceptos de su gobierno moral, no existe el menor fundamento para tal objeción. Todo ser humano queda sin excusa. Dios puede decir a todos los que han rechazado su evangelio: “¡Cuántas veces quise... y no quisiste!”. No hay en la Palabra de Dios tal cosa como la reprobación, en el sentido de que Dios haya destinado a la condenación eterna a ningún número de sus criaturas. El fuego eterno está preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25:41). Los seres humanos se precipitarán en él *por su propia voluntad*. “Los vasos de ira” son preparados, no por Dios, sino por ellos mismos, “para destrucción” (Romanos 9:22). Todo el que vaya al cielo tendrá que dar las gracias a Dios por ello. Todo el que se halle en el infierno tendrá que reprocharse a sí mismo por ello.

Además, hemos de recordar siempre que el pecador no tiene nada que ver con decretos no revelados de Dios. ¿Qué sabe él, qué puede saber, de tal cosa? Nada en absoluto. Pero sí tiene que ver con el amor de Dios públicamente revelado, con su misericordia ofrecida, con su salvación gratuita, con su evangelio glorioso. Podemos afirmar sin ningún temor que, mientras brillen en el registro de Dios estas resplandecientes y gloriosas palabras: “*El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente*” (Apocalipsis 22:17), es imposible que ningún descendiente de Adán diga con verdad: «Yo quería ser salvo, pero no pude. Tenía sed del agua viva, pero no pude llegar a ella. El pozo era hondo y no tenía nada con que sacarla». ¡Ah, no! Ese lenguaje no se usará jamás, esa objeción no podrá jamás ser presentada por ninguno que esté en las filas de los perdidos. Cuando los seres humanos pasen a la eternidad verán con terrible claridad lo que ahora pretenden

pensar que es tan oscuro y embrollado, a saber, la perfecta compatibilidad de la soberana gracia electiva de Dios y la gratuita oferta de salvación a todos: la más perfecta armonía entre la soberanía divina y la responsabilidad humana.

Confiamos de todo corazón en que el lector se percate de estas cosas ahora mismo. Es de la mayor importancia mantener en el alma el *equilibrio de la verdad*, permitir que los rayos de la revelación divina actúen con pleno poder en el corazón y la conciencia, sin que se lo impida la atmósfera tenebrosa de una teología puramente humana. Hay un peligro inminente en extraer un cierto número de verdades abstractas y formar con ellas un sistema. Necesitamos el poder ajustador de *toda la verdad*. El crecimiento espiritual y la santificación práctica del alma se promueven, no por medio de alguna verdad, sino por la verdad en toda su plenitud, tal como está comprendida en la persona de Cristo y expresada en las Sagradas Escrituras por el Espíritu eterno. Debemos deshacernos de todas nuestras nociones preconcebidas, de todas nuestras opiniones meramente teológicas, y llegarnos como niños a los pies de Jesús para ser instruidos por su Espíritu con base en su santa palabra. Solo así hallaremos reposo frente a los dogmas opuestos de los sistemas teológicos, y veremos desaparecer todas las densas nubes y nieblas de la opinión humana, y nuestras almas libertadas podrán bañarse en la clara luz solar de la completa revelación divina.

2. La muerte de su Hijo

La segunda prueba de que Dios es por nosotros se halla en la *muerte de su Hijo*. Para nuestro actual propósito, nos basta con tomar un solo aspecto de la muerte expiatoria de Cristo, pues es un aspecto cardinal. Nos referimos al hecho admirable que el Espíritu Santo nos presenta en Isaías 53:10: “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento”.

Nuestro adorable Salvador podía simplemente haber venido a este mundo de pecado y pesadumbre, y hacerse hombre. Podía haber sido bautizado en el Jordán, ungido por el Espíritu Santo, tentado por Satanás en el desierto. Podía haber pasado haciendo bienes; haber vivido y trabajado, llorado y orado y, a la postre, marchado de vuelta al cielo, dejándonos así envueltos en las tinieblas más densas que nunca. Como el sacerdote o el levita de la parábola (Lucas 10), podía haber llegado y habernos mirado con nuestras heridas y nuestra miseria, haber pasado de largo y volver en solitario al lugar de donde vino.

¿Qué habría sucedido si hubiese obrado así? ¿Qué, sino las llamas de un infierno eterno para ti y para mí, querido lector? Porque, recuérdese bien, todos los trabajos que el Hijo de Dios llevó a cabo en su vida –su ministerio asombroso, sus días de penosa labor y sus noches de oración, sus lágrimas, suspiros y gemidos–, toda su vida de trabajo, desde el pesebre en adelante, pero aparte de la cruz, no habrían podido borrar ni una pizca de culpa de una conciencia humana:

sin derramamiento de sangre no se hace remisión



(Hebreos 9:22).

Sin duda, el Hijo eterno tenía que hacerse hombre para poder morir; pero la encarnación no podía cancelar la culpa. En realidad, la vida de Cristo, como hombre en este mundo, solo mostró con mayor evidencia la culpabilidad de la raza humana. “Si yo no hubiera venido ni les hubiera hablado, no tendrían pecado” (Juan 15:22). La luz que brillaba en sus santos caminos solo revelaba las tinieblas morales del hombre, de Israel y del mundo. De aquí se sigue, pues, que si hubiese venido meramente para vivir y obrar aquí durante 33 años, y marcharse al cielo, nuestra culpabilidad y oscuridad moral habría quedado plenamente demostrada, pero no habría sido hecha ninguna expiación. “La misma sangre hará expiación de la persona” (Levítico 17:11). “Sin derramamiento de sangre no hay remisión”.

Esta es una de las grandes verdades fundamentales del cristianismo, que ha de ser afirmada constantemente y sostenida tenazmente. Hay en ella un inmenso poder moral. Si es cierto que todo lo que el Hijo de Dios hizo en vida –sus lágrimas, oraciones, gemidos y suspiros–, si todas esas cosas juntas no podían borrar ni una pizca de culpa, entonces ¿no hay motivo legítimo para que nos preguntemos qué valor puede haber en nuestras obras, lágrimas y oraciones, en nuestros servicios religiosos, ordenanzas, sacramentos y ceremonias; en toda la gama de actividades religiosas y reformas morales? ¿Pueden tales cosas servir para expiar nuestros pecados y darnos una posición de justicia delante de Dios? Solo el pensarlo es una monstruosidad. Si alguna de esas cosas, o todas ellas juntas, pudiese valernos, ¿para qué, entonces, la muerte sacrificial y expiatoria de Cristo? ¿Para qué ese sacrificio inefable e inestimable, si alguna otra cosa podía haber servido?

Pero quizá diga alguien que, aun cuando ninguna de esas cosas valga *sin* la muerte de Cristo, con todo, deben agregarle algún valor. ¿Para qué? ¿Para que tenga pleno valor aquella muerte sin par, aquella sangre preciosa, aquel sacrificio sin precio? ¿Es para eso? ¿Habrá que poner en la balanza la basura de las acciones humanas, de la justicia del hombre, para hacer que el sacrificio de Cristo tenga pleno valor a juicio de Dios? Solo el pensarlo es una blasfemia absoluta.

¿Es que no tiene que haber obras buenas? Sí, por cierto; pero, ¿en qué consisten? ¿En acciones piadosas, esfuerzos religiosos, actividades morales de una naturaleza no regenerada, inconversa, incrédula? ¡No! ¿En qué, pues? ¿Cuáles son las obras buenas del cristiano? Son *obras de vida*, no “obras muertas”. Son el fruto precioso de una vida ya poseída: la vida de Cristo en el creyente verdadero. No hay absolutamente nada bajo la bóveda del cielo que pueda ser aceptable a los ojos de Dios como obra buena, excepto el fruto de la gracia de Cristo en el creyente. La expresión más tenue de la vida de Cristo en la vida diaria de un cristiano es fragante y preciosa para Dios. Pero las obras más espléndidas y gigantescas de un incrédulo son, a los ojos de Dios, únicamente “obras muertas”.

No obstante, todo esto es una digresión de nuestra línea principal, a la que tenemos que volver ahora.

Nos referimos a un punto especial en la muerte de Cristo, y es que “Jehová quiso quebrantarlo” (Isaías 53:10). Aquí está la extraordinaria y abrumadora prueba de que Dios es por nosotros. “No escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros”. No solo lo *entregó*, sino que lo *quebrantó*, por nosotros. Ese dechado de santidad y perfección —el único Hombre perfecto que jamás haya pisado esta tierra—, el único que siempre hizo lo que agradaba a su Padre, Aquel cuya vida entera, desde el pesebre hasta la cruz, fue un continuo olor grato que ascendía hasta el trono y el corazón de Dios; del que cada movimiento, cada palabra, cada mirada y cada pensamiento eran agradables a Dios; el que se propuso como único objetivo primordial, de punta a cabo, glorificar a Dios y llevar a cabo su obra: ese mismo fue “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2:23), y clavado en el madero maldito, donde soportó la justa ira de un Dios que aborrece el pecado; y todo eso, porque Dios era por nosotros; sí, por *nosotros*.

¡Qué gracia tan maravillosa y singular hay aquí! El Justo, herido por los injustos; el santo Jesús, sin pecado, sin mancha, herido por la mano de la Justicia Infinita, a fin de que los rebeldes culpables pudieran ser salvos; y no solo salvos, sino puestos en la condición y relación de hijos: hijos e hijas del Dios Todopoderoso, herederos de Dios y coherederos de Cristo.

Esta sí que es gracia, gracia rica, gratuita, soberana; gracia abundante para el peor de los pecadores; gracia que reina

por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo



(Romanos 5:21).

¿Quién no querrá confiar en esta gracia? ¿Quién, mirando a la cruz, podrá dudar de que Dios esté a favor del pecador, de cualquier pecador, del lector de estas líneas? ¿Quién no confiará en ese amor que brilla en la cruz? ¿Quién puede mirar a la cruz y no ver que Dios no quiere la muerte de ningún pecador? ¿Por qué no dejó que perezáramos en nuestra culpabilidad y descendiésemos al infierno eterno que tan abundantemente merecíamos por nuestros pecados? ¿Por qué entregó a su Hijo Unigénito? ¿Por qué lo quebrantó en aquella cruz ignominiosa? ¿Por qué ocultó su rostro del único Hombre perfecto que jamás haya vivido; del Hombre que es su propio Hijo eterno? ¿Por qué todo eso? De seguro que fue porque Dios es por nosotros, a pesar de todas nuestras culpas y de nuestra rebelión pecaminosa. Sí, bendito sea su Nombre, él está a favor del pobre pecador deshecho y merecedor del infierno, sea quien fuere él o ella; y todo aquel que pase su mirada por estas líneas es urgido ahora a que venga y confíe en el amor que entregó a Jesús desde el seno y lo quebrantó en la cruz.

¡Oh, querido lector, venga ahora mismo! ¡No lo demore, no vacile, no razone! ¡No escuche a Satanás! Escuche, no lo que su corazón le sugiere e imagina, sino la Palabra que le asegura que Dios es por usted, y el amor que brilla en la entrega y en la muerte de su Hijo.

Al seguir lo que podemos llamar con razón la cadena de oro de la evidencia en prueba de que Dios es por nosotros, hemos considerado las dos verdades preciosas de la entrega y la muerte de su Hijo. Hemos viajado desde el seno del Padre hasta la cruz, a lo largo de aquella senda misteriosa y maravillosa, marcada por las huellas del eterno amor de Dios. Hemos visto al Padre bendito, no solo entregando a su Hijo Unigénito desde su seno, sino quebrantándolo por nosotros, haciendo de su alma sin mancha una ofrenda por el pecado, haciéndole bajar hasta el polvo de la muerte, haciéndole pecado por nosotros, juzgándole a él en nuestro lugar y proporcionando así la evidencia más incontestable de que está a favor de nosotros, de que su corazón está vuelto hacia nosotros, de que desea ardientemente nuestra salvación, pues vemos que no ha escatimado a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros.

3. La resurrección de su Hijo

Nuestra tercera prueba se basa en *la resurrección de su Hijo*. Y, al hablar del hecho glorioso de la resurrección, debemos limitarnos a un solo punto: a la prueba que suministra de que Dios se ha mostrado amigo de nosotros. Un par de pasajes de las Escrituras bastará para declarar y establecer este punto particular.

En Romanos 4, el inspirado apóstol presenta a Dios como el que levantó de entre los muertos a nuestro Señor Jesucristo. Está hablando de Abraham, quien, según nos dice él, “creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia. Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que” –¿qué? ¿En el que entregó a su Hijo? ¡No! ¿En el que quebrantó a su Hijo en la cruz? ¡No! ¿En qué, pues?– “en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro”, al mismo que

“ fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación (Romanos 4:25).

Sopesemos bien este grandioso hecho. ¿Qué es lo que llevó a nuestro precioso Salvador a la cruz? ¿Qué lo hizo descender hasta el polvo de la muerte? ¿No fueron nuestras ofensas? Sí, por cierto: “Fue entregado por nuestras transgresiones”. Fue clavado en el maldito madero por nosotros. Él fue nuestro Sustituto en la cruz, con todo lo que ese vocablo significa. Tomó el lugar que nos correspondía a nosotros y fue tratado, en todos los aspectos, como merecíamos nosotros ser tratados. La mano de la justicia infinita trató con nuestros pecados, con todos nuestros pecados, en la cruz. Jesús se hizo cargo de todas nuestras ofensas, iniquidades, transgresiones y deudas, respondiendo por todo lo que estaba, o pudo jamás estar, contra nosotros. Él –bendito sea su Nombre adorable y sin par– se hizo responsable de todos nosotros, y murió en nuestro lugar bajo todo el peso de nuestros pecados. Murió, el justo por los injustos.

¿Dónde está ahora? El corazón late de gozo inefable y santo triunfo al pensar en la respuesta. ¿Dónde está aquel Salvador adorable que pendió allá en la cruz y fue puesto en una tumba? Está a la diestra de Dios, coronado de gloria y de honra. ¿Quién lo ha puesto allí? ¿Quién puso la corona sobre sus benditas sienes? Dios mismo. El mismo que lo entregó y lo quebrantó, es el que lo levantó, y en él hemos de creer si hemos de ser contados por justos. Este es el punto especial que el apóstol tiene en mente. La justicia nos será imputada, si creemos en Dios como aquel que levantó a Jesús, Señor nuestro, de entre los muertos.

Notemos el nexo vital. Reparemos en esta importantísima conexión. El mismísimo que estuvo colgado en la cruz, cargado con todas nuestras ofensas, está ahora en el trono sin ellas. ¿Cómo llegó allá? ¿Fue en virtud de su eterna Deidad? No, porque sobre esa base siempre estuvo allí. Era “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5). ¿Fue en virtud de ser el Hijo eterno? No, porque también sobre esa base estuvo siempre allí. Por consiguiente, de ningún modo podía satisfacer nuestra necesidad como pecadores culpables, cargados con innumerables ofensas, porque se nos diga que el eterno Hijo del Padre había ocupado su asiento a la diestra de la majestad en los cielos, puesto que ese lugar siempre le perteneció: sí, el lugar más profundo y más tierno en el seno del Padre.

Pero, además, podemos preguntar también: ¿Ocupó nuestro adorable Señor su asiento en el trono por ser el Hombre sin mancha, sin pecado, perfecto? No, porque, en calidad de tal, podía haber ocupado allí su asiento en cualquier momento entre el pesebre y la cruz.

¿A qué conclusión, pues, estamos abocados a llegar en esta materia? A la conclusión más preciosa y tranquilizadora: Que el mismo que fue entregado por nuestras transgresiones, molido por nuestros pecados, juzgado en nuestro lugar, está ahora en los cielos; que el mismo que fue nuestro sustituto en la cruz está ahora en el trono; que el mismo que apareció cargado con todas nuestras culpas está ahora coronado de gloria y de honra; que ha terminado, de un modo tan perfecto, absoluto y completo, con todo el asunto de nuestros pecados, que la justicia infinita lo ha levantado de entre los muertos y ha colocado en sus sagradas sienes una diadema de gloria.

Lector, ¿entiendes esto? ¿Te das cuenta de la importancia que tiene para ti? ¿Crees en el que levantó de entre los muertos a Jesús, Señor nuestro? ¿No ves que, al obrar así, Dios se ha declarado amigo tuyo? ¿Crees que, al resucitar a Jesús, manifestó su satisfacción infinita en la gran obra de la expiación y te ha provisto de un recibo que cancela todas tus deudas, un recibo por los “diez mil talentos”?

Aquí radica el punto esencial, el meollo y la sustancia de este magnífico argumento de Romanos 4. Si el Hombre que fue entregado por nuestras transgresiones está ahora en el cielo –y lo está por la mano y la acción del mismo Dios–; entonces, con plena seguridad, todos nuestros pecados han desaparecido, y quedamos justificados de todas las cosas, tan libres de cualquier cargo de culpa y de toda pizca de condenación, como el propio adorable Salvador. No puede en modo alguno ser de otra manera, si creemos en el que levantó de entre los muertos a Jesús, Señor nuestro. Es completamente imposible que se presente ningún cargo contra el que cree en el Dios de la resurrección, por la sencillísima razón de que el que lo resucitó fue el mismo que lo molió por los pecados del creyente. ¿Por qué lo resucitó? Porque los pecados por los que lo molió fueron todos quitados de en medio para siempre. El Señor Jesús, *después de haber defendido nuestra causa y haberse hecho responsable en todo por nosotros*, no podría estar donde está ahora, si permaneciese una sola jota o una sola tilde de nuestra culpabilidad. Pero, por otra parte, estando donde está ahora, y estando allí por la acción misma de Dios, es imposible –totalmente imposible– que pueda surgir ninguna objeción en cuanto a la plena justificación, y la perfecta justicia, de quienquiera que cree en él. Así pues, en el momento en que alguien cree en Dios, en Su carácter especial de Aquel que resucitó a Jesús, es considerado como perfectamente justo delante de él. Esto es de lo más maravilloso, pero es divina y eternamente cierto. ¡Ojalá sienta el lector su poder, su dulzura y su tranquilizadora virtud! Sí, ¡ojalá le otorgue el Espíritu eterno, en lo profundo del corazón, el sentido de la bendición que comporta! Entonces sí que tendrá perfecta paz en el alma; entonces, también, entenderá que, al resucitar a su Hijo, lo mismo que al entregarlo y molerlo, Dios se ha declarado y mostrado a favor de nosotros.

Nos habíamos propuesto poner ante la consideración del lector Hebreos 13:20, pero hemos de permitirle que medite por sí mismo sobre esa estupenda porción, mientras pasamos a presentar nuestra cuarta prueba de que Dios es por nosotros. Esa prueba se halla en *el descenso del Espíritu Santo*.

4. El descenso del Espíritu Santo

También aquí hemos de limitarnos a un solo punto de aquel hecho glorioso: la forma en que descendió ese augusto testigo, el Espíritu eterno.

Abra el lector la Biblia en el capítulo segundo de Hechos. “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron *lenguas re-*

partidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en *otras lenguas*, según el Espíritu les daba que hablasen. Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, *de todas las naciones bajo el cielo*. Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar *en su propia lengua*. Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos *nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?* Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos hablar *en nuestras lenguas* las maravillas de Dios”.

Aquí, pues, señalamos un hecho especial –un hecho del mayor interés–, referido tres veces en la cita que precede, y es este: Que el Espíritu Santo descendió para hablarle a cada hombre “en su propio dialecto”; no meramente en el dialecto en que había sido *educado*, sino “*en el que había nacido*”: en la misma lengua en que su madre le había susurrado por primera vez a sus oídos de niño pequeño, los acentos suaves y tiernos del amor de una madre. Tal fue el medio, tal el vehículo que adoptó el Mensajero divino para el bendito propósito de hacer conocer al hombre que Dios era por nosotros. No les habló en griego a los hebreos, ni a los griegos en latín. Le habló a cada uno en el lenguaje que podía entender, en su lengua materna. Y si había alguna peculiaridad en esa lengua materna, algún modismo o provincialismo en el dialecto de cada uno, el Espíritu hizo uso de ello para su propósito de llegar hasta el corazón con la dulce historia de la gracia.

Compárese con esto la promulgación de la Ley desde el monte Sinaí. Allí Jehová se limitó enteramente a una sola lengua. Si se hubiesen reunido allí personas “de todas las naciones bajo el cielo”, no habrían entendido ni una sola sílaba. La Ley –“las diez palabras” (Éxodo 34:28, RV 1909)– el informe del deber del hombre para con Dios y con su prójimo, vino cuidadosamente envuelto en un solo idioma. Pero cuando habían de publicarse “*las maravillas de Dios*” –cuando había de ser declarada la bendita historia del amor–, cuando iba a ser revelado el corazón de Dios hacia los pobres y culpables pecadores, ¿había bastante con una sola lengua? ¡No! “cada nación bajo el cielo” debía oírlo, y había de oírlo en su lengua materna.

¿No es este un hecho significativo? Quizá diga alguien que quienes oyeron a Pedro y a los demás el día de Pentecostés, eran judíos. Bien, eso no despoja en modo alguno de su encanto, de su dulzura y de su poder al hecho aquel. El hecho es que, cuando descendió del cielo el Espíritu eterno

para dar a conocer la resurrección de Cristo, para dar testimonio de una redención cumplida, para proclamar las buenas nuevas de la salvación, para predicar arrepentimiento y remisión de pecados, no se limitó a un solo lenguaje, sino que habló en todo dialecto bajo el cielo.

¿Por qué? Porque deseaba que el ser humano pudiese entender lo que tenía que decirle; deseaba alcanzar su corazón con las dulces noticias del amor redentor, con el mensaje avivador de la plena remisión de los pecados. Cuando iba a ser proclamada la Ley –cuando Jehová tenía que hablarle al hombre acerca de sus deberes– cuando tenía que dirigirse a él en términos como los siguientes: «Harás esto y esto», y «no harás esto ni aquello», se limitó a un solo lenguaje. Pero cuando quiso declarar el precioso secreto de su amor, cuando quiso declarar que estaba a favor del hombre, puso interés en hablar en cada lengua que hay bajo el cielo, a fin de que todo ser humano pueda oír, en su lengua materna, las maravillas de Dios .

Así pues, en nuestra serie de pruebas –nuestra cadena de oro de la evidencia–, hemos viajado desde el seno del Padre hasta la cruz de Cristo, y desde aquella preciosa cruz de vuelta hasta el trono. Hemos hecho notar la entrega, el quebranto y la resurrección del Hijo. Hemos visto el corazón mismo de Dios, expresado en un amor profundo y maravilloso, y en una tierna compasión hacia los pecadores perdidos. Más aún, hemos hecho notar el descenso del Espíritu eterno desde el trono de Dios, su misión a este mundo para anunciar a toda criatura debajo del cielo las buenas nuevas de una salvación completa, gratuita y eterna, mediante la sangre del Cordero, y para anunciar esas noticias, no en una lengua desconocida, sino en la lengua materna de cada uno.

¿Queda algo más? ¿Hay algún otro eslabón que añadir a la cadena? Sí, *la posesión de las Sagradas Escrituras*.

5. La posesión de las Sagradas Escrituras

Quizá diga alguien que nuestra quinta prueba está contenida en la cuarta, por cuanto el hecho de poseer un ejemplar de la Biblia en mi lengua materna es, en realidad, el Espíritu Santo hablándome en mi idioma nativo.

Es cierto; pero todavía, por lo que respecta al lector, el hecho de que Dios haya puesto en su mano, o a su alcance, el sagrado Volumen –ese libro de inestimable valor, las santas Escrituras–, es una prueba más de que está a favor de él, de que Dios es por él. Pues, ¿cuál es el motivo por el que no fuimos dejados en la ignorancia y en completa oscuridad? ¿Por qué fue puesto en nues-

tras manos el libro divino? ¿Por qué puede decir cada uno que ha recibido un favor tan grande? ¿Por qué no fui abandonado a vivir y morir en la ceguera del paganismo? ¿Por qué se permitió a la lámpara celestial arrojar sobre mí –sí, sobre mí– sus preciosos rayos?

¡Ah! La respuesta es: «Porque Dios es por ti». Sí, por ti, a pesar de tus muchos pecados; por ti, a pesar de tus olvidos, tu ingratitud y tu rebelión; por ti, aunque como tú bien sabes, no puedes dar ni una sola razón por la que él no debiera estar contra ti. Entregó a su Hijo desde su seno, lo quebrantó en la cruz, lo resucitó de entre los muertos, envió desde lo alto al Espíritu Santo y puso en tus propias manos su bendito Libro; todo ello para mostrarte que está por ti, que su corazón está dirigido hacia ti, que desea vehementemente tu salvación.

Y te rogamos que tengas en cuenta que no puedes decir, ni te atreverás jamás a decir: «No podía entender la Biblia; estaba fuera de mi alcance; estaba llena de misterios abstrusos que no pude comprender, de dificultades que no pude resolver, de discrepancias que no pude conciliar, y cuando me volvía hacia los que profesaban ser cristianos, los hallaba divididos en innumerables denominaciones y en interminables escuelas de doctrina. Y, no solo eso, sino que vi tanta superficialidad, tan gruesa inconsecuencia y tan flagrante contradicción entre la profesión y la práctica, que me sentí forzado a abandonar todo lo referente a la religión, con unos sentimientos mezclados de perplejidad, desprecio y disgusto».

Esas objeciones no podrán tenerse de pie el día del juicio, ni te preservarán de caer en el lago que arde con fuego y azufre. Recuerda esto y pónédalo profundamente. No permitas que te engañe el diablo ni tu propio corazón. ¿Qué le dice Abraham al rico de Lucas 16? “A Moisés y a los profetas tienen; *óiganlos*”. ¿Por qué no replica el rico: «No los pueden entender»? No se atreve.

No; un niño puede entender

“ las Sagradas Escrituras, las cuales nos pueden hacer sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús (2 Timoteo 3:15).

No hay debajo de la bóveda del cielo una sola persona que posea un ejemplar de la Biblia, que no sea solemnemente responsable delante de Dios por el uso que haga de ella. Si los cristianos profesantes estuviesen divididos en diez mil veces más denominaciones que las que existen; si ellos fuesen diez mil veces más inconsecuentes que lo que son; si las escuelas de doctrina y los

doctores en teología estuviesen diez mil veces más opuestos entre sí que lo que están, todavía la palabra para cada poseedor de una Biblia es: «A Moisés y a los profetas tienes, y el Nuevo Testamento; óyelos».

¡Ojalá pudiésemos persuadir al lector inconverso, adormecido, incrédulo, a pensar en estas cosas, a pensar en ellas ahora mismo, a ponderarlas en las profundidades más secretas de su ser moral, para prestarles toda la atención de su corazón, antes que sea demasiado tarde! Contemplamos con horror creciente la condición de un alma perdida en el infierno, abriendo los ojos en aquel lugar de tormentos sin fin, para darse cuenta del hecho tremendo de que Dios está en contra de ella para siempre; que ha desaparecido toda esperanza; que nada ni nadie puede tender jamás un puente para salvar el abismo que separa la región de los perdidos, del cielo de los redimidos; que “está *puesta* una gran sima” (Lucas 16:26).

No podemos seguir adelante. El pensamiento es realmente abrumador. El corazón se parte al contemplar este cuadro aterrador. Querido lector, permítenos suplicarte, antes de dejar la pluma, que te vuelvas en esta misma hora a un Salvador bendito y amoroso, que está con los brazos abiertos y con el corazón abierto, para recibir a todos los que van a él, y que te asegura: “al que viene a mí, de ninguna manera le desecharé” (Juan 6:37, V. M.). Ven y cree y confía en la palabra fiel de Dios y en la obra consumada de Cristo.

Aquí radica el precioso secreto de todo este asunto. Aparta los ojos de ti mismo y ponlos directamente en Jesús; confía sencillamente en él y en lo que ha hecho por ti en la cruz, y todos tus pecados serán borrados, y la justicia divina será tuya, como así también la vida eterna, la adopción de hijo, la morada del Espíritu, un Abogado eficaz, un hogar espléndido en el cielo, una porción en la eterna gloria de Cristo –sí, con tal que creas en Jesús, todas esas cosas serán tuyas– y la mejor de todas ellas, él mismo.

¡Ojalá te guíe el Espíritu Santo, en este momento, a los pies de Jesús, y te haga capaz de clamar, en un tono de santo triunfo: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”! ¡Que Dios lo otorgue por Jesucristo!